



Universidad Nacional Autónoma de México

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

Habitar el espacio y su crisis en la Ciudad de México

TESIS

Que para obtener el título de:

Licenciado en Sociología

Presenta

Jorge Jair Coronado Rosales

Asesor

Dr. Daniel Inclán Solís

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos:

Antes que nada y todo, este trabajo fue pensado para que mis abuelos pudieran verlo cristalizado, lamentablemente, la muerte llegó antes. No obstante, toda mi gratitud es hacia con ellos, Salomón Rosales y Martha Guerrero, los amo por siempre.

A mis padres, Jorge y Leticia, mis grandes inspiradores y a quienes admiro y amo inacabablemente. Sin ustedes nada de esto hubiera sido posible.

A muchos de mis profesores y profesoras que contribuyeron en mi desarrollo académico, no sólo en el nivel universitario, si no en toda mi formación.

Quiero hacer una mención especial al proyecto PAPIIT IN305811: “Transformaciones recientes del Estado ampliado en América latina: una aproximación desde la sociología política de Antonio Gramsci”. En el que tuve la fortuna no sólo de trabajar, sino de crecer como persona y hasta formar amistades. Mariana, Francesca, Denih, Laura Palma, Efraín, Emiliano, Pilar, Abuelo, Robert; les recuerdo con gran afecto.

A mis grandes amigxs, con quienes he compartido buenos, malos y demás momentos, dentro de los cuales se incluye la elaboración de esta tesis. Kristoff, Ethan, Eugenio, Diego, Fercho, Yara, Mercy, Fermín, Wero, Edgar.

Recuerdo con gran afecto a aquellas personas con quienes por una u otra circunstancia, ya no comparto momentos, lo que no quiere decir que no los tenga presente en el pensamiento y en el corazón: Arturo, Libertad, Lucho, Linda, Dulce, simplemente les deseo lo mejor y si el caso lo amerita, siento mucho lo ocurrido.

A las nuevas personas que rodean mi situación actual y la definen; personas a las que en poco tiempo ya se les echa de menos. Ricardo, Israel, Abraham, Erik, Irviing, Noemí, Pantoja, Lobo, Ian (mahe), David, Machito, Cristo, etc. Especialmente a Erandi, a quien le comparto mi vida, mis arrebatos y niñerías, pero sobre todas las cosas, mi amor.

Al futbol, mi debilidad, mi otro amor. No puedo no mencionar con quienes pude compartir este sentimiento, el talento, la gloria, la comunidad, un equipo, dentro de la cancha y fuera de ella; personas, algunas, con las que incluso formé una amistad: Andrew, Atún, Benji, Chutes, Moreno, Brighton-Brylowsky, David, Mario zen-sei, Abeja, Salcido, principalmente. Aferrados en la cancha y en la vida.

Toda la gratitud, respeto y admiración a mis dos tutores: Lucio Oliver y Daniel Inclán, a quienes debo en gran medida mi desarrollo profesional y, sobre todo, humano durante esta etapa como universitario.

Por último, a mi único y gran compañero fiel, mi perro Cheto, gracias por tu existencia y entrega desmedida, sé que nos volveremos a encontrar.

Índice

-Introducción general

-Capítulo 1. Habitar el espacio

- . Introducción. La construcción del sujeto y su relación con el habitar
- . Construcción del concepto de habitar
- . Habitar a partir de la modernidad y el capitalismo
- . Habitar en la ciudad y lo urbano

- Capítulo 2. Análisis de una situación llamada espacio

- . Relación de fuerzas y su espacialidad urbana. Razones que conforman el presente y la crisis del habitar
- . Momentos constitutivos
- . Consideración final

-Capítulo 3. Metropolización, la crisis del habitar y la subalternización

- . Introducción al proceso de subalternización en la Ciudad de México
- . La metropolización como fundamento de la crisis del habitar en la Ciudad de México
- . Condensación y administración de la crisis del habitar en la Ciudad de México
- . Reflexiones finales en torno a la subalternización y la crisis desplegada

- Última parte. Conclusiones a partir de un contexto neoliberal

-Bibliografía

¿Qué es hoy la ciudad para nosotros Creo haber escrito algo como un último poema de amor a las ciudades, cuando es cada vez más difícil vivirlas como ciudades. Tal vez estamos acercándonos a un momento de crisis de la vida urbana...

Italo Calvino

Introducción general

Siguiendo lo que sugiere Marx, como metodología, con respecto a comenzar por lo concreto¹: esta investigación parte de la observación de la realidad en la que formo parte y a partir de la cual me desarrollo; habitamos en la Ciudad de México inmersos en una situación sin precedente alguno y que se debe concebir como una situación en crisis. Sin embargo, la crisis en la que habitamos en la actualidad, no es una crisis más que se añade a la lista de crisis cíclicas, económicas (y cada vez más recurrentes) en este sistema de producción de la vida que conocemos como capitalismo. En su fase neoliberal, el capitalismo ha encontrado la manera de sobrevivir a la crisis civilizatoria, que sus propias formas de producción y acumulación crearon; actuando de una manera todavía más atroz, más rapaz y salvajemente. Por esto y más, la consideración de las formas de habitar el espacio, es decir, de producirlo, suponen un problema central y concreto, ante la construcción constante de la crisis y las sociedades en crisis. La crisis actual no se describe, solamente, a partir de lo económico o lo político; la crisis actual es un momento en el que está en riesgo el espacio mismo y de esto da cuenta el deterioro ecológico que pareciera no detenerse. Es por esto, que se piensa la crisis de la actualidad en clave hegemónica, considerando la relación de fuerzas entre los grupos dominantes y los grupos subalternos, pero, además, considerando su espacialidad en función de las formas de habitar el espacio. El análisis de la crisis necesita entenderse y encaminarse a la relación entre superestructura y estructura, entre lo concreto y lo general-abstracto, entre las representaciones del espacio y los espacios de representación; ya que de esta forma identificamos el carácter ideológico e histórico del proyecto que significa el capitalismo, la modernidad, el neoliberalismo, la metropolización y la urbanización. Lo general-abstracto en esta investigación es el concepto de *habitar*. Se convierte en un parámetro más que necesario la construcción del concepto de habitar en lo abstracto para poder retornar a lo particular desde

¹ Marx sugiere un método de investigación (*método de la economía política*) para el análisis de una situación en particular, es decir, cierta realidad. Marx propone comenzar el análisis desde la observación y la consideración de lo concreto, de lo real, de donde podemos identificar, extraer, los elementos que conforman dicha situación; elementos que forman relaciones entre sí, de donde se construye la base de lo que constituye dicha situación, dicha realidad. Un segundo paso es la abstracción a partir de los elementos que identificamos anteriormente de nuestra realidad concreta, ya que éstos se “revelan como falsos” y, en este sentido, la profundización de la abstracción deviene en la conceptualización de los elementos que hemos identificado, en tanto que corresponden a concepciones y/o representaciones que pueden ser entendidas sin su contenido (ideológico e histórico). Un tercer momento es la del retorno a lo concreto, a nuestra realidad; pero es un retorno que ya está influenciado por las conceptualizaciones, que son los elementos que conforman una totalidad rica en relaciones y determinaciones (Marx; 2007:20-21).

nuestra concepción, un retorno a nuestra realidad atravesada por la noción de *habitar* acorde a nuestras inquietudes.

En el capítulo primero construyo mi propio concepto de habitar, el cual es entendido y configurado a partir de la ayuda teórica de autores como, Henri Lefebvre, Milton Santos, Antonio Gramsci, Bolívar Echeverría y Karl Marx. Habitar - entendido como un concepto general-abstracto, pensado en una universalidad - es producir el espacio, es un acto político en el que se manifiesta la subjetividad de los humanos, en tanto que se construye historia y se materializa la ideología, la subjetividad. Es importante la imbricación entre lo que ha escrito Lefebvre y lo que escribió Gramsci para lo que pretendo construir como concepto de habitar, ya que desde Lefebvre, entiendo el habitar como el ejercicio de producción del espacio; y desde Gramsci, entiendo lo político de este proceso de producción, en el que la humanidad manifiesta su condición de libertad en tanto que existen diversas formas de habitar el espacio, lo que se traduce: en la existencia de diferentes sociedades, culturas, ideologías y formas de producción, consumo y circulación. A partir de la modernidad las formas de producir el espacio transforman radicalmente a las sociedades, por ende, los espacios. La modernidad, en este sentido, es analizada gracias a la ayuda teórica de Bolívar Echeverría, que la entiende como una potencia y como una efectividad. La modernidad efectiva, que logró dominar las formas y dinámicas sociales e incrustarlas en una forma de producción de la vida que sólo apremia por lo cuantitativo, es el capitalismo. La modernidad y el capitalismo provocaron que las ciudades fuesen el espacio predilecto para su reproducción. No entiendo modernidad, desde un sentido ideológico, sin su espacio de representación, como lo menciona Henri Lefebvre, que son las ciudades. Las formas de producir el espacio se ven directamente determinadas por la modernidad y el capitalismo, así como por las transformaciones, tanto del capitalismo como de la modernidad, a través del tiempo, ya sea en la industrialización, ya sea en el neoliberalismo. En este sentido, es por lo que me apoyo en Marx, ya que el capitalismo subsume las amplias formas en las que podemos habitar, de acuerdo a la potencialidad que implica la modernidad según Bolívar Echeverría. El capitalismo es la modernidad efectiva que caracterizó a Europa y que se expandió de manera global, pero, sobretodo, es la forma de producción y consumo de la vida en la que nos desarrollamos como sujetos y como espacios.

En el capítulo segundo trato concretar un “justo análisis” en función de la crisis orgánica y civilizatoria que se despliega en la Ciudad de México. Gramsci propone el análisis de una situación

concreta, es decir, una realidad, a partir de una metodología marxista que identifica la relación existente entre fuerzas. Parto de este análisis gramsciano para desmenuar la crisis orgánico-civilizatoria que se espacializa en la Ciudad de México. De manera que, agrego al “justo análisis” que propuso Gramsci el factor del espacio y su producción. A lo largo del capítulo trato de integrar al análisis de la crisis ciertos conceptos de René Zavaleta como *sociedad abigarrada y los momentos constitutivos*. De forma que, la crisis supone una situación que manifiesta ciertas realidades, se desnudan sus componentes en la medida de la sensibilidad del que observa y de aquel que pretende superarla.

El tercer capítulo, es la identificación del fundamento de la crisis de las formas de habitar la Ciudad de México, que es el momento de la metropolización. En este momento se despliegan las contradicciones y se espacializan. Por ende, el proceso de subalternización se complejiza en función de la centralidad de la vida cotidiana, que es la manifestación como éxito de la industrialización y la urbanización de la modernidad capitalista. La metropolización es un momento que se debe tratar con mucha atención, ya que implica la identificación de ciertos elementos que la posibilitaron; y en este sentido, pudieron gestar la crisis civilizatoria. Parte del análisis radica en la problematización de la configuración del Estado nacional mexicano en el siglo XX, mismo que se construye gracias a un patrón de acumulación del que él es el protector y auspiciador. El Estado juega un papel importante en la construcción de los espacios subalternizados, ya que el proyecto de nación depende del desarrollo centralizado de las ciudades, en este caso la Ciudad de México como el ejemplo más claro. La subalternización es un proyecto paralelo al de urbanización o contenido en el mismo. Se vuelve una realidad que representa el éxito de la centralidad y la conjugación de la crisis.

En las conclusiones trato de dirigir la atención en la superación de la subalternización a través de la construcción de una sociedad autodeterminada, autoregulada, en términos gramscianos. Entiendo a la ciudad como el espacio de disputa en el que la posibilidad de superación es alcanzable. Por este motivo, es preciso la recuperación de las formas de habitar, es decir, de las formas de producir el espacio. Apelar a una modernidad alternativa.

Capítulo 1

Habitar y el espacio

Introducción

1.- La construcción del sujeto y su relación con el proceso de habitar en un sentido amplio

Para este capítulo pretendo hacer una relación entre los conceptos de *habitar* y el *sujeto*. Más allá de lo evidente, de lo aparente, de lo que surge de una primera impresión, debemos entender que los conceptos en cuestión (habitar y sujeto) son, principalmente, experiencias, acciones. De aquí partimos hacia la explicación, en el desarrollo de este capítulo, de lo que entendemos por habitar, como concepto y experiencia fundamental para la producción del espacio. Así, en la medida que construyo un concepto propio del *habitar*, incorporo dentro de su composición el problema del sujeto y de su devenir histórico, político e ideológico. De lo que surge la siguiente cuestión: ¿por qué es importante tener en cuenta, dentro del análisis que pretendo a lo largo de la tesis, contemplar al sujeto como un elemento fundamental para la producción del espacio? De alguna forma, la consideración del sujeto, puede ser una obligación, una obviedad. Sin embargo, lo más evidente pasa desapercibido, ¡pero no más! Como señala Daniel Inclán² “el sentido de problematizar al sujeto y su dimensión histórica no tiene por meta la construcción de certezas, sino la formulación de preguntas que relampagueen e iluminen un presente de necesidades y potencias de transformación” (Inclán, 2015:183).

Surge inmediatamente una cuestión importante, el sujeto está directamente incorporado en el proceso del “hacer la historia”, del “quehacer histórico”; y en este sentido, el sujeto como potencia, como fuerza, puede lograr cualquier meta propuesta. Asevero lo anterior, ya que entiendo que la principal característica de los sujetos es su condición de “seres libres”, en tanto a sus decisiones, sus direcciones y creencias. Continuando con la ayuda de Daniel Inclán, se pretende introducir dentro del análisis en mi investigación que “el sujeto no es un inicio, sino un resultado nunca acabado que a su vez produce afectos sobre lo que excede, es decir, sobre la historia” (ibid:186).

2 A lo largo de esta introducción me apoyo en el libro de Daniel Inclán, *El problema del sujeto de la historia. Los discursos críticos latinoamericanos a finales del siglo XX*.

El sujeto, en su dinámica cotidiana, construye la historia, su historia, al momento de relacionarse con la naturaleza, con lo Otro. Esta relación la encontramos mediada por los objetos, las cosas hechas por y para los sujetos en su afán de construir la vida, su vida. Los sujetos construyen objetos para remediar su posición como “inferiores” (por nombrarlo de alguna manera) o vulnerables ante lo que los rodea, es decir, la naturaleza, su espacio puro. Es a través de la técnica que los sujetos lograron equilibrar la relación, esto por un momento, transitorio, justo antes que llegara la modernidad y el capitalismo. Es este constante movimiento de los sujetos por el que necesitan construir herramientas para mediar su relación con lo Otro, en donde los propios sujetos se reconocen como seres autodeterminantes, con la capacidad de generar sus propias formas de identificarse, simbólicamente, entre ellos mismos, es decir, intersubjetivamente. Al tiempo que se reconocen en función de un espacio vivido, percibido, concebido. En este proceso se construye la sujetividad de los sujetos, entendida como “una potencia de la cualidad de ser sujeto que expresa el proceso de *estando* del sujeto en tanto que despliegue de fuerzas y potencias” (ibid:187).

Por lo anterior y por más, debemos concebir al sujeto siempre en movimiento, construyendo inacabablemente su historia, la historia, el espacio y a él mismo, como colectividad. La sujetividad refiere a un constante proceso de conformación, de construcción en función de la acción de los sujetos y su interacción; a partir de las formas con las que simbolizan y conciben el mundo de la vida; y desde luego, gracias al sistema de producción y circulación histórico de mercancías y espacios.

Por otro lado, relaciono la capacidad creadora del sujeto, lo que define su sujetividad, con la producción del espacio de acuerdo con los argumentos teóricos que hace Henri Lefebvre. Principalmente, me apoyo en la noción dialéctica a través de su triada conceptual³ de la que se vale este autor. Por lo que, los sujetos al practicar su sujetividad producen su espacio, lo conciben, lo perciben y lo viven, bajo la dirección y determinación de una o varias representaciones dominantes (ideologías) en los espacios. Propongo este vínculo ya que en la sujetividad, como capacidad de la humanidad de construirse a sí misma, recae el peso del *habitar* el espacio, es decir, producirlo.

Dentro del análisis a las formas históricas y diversas que se han generado para habitar el mundo (antes de la modernidad universalizadora y el capitalismo globalizado que se combinaron para

3 Triada conceptual que utilizo a lo largo del capítulo, en donde se explican los siguientes nociones: espacios de representación, representación del espacio y las prácticas espaciales.

construir la existencia de una sola manera de producir la vida), se incorpora la capacidad potenciadora y creadora de los sujetos. Esta capacidad considera el momento colectivo, social, en el que se han alcanzado la materialización de formas comunes para habitar. Pero lo colectivo no descansa en la identificación de lo común, sino en la construcción de lo mismo a partir de las diferencias. Lo colectivo se da gracias a la cohesión producto de una ideología hegemónica que identifica el grado cultural de las sociedades.

Por esta razón es importante el análisis del habitar incorporándole el problema de la construcción del sujeto, para entender cómo en la construcción constante de la sujetividad se van constituyendo las formas diversas de habitar, colectivizadas, diferenciadas, según el modo de producción y del espacio producido. Entonces, sólo así, podemos concebir al hecho histórico, al tiempo presente, gracias a la voluntad de los sujetos en su devenir.

2.- Lo político como fundamento dentro del concepto de habitar

Desde mi perspectiva, el *habitar* constituye un acto político en todas sus expresiones, incluso, cuando lo político puede estar en crisis actualmente. Entiendo *habitar* desde una perspectiva marxista, principalmente desde lo planteado por Henri Lefebvre; y en este sentido, lo político se muestra como una capacidad insoslayable, intrínseca en la humanidad. Lo político se traduce en la facultad de elegir nuestro rumbo, como sujetos, sociedades, colectividades; a manera de producción, como proceso inacabable, en el que están involucrados distintos elementos: ideológicos, económicos, culturales, etc. *Habitar* y producir el espacio, posiblemente, son equivalentes desde mi perspectiva, ya que, el conjunto de prácticas que elaboramos constantemente, diariamente, en tanto que satisfacciones de nuestras necesidades, todo este conjunto de prácticas, están contenidas en el proceso de producción de las sociedades, por ende, de los espacios. Lo político se manifiesta a partir de otra facultad que la humanidad tiene: la libertad. La libertad se posiciona como el elemento fundamental de la política, ya que sustenta y legitima los distintos caminos de las distintas sociedades; en esto están de acuerdo Gramsci, Marx y Bolívar Echeverría. Cada sociedad es libre de elegir sus propias formas de relacionarse con el medio, con su entorno; lo que posibilita la identidad de los individuos, como colectividad, a través de sus prácticas espaciales. A lo largo del capítulo, se va a ir explicando de manera más profunda

cómo es que está inmerso el elemento de lo político dentro del proceso de *habitar* y producir el espacio.

Construcción del concepto de habitar

Antes que todo, es sumamente importante, casi necesario, entender que el *habitar* constituye un fenómeno político, histórico y social, dentro del cual está inmerso el proceso de construcción de los sujetos, de la subjetividad tanto en lo individual, así como en lo colectivo. *Habitar* es hacer, construir, practicar; también, debe ser entendido como un concepto, como abstracción; por lo tanto, desde su definición lograremos adentrarnos a lo que realmente importa al respecto. Podemos entender *habitar* como un conjunto de prácticas (cotidianas, sociales, económicas, religiosas, culturales) intrínseco en el devenir de la humanidad y las sociedades desplegadas históricamente. Angela Giglia propone que el *habitar* “incluye una gama muy vasta de prácticas y saberes acerca del mundo que nos rodea” (Giglia, 2012:9). Gracias a las prácticas construimos nuestra realidad, nuestro contexto y reivindicamos el mismo; por medio de la repetición histórica de tareas cotidianas traducidas en el cumplimiento de nuestras necesidades; la humanidad, construye una identidad visible, palpable, sensorial, en la sucesión histórica de estas prácticas. En este sentido, nos identificamos con ciertas maneras de construir, de relacionarnos, de hablar y hasta reír; ya que corresponden o son parte de una particular concepción de la vida y de un particular modo de producirla; y que son distintas a otros tipos de sociedades.

La práctica de la construcción de lo cotidiano, es decir, la forma en la que habitamos está directamente ligada al modo de producción de lo material y lo simbólico; en otras palabras, en lo cotidiano es donde se construye constantemente, en un proceso inacabable, el sujeto y su potencialidad histórica y social⁴. Las prácticas que constituyen nuestro *habitar* también constituyen, en la superestructura, una cultura que integra no sólo el cúmulo, o repetición generacional, de dichas prácticas, sino que configuran un código de entendimiento y de creencias, un código de identificación conveniente para la construcción comunicativa e intersubjetiva de la sociedad. Giglia también identifica la importancia de la dimensión cultural vinculada en el proceso

⁴ Angela Giglia ha escrito lo siguiente al respecto: “Habitar, tiene que ver con la manera como la cultura se manifiesta en el espacio, haciéndose presente mediante la intervención humana [...] Como toda actividad cultural está nemarcada en el tiempo, en el doble sentido de que está vinculada a las condiciones existentes en cierto momento, pero también en el sentido de que es una actividad incesante y de alguna manera inagotable, que se reproduce y se recrea continuamente” (Giglia, 2012:9).

de *habitar*: “La relación con el espacio a nuestro alrededor, es un proceso continuo de interpretación, modificación, simbolización del entorno que nos rodea, con lo cual lo humanizamos, transformándolo en un lugar moldeado por la intervención de la cultura” (Giglia, *ibid*:9). El código cultural tiene influencia en la manera de comportarnos, en nuestras gesticulaciones, en nuestras explicaciones con respecto a los fenómenos naturales; derivando así una identificación y distinción entre los sujetos con respecto a las distintas culturas; caracterizadas, justamente, por las formas en que sus sujetos decidieron para *habitar*.

Ahora, siguiendo con el compromiso de ir construyendo nuestro concepto de *habitar*, debemos considerar, cabalmente, la existencia física del espacio “natural”, con el que los sujetos (la humanidad) han tenido que relacionarse a lo largo de su presencia en la Tierra. Cuando habitamos, lo hacemos estrictamente en un espacio. Tenemos que relacionar el problema de *habitar* con la producción del espacio, ya que no podemos independizar la producción del espacio de su componente social, es decir, del devenir de los sujetos en la historia; precisamente, porque no hay escapatoria para ninguno de los dos elementos, ni para la sociedad ni para el espacio. Existimos como sujetos en sociedades debido a que vamos construyendo nuestra esencia a partir de un espacio. En la labor, ardua labor, de construcción de los sujetos en sociedad, al mismo tiempo, se genera la construcción espacial de la misma e; incluso, cuando el espacio “natural” es primero o antecede a la sociedad, el espacio construye - en esta relación sujetos-espacio - su socialidad.

Así, es como hemos establecido y condenado el desarrollo de lo social, estrictamente, a partir del espacio, debemos aclarar las diversas formas en que el espacio es construido gracias a la implementación de prácticas identitarias en las que se utilizan objetos o instrumentos que funcionan como mediadores entre la actividad de los sujetos y el espacio. *Habitar*, como constante ejercicio de construcción, no debe ser entendido sin integrar esta relación existente entre el espacio y el sujeto, precisamente, mediada por el conjunto de herramientas tecnológicas. Ante cualquier controversia, Milton Santos dice:

Es sabido que la principal forma de relación entre el hombre y la naturaleza, o mejor dicho, entre el humano y el medio, viene dada por la técnica. Las técnicas constituyen un conjunto de medios instrumentales y sociales, con los cuales el hombre realiza su vida, produce y, al mismo tiempo, crea espacio (Milton Santos, 2000: 27).

Milton Santos determina una relación inseparable entre lo natural y los sujetos (la humanidad) mediada por la técnica alcanzada por cada sociedad. Cada sociedad elige la manera más conveniente, en cuanto a la fabricación de instrumentos necesarios, para la convivencia con el medio, es decir, con su espacio. Este espacio exige a la humanidad ciertas capacidades y facultades determinantes e históricas para la construcción de los medios para convivir, para planificar, para desarrollarse como sujetos sociales que *habitan* de una u otra forma. Lo anterior define las particularidades en las que se han tenido que desarrollar las diversas culturas en todo el planeta, creando así la multiplicidad de identidades y formas de habitar que, a su vez, indican diversas formas de concebir y producir el espacio.

Habitar, en este sentido, lo entiendo como parte fundamental dentro del proceso de producción del espacio; por lo que es primordial, como ayuda, la teoría de Henri Lefebvre. Si bien Lefebvre no escribe directamente respecto al problema del habitar o no realiza una definición propia; sus conceptos son fundamentales en mi construcción, ya que no puedo separar lo que implica *habitar* fuera de lo que implica *producir el espacio*. Para Lefebvre, cada sociedad produce su espacio: “cada sociedad (en consecuencia, cada modo de producción con las diversidades que engloba, las sociedades particulares donde se reconoce el concepto general) produce un espacio, su espacio” (Lefebvre, 2013:90). En otra ocasión (Lefebvre, 1976:28-43), Lefebvre postula ciertas hipótesis acerca de la noción del espacio; a continuación haré una puntualización de sus cuatro hipótesis:

- 1.- El espacio como la forma pura, exenta de cualquier influencia ideológica o cualquier contenido sensible, material, vivido, práctico.
- 2.- El espacio es social y la sociedad es espacial.
- 3.- El espacio como un intermediario que indica un procedimiento e instrumentos, medio y mediación: expresión de poder.
- 4.- El espacio como el lugar de reproducción de las relaciones de producción.⁵

5 Henri Lefebvre escribe más a fondo sobre estas cuatro hipótesis: “1.- El espacio es la forma pura, la transparencia, la inteligibilidad. Su concepto excluye la ideología, la interpretación, la no sapiencia. En dicha hipótesis, la forma pura del espacio, desprendida de todo contenido (sensible, material, vivido, práctico) es una esencia, una idea absoluta análoga a la cifra platónica. 2.- El espacio social es un producto de la sociedad, comprobable y que depende ante todo de la contratación, por ende de la descripción empírica, antes de toda teorización[...] en dicha hipótesis el espacio es el objetivo o más bien la objetivación de lo social y, consecuentemente, de lo mental. 3.- El espacio no sería ni un punto de partida (mental y social a la vez, como en la hipótesis filosófica) ni un punto de llegada (un producto social o el punto de reunión de los productos), sino un intermediario en todas las acepciones de ese vocablo, es decir, un procedimiento y un instrumento, un medio y una mediación[...] el espacio viene a ser un instrumento político intencionalmente manipulado. 4.-Esta teoría abarca la tercera hipótesis, llevando más adelante su análisis y modificándola en cierta medida. Para comprenderla, se debe tomar como referencia no la producción en el sentido restringido de los economistas – es decir, el proceso de la producción de

Con esta puntualización nos aproximamos teóricamente a la relación directa entre la producción del espacio y la construcción de los sujetos sociales. Sin embargo, esta puntualización de la que se vale Lefebvre para caracterizar los elementos inmersos dentro de la producción del espacio, resultaron un esfuerzo teórico que permitió un análisis más profundo que posteriormente él realizaría. Estas hipótesis serán replanteadas años después, en su libro *La producción del espacio* (2013); en ese libro propone una tríada conceptual precisa para entender la forma en que percibimos, concebimos y vivimos el espacio: *las prácticas espaciales, las representaciones del espacio y los espacios de representación* (Lefebvre, op cit:97-98). Desde mi perspectiva, siento que esta tríada conceptual, amalgama las cuatro hipótesis anteriores y las imbrica en una relación dialéctica. Para Lefebvre, la dialéctica ejercida entre estos tres aspectos, estos tres conceptos, es más que importante, ya que, si bien son de suma utilidad para este trabajo, también lo son para entender el proceso de producción del espacio a partir de una relación (dialéctica) en donde los tres conceptos conforman el proceso en su conjunto. Lefebvre dice: “Tríada: tres términos y no dos. Una relación de dos términos se reduce a una oposición, a un contraste, a una contrariedad.” (ibid:98).

Continuando con la explicación de la tríada conceptual: *la práctica espacial*, refiere al espacio percibido, al espacio en el que el cuerpo y sus extensiones entran en función; de acuerdo con el accionar de cada cuerpo individual y social, se va descifrando el espacio. Refiere a las prácticas que construyen lo cotidiano y su grado de alienación con respecto al modo de producción (capitalismo). Lefebvre dice: “la práctica espacial de una sociedad secreta su espacio; lo postula y lo supone en una interacción dialéctica; lo produce lenta y serenamente dominándolo y apropiándose de él” (Lefebvre, ibid:97). *La representación de espacio* se vincula directamente con la ideología que cada grupo proyecta en el espacio, refiere a un ejercicio de poder y de dominio. Lefebvre señala que “es el espacio concebido, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, tecnócratas, fragmentadores, ingenieros sociales y hasta el de cierto tipo de artistas” (ibid:97). Por último, se encuentran *los espacios de representación*; los cuales son los lugares de esparcimiento y desenvolvimiento de acuerdo a la representación del grupo dominante. Se refiere a los espacios vividos, los espacios dominados, predeterminados con símbolos y signos que delinear el *habitar* de los usuarios. *Los espacios de representación* refieren en gran medida a los

las cosas y de su consumo -, sino la reproducción de las relaciones de producción (Lefebvre, ibid:97-98).”

espacios subalternizados, en donde no hay posibilidad, aparente, de superación y concientización. “Se trata del espacio dominado, esto es, pasivamente experimentado, que la imaginación desea modificar y tomar” (ibid:98).

¿Por qué podemos vincular la triada conceptual al problema del *habitar* en aras de la continua construcción del concepto? *Habitar* es vivir, percibir y concebir el espacio, en la medida que, como individuos, establecemos una relación dialéctica con el mismo: *habitar* conlleva a la realización de prácticas y relaciones, individuales y colectivas, determinadas por lo cultural; *habitar* corresponde, también, a la manera en cómo sentimos el espacio y nos desarrollamos como sociedades, en función de la apropiación del espacio a partir de nuestros cuerpos y subjetividades; así como lo plantea Angela Giglia cuando dice que *habitar* conlleva la realización de prácticas que posibilitan la apropiación del espacio en tanto que existe una pretensión de domesticación⁶ (Giglia, 2012); además, *habitar* es construir el espacio, de acuerdo a una relación política-ideológica, económica, de dominación. Esto define las distintas y amplias formas en las que habitamos, correspondientes y particulares a cada sociedad, ya que son la muestra clara y llana de su incorporación al proceso de producción del espacio; o dicho de otra forma: “el espacio social «incorpora» los actos sociales, las acciones de los sujetos tanto colectivos como individuales que nacen y mueren, que padecen y actúan” (ibid:93). Continuando con Lefebvre, *habitar* un espacio social implica esta incorporación en el espacio de las prácticas y relaciones; implica además la distinción de los “lugares apropiados”, es decir, los espacios “destinados” para la realización de estas prácticas, para la materialización de estas relaciones sociales, jerarquizadas, normalizadas: 1) *relaciones sociales de reproducción* (relaciones biofisiológicas entre los sexos, las edades, con la específica organización familiar); 2) *las relaciones de producción* (división del trabajo y su organización y por tanto a las funciones sociales jerarquizadas)⁷ (ibid:97). Podríamos entender que aquí, Lefebvre trata de hacer una distinción en torno a los espacios públicos y los espacios privados, dicotomía que no está realmente analizada en el trabajo de Lefebvre. Sin embargo,

⁶ Angela Giglia, si bien habla de que la humanidad tiende a domesticar su entorno, por lo que la casa puede considerarse como el lugar predilecto para enmarcar al *habitar*, no presupone que el hogar, la casa, la vivienda sea el espacio que monopolice el desarrollo de las formas de *habitar* en lo urbano (Giglia, 2012).

⁷ Lefebvre hace esta distinción en función de los lugares “apropiados” para la reproducción del espacio social. Lefebvre logra identificar elementos generales que giran en torno al problema del *habitar* con respecto a la producción social del espacio. Lefebvre apunta que tras el advenimiento del capitalismo, esta imbricación de dos niveles se complejizará en una imbricación de tres niveles: 1) producción biológica, la familia; 2) reproducción de la fuerza de trabajo, la clase obrera; y 3) reproducción de las relaciones sociales de producción, es decir, las relaciones constitutivas de la sociedad capitalista (Henri Lefebvre. *Op. cit.* p. 91).

podemos leer estas “distinciones”, de las *relaciones de producción y las relaciones de reproducción*, como una aproximación al tema de lo público y lo privado⁸.

Estas categorías propuestas por Henri Lefebvre, de las cuales nos apoyamos para la continua construcción del problema del *habitar*, resultan esenciales pues distinguen facetas en el desarrollo del proceso de construcción de lo cotidiano, por lo tanto, son elementos indispensables que constituyen la subjetividad de los individuos sociales.

1.- Dentro de las *relaciones sociales de reproducción*, no sólo construimos, valga la redundancia, relaciones biofisiológicas como bien lo apunta Lefebvre; construimos además prácticas espaciales que configuran una identificación con las mismas, una identificación con otros sujetos y con la cultura generada a partir de esto. Así se conforman los elementos efectivos de la subjetividad como una potencia o una fuerza de los individuos construyendo lo cotidiano y su espacialidad. Generamos, porque es necesario, una ideología que se traduce en motor de acciones y convicciones, una ideología conveniente al espacio y su relación mediada por la técnica con los sujetos. Como señala Milton Santos:

[...] la ideología no puede ser vista en términos única y puramente subjetivos, como si permaneciese “sólo en la cabeza” de los demás, sino también a partir de su realidad concreta, factual. La ideología produce símbolos, creados para formar parte de la vida real, y que frecuentemente toman la forma de objetos. La ideología, es al mismo tiempo, un dato de la esencia y un dato de la existencia en este fin de siglo. Está en la estructura del mundo y también en las cosas. Es un factor constitutivo de la historia del presente. [...] La realidad incluye la ideología y la ideología también es real. La ideología, antes considerada como falsa y por lo tanto no real, de hecho, no es algo ajeno a la realidad ni es sólo apariencia. Es más que apariencia porque es real (Milton Santos, op. Cit:106).

Es necesaria la cita anterior en tanto que la ideología forma parte de la vida cotidiana, es decir, configura, y en cierta medida, coesiona a las relaciones sociales, materiales, simbólicas y

⁸ Manuel Delgado ha escrito al respecto: “[...]he insistido en indagar cuándo y en qué condiciones teóricas se produce la irrupción en escena del concepto de espacio público, tal y como tiende a emplearse de forma crecientemente central en los discursos políticos y urbanísticos. En esa tarea resulta significativo que un autor como Henri Lefebvre no emplee tal concepto en ninguna de sus obras importantes de temática urbana, como *Le droit a la ville* o *Espace et politique*, apreciadas en 1968 y 1970, respectivamente. Esa apreciación tendría una excepción relativa en *La production de l’ espace social*, un libro publicado en 1974” (Manuel Delgado, 2013). http://www.oasrn.org/pdf_upload/el_espacio_publico.pdf

subjetivas. En lo cotidiano, se instala la reproducción de una ideología que se traduce en movimiento, en libertad, en historia; ya que dirige la elección identitaria de los sujetos. Así, cada espacio, cada sociedad, va generando su propia historia, desde la libertad ideológica, va generando grupos, fracciones, estratos sociales que se distinguen de otros espacios en la reproducción matizada y adaptada de su vida. Con esta misma lógica, cada sociedad va generando y construyendo formas propias de organización social y de representación política; así como formas de intercambio material y simbólico entre otras sociedades. En la ideología reposa el fundamento de la historia en cuanto a motor del movimiento de los cuerpos, de los sujetos-prácticos que construyen su propia subjetividad a partir los múltiples elementos que configuran su mediación con el espacio. En este sentido, en el conjunto de acciones, prácticas cotidianas, políticas, que conforman el *habitar*, podemos percatarnos de cómo está impregnada y reproducida cierta ideología, posiblemente dominante, o no. A lo que Santos se refiere y que, para la construcción del concepto de *habitar* es conveniente, es la consideración del elemento de la acción, de la movilidad, de las prácticas, o sea, resalta el elemento de lo concreto, de lo material, de lo real, siempre relacionado con el plano de lo ideológico, que lo entiende, repito, como un motor para la construcción de la vida material y simbólica a partir de lo que cual, habitamos. Teniendo siempre presente que la libertad de movimiento, acción y pensamiento es indispensable en la construcción de nuestras formas de habitar, por esto, el *habitar* es considerado un acto político-ideológico. Gramsci dice:

La libertad como identidad de historia <y de espíritu> y la libertad como religión-superstición, como ideología inmediatamente circunstanciada, como instrumento práctico de gobierno. Si la historia es historia de la libertad -según la proposición de Hegel- la fórmula es válida para la historia de todo el género humano de todo tiempo y todo lugar, es libertad incluso la historia de las satrapías orientales. Libertad, entonces, significa sólo "movimiento". desarrollo. dialéctica. Incluso la historia de las satrapías orientales ha sido libertad, porque ha sido movimiento y desarrollo, tanto es así que aquellas satrapías se han derrumbado. Aun más: la historia es libertad en cuanto que es lucha entre libertad y autoridad, entre revolución y conservación, lucha en la que la libertad y la revolución continuamente prevalecen sobre la autoridad y la conservación (Gramsci, Cuaderno 10, 1975 :130).

Derivado de la cita anterior y producto de la libertad, la humanidad (los sujetos) ha elegido, mediante sus experiencias práctico-sensibles, un modo de producción material y simbólico

adecuado para cierto espacio; espacio que a partir de la actividad humana dejará de ser “puro”, “natural”, ya que se dará paso al espacio social y la sociedad espacial. Así la humanidad va generando espacios destinados o direccionados a cada uno de los elementos que nos configuran como seres sociales e individuales. Construimos espacios sexuados, espacios para cierto tipo de edades, espacios unisex y clasificación tipo A, como en las películas: para toda la familia. Construimos espacios que identifican y que, desafortunadamente, excluyen. Todo esto en función de una libertad lograda, intrínseca para la humanidad, que ha permitido esta dinámica histórica de elección constante del modo de producción de la vida en su totalidad, incluyendo necesariamente, las formas elegidas de habitar cada espacio, sea público o sea privado.

2.- Dentro de las *relaciones de producción*, Lefebvre afirma claramente que se trata de la división de trabajo, su organización y las funciones jerarquizadas producto de lo anterior. No obstante, el contenido histórico de este rubro, no se independiza de las *relaciones sociales de reproducción* y como parte de un mismo proceso, las *relaciones de producción* están en función, directamente, con la ideología de una u otra sociedad. La división de trabajo, su organización y las jerarquías resultantes, muestran su correspondencia ante los espacios destinados a los cuerpos, es decir, a la sexualidad, a la edad, la etnia y a la cultura. Sin embargo, la diferencia radica y se instala dentro de las consecuencias originadas por el modo de producción económico e ideológico que se ha elegido para su reproducción en lo cotidiano. Por esta razón, relaciono directamente la ideología, en los términos de Milton Santos y Gramsci, a la elección de un modo de producción *ad hoc* en función de un espacio.

Parte fundamental del problema del *habitar* se instala en la elección de un modo de producción de lo material y de lo ideológico. En este sentido, *habitar* es producir el espacio y producir la vida misma. *Habitamos* en función de lo que producimos, y lo que producimos está en función de la forma en la que hemos elegido para habitar. Dentro de esta continuidad, como dinámica, se desglosa el proceso de producción de los bienes necesarios para el consumo propio, como sociedad, como comunidad.

Encuentro, así, en Marx, la posibilidad de enriquecer el concepto de habitar, de acuerdo a lo que él ha concebido como modo de producción y consumo de la vida, de lo material, de las mercancías y hasta de lo simbólico. Ya que, considero como fundamental, el hecho de que en el *habitar*, entendido como proceso y como generalidad-abstracción, está inmerso el proceso de construcción

la vida misma a través de las mercancías que desarrollamos, de las sociedades que emergen en tanto su identificación con estas mercancías y su técnica. Lo modos de producción y consumo de mercancías, de lo material, determinan a las distintas sociedades, ya que esto se refleja en lo cotidiano, es decir, en el proceso de construcción del *habitar*. Marx lo señala:

En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio (*Uberbau*) jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina (*bedingen*) el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia (Marx, 1989:66-67)⁹.

La humanidad en sociedad, produce a partir de las necesidades que se presentan diariamente en la interacción con el espacio; y genera un proceso en el que debe consumir e intercambiar lo que ha producido.¹⁰ Aunque Marx se refiera a la producción de mercancías, podemos extraer de esta cita que *lo producido*, las mercancías y/o los instrumentos que en su totalidad configuran la técnica, están en función de una forma identitaria de concepción de la vida correspondiente a cierto espacio, a cierta sociedad. Para Marx, en el proceso mismo de producción encontramos también el proceso de consumo, de manera inmediata en el momento en el que producimos, consumimos; el consumo puede identificarse como el objetivo de producir, completando el círculo dialéctico de la dinámica producir/consumir.

La producción no es sólo inmediatamente consumo, ni el consumo inmediatamente producción; ni tampoco es la producción únicamente media para el consumo y el consumo fin para la producción, vale decir que no es el caso que cada término sólo suministre al otro su objeto; la producción, el objeto externo del consumo; el consumo, el objeto representado de la producción. Cada uno de los términos no se limita a ser el otro de manera inmediata, y tampoco el mediador

9 Extracto del “Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política”. Karl Marx, en *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. México. Siglo XXI. 1989. pp. 66-67

10 Así como apunta Marx: “El carácter de estas necesidades, el que broten por ejemplo del estómago o de la fantasía, no interesa en lo más mínimo para estos efectos. Ni interesa tampoco, desde este punto de vista, *cómo* ese objeto satisface las necesidades humanas, si directamente como medio de vida, es decir como objeto de disfrute, o indirectamente, como medio de producción” (Marx, 2008: 43).

del otro, sino que, realizándose, crea al otro y se crea en tanto que otro. Sólo con el consumo llega a su realización el acto de la producción, haciendo alcanzar al producto su consumación como producto, en tanto lo disuelve, consume su forma de cosa, su forma autónoma; en tanto convierte en habilidad, por la necesidad de la repetición, la disposición desarrollada en el primer acto de la producción (Marx, op cit:43).

A partir de ahora, gracias al proceso de producción/consumo que los sujetos en sociedad necesitan para su mantenimiento en el tiempo y en el espacio, se genera así un proceso de circulación y de intercambio de valores de uso o mercancías. Proceso necesario para la consumación del modo de producción de la vida en su totalidad y, por su puesto, para condicionar las formas en las que construimos el espacio desde lo cotidiano. Como sociedades, este proceso de intercambio de mercancías, de valores de uso, no se limita a lo objetivo, sino que también da pie al intercambio subjetivo, simbólico e ideológico entre sujetos, entre sociedades. Dicho proceso, promueve el encuentro y el desencuentro, propios de la identificación cultural generada, construida y alcanzada; misma que pone de relieve aquellos elementos en los que otra sociedad, otro espacio social no encuentra identificación.

Cada cultura se materializa, es concreta, en la medida en que las representaciones y manifestaciones originadas por la catarsis, y repetidas históricamente en las formas de habitar, son producidas y consumidas, en primera instancia por aquella sociedad a la que le confiere, y posiblemente en una segunda instancia, por aquellas sociedades que pretendan dicha u otra cultura. Si es así, cada sociedad produce sus propias formas de construir lo político y lo económico; las reproduce y legitima en las relaciones sociales, pero, sobre todo, en el consumo de todo esto *producido*, es decir, cuando consume e intercambia su propia socialidad, sus propias formas de habitar, de creer, de reproducción y las repite históricamente; cada sociedad construye su cultura, su identidad.

La cultura, se coloca como otro aspecto importante en la configuración del concepto de *habitar*. De tal forma que debemos entender a la cultura, también, como un proceso que se va configurando, más o menos al tiempo en el que se constituyen las formas de habitar cierto espacio. Para alimentar lo correspondiente a la relación que existe entre la configuración del *habitar* y el proceso de construcción de la cultura es necesaria la ayuda teórica de Bolívar Echeverría.¹¹ En este sentido se

11 Principalmente su libro: *Definición de la Cultura*

establece un puente entre lo que plantea Henri Lefebvre y lo que hace Bolívar Echeverría. Precisamente este puente que los une, es el problema del *habitar*.

Para Bolívar Echeverría, la configuración de la cultura se desarrolla a partir de la interacción de la humanidad en sociedad con el medio natural al que pertenecen. La técnica es la mediadora entre la actividad de los sujetos y el medio natural. Por lo tanto, al momento en el que se produce el espacio social mediante el uso del conjunto de instrumentos, los sujetos se reconocen en esta dinámica. En esto radica la especificidad de cada sociedad en cuanto a los modos de producción-consumo, y concepción de la vida. Cada sociedad se diferencia de las otras en la medida que la identidad se consolida; de tal manera que encuentra en las *relaciones sociales de reproducción y producción* su legitimación. Cada sociedad practica las formas que eligió para “dialogar” con el medio natural, como lo plantea Bolívar en la siguiente cita:

Recordemos, como punto de partida, la “teoría de la producción en general” que propone Karl Max en el capítulo V de su obra *El Capital*. La diferencia fundamental que hay entre el hombre – el ser social – y el resto de los seres de la naturaleza, en particular los que le son más cercanos, los del reino animal, resulta estar, según esta teoría, en el hecho de que en el caso del sujeto humano o social propiamente dicho su reproducción debe perseguir, además del mantenimiento de la vida en términos “animales” o “físicos”, el mantenimiento de la misma en términos “políticos” o (de alguna manera) “meta-físicos”. No sólo debe producir y consumir ciertas cosas, sino que, además y simultáneamente, debe también “producir y consumir” la forma concreta de su socialidad; debe modificar y “usar” las relaciones sociales de convivencia que le caracterizan y que interconectan e identifican a sus diferentes elementos o miembros individuales (Echeverría, 2010:55-56).

Dentro de la producción del espacio y la reproducción de las relaciones sociales está inmerso el proceso de construcción cultural directamente vinculado a la construcción del *habitar*. Angela Giglia menciona que dentro del proceso de *habitar* podemos observar el desarrollo de una dimensión normativa, ordenadora, justamente, de las prácticas cotidianas, de nuestros gestos, de la interacción con otros individuos, de nuestros comportamientos, etc. Giglia escribe:

El orden cultural del mundo no es sólo una herramienta de tipo cognitivo, sino también normativo. Con esto quiero subrayar que se trata de un orden que no es sólo lógico, sino también regulatorio, porque los contenidos de los lazos sociales entre los sujetos y el modo de estar juntos de ciertos seres humanos en relación con ciertos lugares. Los lugares en los cuales nos movemos suelen estar regidos por ciertas reglas – en el doble sentido de *normas de uso* y de *regularidades*, es decir, de modalidades recurrentes de uso- y estas reglas conforman un orden espacial. Los espacios no están ordenados de la misma manera

y el habitar consiste también en entender o reconocer el orden de cierto espacio y en actuar de manera coherente con este orden (Giglia, 2012: 15).

Podemos entender, gracias a Giglia, como es que el proceso de construcción de la cultura, la manera en que se ordenan los espacios y se generan estructuras sociales; determinan gradualmente la interacción de los humanos con el espacio, con los otros individuos, con las cosas, los símbolos, etc. De manera que, el *habitar*, se entiende desde lo cultural a partir de su construcción paralela o dialéctica, no podemos soslayar la relación *habitar-cultura*, ya que posibilita un panorama más amplio. La autora, Angela Giglia, construye un concepto de habitar desde la noción de la construcción de los espacios, su ordenamiento, organización y domesticación. En este sentido, su metodología es antropológica, etnográfica, de manera que, los elementos que utiliza para construir su concepto de habitar, se instalan en un tipo de análisis específico, directamente ligado a la cultura. Claudia Zamorano escribe en un trabajo que hace analizando la obra de Giglia: “Fue esta sección la que trajo más sorpresas para mí. Primero, apelar a la filosofía para entender el espacio – más que a la antropología simbólica (Barabás, 2003; Rapoport, 1969) o la geografía (Harvey, 1998; Lefebvre, 1991)- permite construir un concepto de habitar amplio, maleable y estrechamente ligado a la cultura que, aunque conserva un interés dialógico, pone en el centro al ser humano como ser total y no al espacio y su producción” (Zamorano, 2014). Si bien, en mi construcción del habitar considero el vínculo existente con el proceso de construcción de la cultura; mi concepto sí está pensado a partir de la relación que existe con la producción del espacio, de acuerdo a la obra de Henri Lefebvre. En este sentido, la cultura se instala como un proceso de construcción paralelo o derivado a las formas de habitar y no es el elemento central de mi concepto.

Otro factor que es importante es el papel que la Religión tiene sobre el espacio y las relaciones sociales. La Religión ha sido un elemento fundamental en la configuración de las sociedades y la producción del espacio en tanto que constituye, principalmente, un sistema de creencias que son una suerte de motor de las acciones de la humanidad. Max Weber señala que “toda acción originada por motivos religiosos o mágicos es, además, en su forma primaria, una acción racional, por lo menos relativa: si no es necesariamente un actuar según medios y fines, sí, desde luego, conforme a reglas de experiencia” (Weber, 1974:328). En este sentido las prácticas religiosas dentro de una sociedad conllevan a una identificación con el espacio y las formas de relacionarse con el mismo, con base en las significaciones metafísicas que se le atribuyen a los fenómenos

naturales; así como a las cosas y los objetos. Gracias a lo anterior podemos decir que percibimos, concebimos y vivimos el espacio social, es decir, lo habitamos de acuerdo al tipo de Religión que cada sociedad configuró mediante sus prácticas como su forma de producir y consumir su socialidad. “La función de la religión es producir un esquema moral” (Ornelas,2010:18), debido a la facultad comunicativa que la religión tiene, se forjaban relaciones sociales a partir del sentido que las sociedades otorgan a la vida debido a las creencias religiosas. Las explicaciones metafísicas de los fenómenos naturales y de la materialidad conllevan al condicionamiento del *habitar*. La Religión constituye una moral como forma civilizatoria de las sociedades y de los cuerpos; legitimada mediante las prácticas dentro de lo cotidiano. Estas prácticas son consideradas como rituales en tanto que su reproducción radica en la creencia de lo mágico y su vínculo con la producción material de la vida. La Religión permite a las sociedades plantearse objetivos importantes como lo es la construcción de monumentos extraordinarios como en Egipto o en la América precolombina. En este sentido, cuando *habitamos* un determinado espacio, lo hacemos también, de acuerdo a nuestras creencias religiosas o mágicas que son el resultado dialéctico derivado de la relación entre las prácticas y las formas de percibir la vida.

También, vinculado con la Religión, las prácticas traducidas en rito o rituales, corresponden directamente a representaciones amplias, como facultad del cuerpo y de la mente, representaciones concretas que son la muestra clara de que la Religión encuentra dentro de las múltiples sociedades diversas formas de expresión, de manifestación catártica, de mimesis, etc. Estos rituales, además, son la expresión de la capacidad de los sujetos para generar comunidad (atendiendo de ante mano a todas las cuestiones anteriores de las que me valgo para complementar el concepto de *habitar* y por las cuales las sociedades se identifican) para generar cohesión y estabilidad dentro del seno social. En este sentido, apelo a la manera de concebir (las representaciones) propia del momento catártico, así como Gramsci lo apunta:

Se puede emplear el término de "catarsis" para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo "objetivo a lo subjetivo" y de la "necesidad a la libertad". La estructura, de fuerza exterior que aplasta al hombre, lo asimila así, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas (Gramsci, op cit.:142).

De esta forma Gramsci nos revela que el momento catártico no sólo es funcional para la facultad propia del *hombre libre*, es decir, hacer historia y política; sino también, revela u ofrece una puerta de acceso hacia lo que el propio Marx anticipaba tiempo atrás. Me refiero al momento de la toma de conciencia por parte de los sujetos y por parte de las sociedades. Conciencia atribuida y adquirida, justamente, a través de estas representaciones dentro del espacio. Así como Marx refirió: “las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en suma, ideológicas, dentro de las cuales los hombres cobran conciencia [...]” (Marx, 1989:67). Para complementar, debemos considerar las representaciones manifestadas en los juegos, en las fiestas y en las artes; y su inevitable relación con la Religión (entendida aquí, la Religión, así como Gramsci, es decir, como un grado de conciencia) y las concepciones metafísicas.

Retomando a Bolívar Echeverría, debemos ocuparnos de la importancia significativa que es la consideración de los rubros del juego, la fiesta y lo estético. De manera que, Bolívar Echeverría plantea y desarrolla una distinción entre estos tres elementos; no obstante, de la consideración de un encuentro característico entre los tres rubros, a saber, el momento o evento extraordinario. Bolívar los ha catalogado como extraordinarios por varias razones, sin embargo, logra apuntar claramente que la ruptura de lo rutinario y el desprendimiento de lo real son aspectos fundamentales dentro de las prácticas y su significado. Además de ser aspectos meramente ligados a lo mágico, a lo metafísico religioso.

Para Bolívar Echeverría el juego es:

el comportamiento en ruptura que muestra de la manera más abstracta el esquema autocrítico de la actividad cultural, consigue que se inviertan, aunque sea por un instante, los papeles que el azar, por un lado, como caos o carencia absoluta de orden, y la necesidad, por otro, como norma o regularidad absoluta, desempeñan complementariamente en su contraposición. [...] El juego en tanto que comportamiento “en ruptura” persigue la experiencia de lo contingente, lo contra – o trans-natural de la autoafirmación del mundo de la vida social como una “segunda naturaleza”; pero lo hace a su manera, una manera extrema y abstracta: busca el punto en el que la necesidad se revela ella misma contingente y en el que la contingencia, en cambio, resulta ser necesaria (Echeverría, 2010:175-176).

Como leemos, el juego ha sido sumamente necesario para el desarrollo de las sociedades, a lo largo de la historia, en función de las convicciones generadas a partir de los sistemas de creencias, la Religión y la ideología hegemónica. En este sentido, el contemplar el factor del “el juego” dentro de los márgenes que conforman el problema del *habitar* en su amplitud, es fundamental. De tal forma, existe una identificación práctica, ruptural, en tanto a las prácticas que construyen lo cotidiano, lo rutinario. En el juego se exhiben y se contraponen la voluntad y lo azaroso, dejando a las capacidades motoras y logísticas el valioso desempeño del “jugador”, de los “jugadores”.

Por otro lado, la fiesta corresponde a un momento y prácticas sumamente distintivas en tanto que complejizan lo extraordinario, ya que la fiesta constituye, según Bolívar un momento “sagrado”, en el que realmente se pone en riesgo la sociabilidad, la identidad como sociedad, debido a la realización de rituales, a partir del traslado a lo imaginario que permite o vuelve asequible una percepción de la realidad desde otro plano, desde otro punto. Bolívar recurre e invita a pensar en la utilización de sustancias y/o prácticas eróticas para lograr alcanzar “*el paso al otro lado de las cosas*” (Echeverría, *ibid*:178)¹².

Con lo que respecta al elemento de lo estético o como Bolívar Echeverría menciona, el momento poético; este evento encuentra cabida dentro de la dinámica de la fiesta, incluso en lo lúdico. Sin embargo, pretende perpetuar dichas experiencias apropiadas, inducidas por el trance como estado necesario para el desprendimiento de lo históricamente estructurado como material y subjetivo. Bolívar Echeverría dice que el ser humano “*intenta revivir la experiencia a través de dispositivos especiales que se concentran en el oficio del artista, destinados a alcanzar una reproducción o mimetización de la perfección del objeto festivo*” (*ibid*:180).

12 Al respecto Bolívar Echeverría escribe: “En lugar de ser solamente un acto hasta cierto punto “inocente”, como el del juego, dirigido a alcanzar la experiencia de la intercambiabilidad de lo necesario y lo contingente, el acto festivo está dedicado a anular y a restaurar, en un solo movimiento, la necesidad de la consistencia cualitativa del código, de su contenido, del tema del compromiso singular que le da concreción. En este sentido, la fiesta, en lo público y en lo privado, es la puesta en acto de una “revolución” imaginaria, es decir, de una abolición y una restauración simultáneas, en el más alto grado de radicalidad, de la validez de una configuración concreta de lo humano. En las fiestas religiosas o eróticas, que son siempre, en mayor o menor medida, ceremonias rituales, pueden ser puestas en cuestión todas las normas de la subcodificación concreta y aun, a través de ellas, de la codificación humana en general” (Echeverría, *ibid*.:179).

De manera certera, Bolívar Echeverría concluye, en función de la construcción del concepto de *habitar* que pretendemos, con lo siguiente:

El juego, la fiesta y el arte, son realizaciones prácticas de la actividad cultural, se encuentran en el comportamiento humano, dentro de la producción y el consumo de cosas, de la emisión y recepción de significaciones en estado práctico. Es en la práctica que el ser humano se comporta de manera lúdica ceremonial y estética (ibid:189).

Como realizaciones prácticas, la humanidad intenta a partir de experiencias nuevas o ancestrales la posibilidad de operar o desenvolverse dentro de la *fiesta, el juego y las artes*, con la “ayuda” de sustancias, ritos, cantos o danzas; encontrar la conexión metafísica o cósmica con los seres que protegen e interceden por el espacio social, por la cultura; en otras palabras, a través de estas prácticas extraordinarias se pretende lograr una relación directa, una comunicación con los dioses, con el entorno puro y natural, con el cosmos.

Hasta aquí, hemos construido un concepto de *habitar* que no es exclusivo de las ciudades, ni de lo urbano, más bien, es un concepto que pretende ser comprendido y analizado desde la posibilidad de su adaptación a cualquier tiempo y espacio. Como abstracción, como generalización, el concepto que propongo de *habitar* está vinculado directamente a la producción de los espacios, de manera que las sociedades, la humanidad, están relacionadas dialécticamente con el espacio. La construcción del concepto de *habitar* está conformado por diferentes elementos que para mí han sido importantes en tanto que sustentan y materializan el tipo de relación que cada elemento suscita. Los elementos que conforman el *habitar* son: lo político, lo ideológico, la cultura, el modo de producción/consumo/circulación de las sociedades, de sus mercancías y símbolos; la religión, las prácticas religiosas y estéticas; la técnica, los tipos de relaciones, de producción y reproducción. Así como lo mencioné, *habitar* es un fenómeno que está incerto al modo de producción de los espacios y de la vida misma. Se entiende a partir de la generación de la historia, como devenir de la humanidad.

Habitar a partir de la modernidad y el capitalismo

¡Podemos hablar de modernidad dentro de la historia de la humanidad! Para ello debemos tener en cuenta que se trata de algo más allá de un simple momento histórico en el que se logró un distanciamiento material, significativo y simbólico entre la naturaleza y el ser humano. Hablar de modernidad implica la profundización analítica y sensitiva acerca de los acontecimientos que le dieron cabida en el espacio y en el tiempo. No basta con hacer referencia al Renacimiento, al “descubrimiento” de América, a la Reforma o la contra reforma; debemos adentrarnos a un terreno que posiblemente sea difícil de transitar, no obstante, es necesario realizar un esfuerzo en aras de la construcción de un concepto propio para este trabajo. No es posible hablar de modernidad sin tener en cuenta la periodización que este tema requiere; a qué nos referimos cuando utilizamos el término e, incluso, determinar el espacio en el que se representa. Esto para poder comprender cómo es que las formas de *habitar* fueron condicionadas, modificadas, por la irrupción de la modernidad como elemento transformador de las formas de producir, consumir, concebir el espacio. La modernidad nos muestra una nueva faceta en la construcción de las prácticas que conforman el *habitar*, es un punto de referencia histórico, ideológico y social para continuar con la construcción de nuestro concepto general.

Aludiendo a la propuesta de Bolívar Echeverría, la modernidad se entiende como una práctica revolucionaria a partir del desarrollo de una nueva técnica-identitaria en un momento específico de la historia de los sujetos, en donde se gestaron las condiciones tanto materiales como ideológicas para dicha transformación. En la modernidad los sujetos ya no se ven condicionados directamente por el medio natural como antes lo hacían; la humanidad ha logrado re-descifrar su medio, con dos alternativas posibles, su interacción con el medio natural o su “control” para el beneficio de la *naturaleza de lo humano*. En la modernidad no sólo es permisivo hablar de cómo el desarrollo de las fuerzas productivas propició este distanciamiento entre la humanidad y *lo Otro*. También, es justo hablar de cómo se fueron generando formas civilizatorias de dominación que pretendían el control o moldeado de las sociedades en función de la moral y de la institucionalización, ulterior, de las prácticas religiosas, políticas y económicas; a través de normas direccionadas a los cuerpos y la asignación de roles sociales debido al sexo de cada persona, la edad, la raza, la etnia, etc.

También, es justo hablar de otras referencias a la modernidad y no sólo considerarla como una práctica revolucionaria a la que Bolívar Echeverría hace mención, sino que la modernidad, en otra gran medida, sugiere una situación en la que los sujetos y las sociedades lograron concretar y materializar una concepción de la vida, como decisión política, económica e ideológica. En este sentido, no debemos dejar a un lado la condición de libertad propia de la humanidad, de los sujetos, y desde la cual cada elección, cada decisión, reafirma el momento productivo/consuntivo propio de cada cultura, es decir, de cada modo de producción. La modernidad, también debe ser entendida como un proceso ideológico, en el que la humanidad transformó su concepción del tiempo y su espacio, de tal manera, su producción. Lewis Mumford (Mumford, 1992) describe este momento histórico y lo nombra “fase eotécnica”. En este periodo (siglo XI-XVIII) los sujetos incursionaron en la invención de nuevos instrumentos (tecnología) útiles no sólo para el desempeño cotidiano, sino también, útiles en la presunción y en el ego. Mumford resalta la invención del reloj mecánico, la imprenta, el molino, la brújula, el telescopio, papel barato, el espejo y, sobre todo, el método científico (ibid:93). Así como también, hace hincapié en las consecuencias resultado de las invenciones, a decir verdad: el aceleramiento de la producción gracias, por ejemplo, a la *regulación del movimiento* que provocó la creación de relojes más precisos.

Hay que poner de manifiesto ahora un punto importante, los inventos del período eotécnico fueron sólo en cierta medida el producto directo de la destreza y del conocimiento artesanos, procedentes de la rutina regular de la industria. La tendencia a la organización por oficios, reglamentados en provecho de una labor estandarizada y eficiente, garantizada por monopolios locales, era en conjunto conservadora, aunque en los oficios de la construcción, entre los siglos X y XV, hubo indudablemente muchos audaces innovadores. Al principio, el conocimiento, la habilidad y la experiencia, fueron monopolio del gremio (ibid:93).

Entre los siglos XIII y XVII la aparición del reloj (prototipo) propició la organización temporal de la producción y los ciclos de circulación de las mercancías, mediante la calendarización (Rajchenberg y Héau-Lambert, 2002). Esto significó una ruptura estructural con las formas convencionales de concebir y percibir el tiempo y los ciclos productivos tanto del espacio como de la sociedad. E. P. Thompson, también hace referencia al proceso que tomó la instalación del reloj en la vida cotidiana, sin embargo, lo que E. P. Thompson logra plasmar en su trabajo, es la organización del espacio, de la sociedad y su producción en función de la complejización de la

manera en que contabilizamos el tiempo (E.P. Thomson, 1984) y, por supuesto, por la posesión popularizada de la herramienta capaz de hacerlo, es decir, el reloj. Lo que significó, como lo hace ver Thompson, el éxito civilizatorio y regulador de las sociedades convenientes al tiempo y los modos de producción de la vida.

Lewis Mumford, también atribuye importancia durante este periodo a la relación que las sociedades tenían con la madera, ya que muchas invenciones eran realizadas y construidas con base en la madera como principal material, por ejemplo, las mesas, las sillas, los cubiertos, las protuberias, etc. De la misma forma, Mumford rescata la utilización del vidrio, principalmente como un logro para la ciencia; ya que, fue utilizado para la elaboración de telescopios, tubos, etc. Sin embargo, el principal factor complementario y moderno fue el precoz método experimental que permitió la actualización de la técnica (Mumford, op cit:94).

No obstante, de lo anterior, es preciso instalarse y coincidir con una definición clara y concisa de lo que pretendemos por modernidad, así su utilidad será más directa en función de los objetivos de mi investigación; por lo tanto:

Por modernidad habría que entender el carácter particular de la forma de totalización civilizatoria que ha dominado sobre las demás en Europa y América desde el siglo XVI, y que tiende desde el siglo XIX a hacer lo mismo también a escala planetaria. Como es característico de toda realidad humana, la modernidad presenta un juego de dos niveles diferentes de presencia real: el posible o potencial y el actual o efectivo [...] 1) la modernidad puede ser vista como una forma ideal de totalización de la vida humana. Como tal, como esencia de la modernidad, aislada hipotéticamente de las configuraciones que le han dado una existencia empírica, la modernidad se presenta como si fuera una realidad de concreción en suspenso o potencia [...] 2) la modernidad puede ser vista como una configuración histórica efectiva de la sociedad; como tal ella deja de ser una realidad de orden ideal e impreciso y se presenta de manera múltiple en una serie de actualizaciones históricas de distintos proyectos e intentos (Echeverría, 2010:215-216).

Modernidad potencial

Bolívar Echeverría recupera a Aristóteles para caracterizar la “modernidad potencial” de la humanidad, en este sentido la modernidad es posible gracias a que se ha “lanzado” un desafío histórico a partir de la revolución eotécnica (Mumford, 1992). Dicho desafío será tomado por

distintas civilizaciones, como en Oriente y posiblemente en el continente americano (no “descubierto” aun oficialmente). Dentro de este proceso, las distintas civilizaciones optaron por desarrollar modos de producción adecuados al espacio puro y natural en que se habían constituido como sociedades.

La multiplicidad o variedad de modernidades sale a escena y cobra lugar en la concepción del término en función de su potencialidad. Jorge Larraín también acuña a la posibilidad de no sólo pretender, sino considerar el hecho de que la modernidad no es una sola, sino que existen múltiples modernidades en función del sujeto y de la subjetividad. Dando su debida importancia a estos dos elementos, Larraín propone la no instalación en la unilateralidad, ya que ésta sugiere con necesidad la dedicación y el análisis de la modernidad a partir de la racionalización, del avance tecnológico y la complejización de la técnica. En esto radica la multiplicidad de la modernidad, ya que se sostiene en la composición subjetiva de los sujetos. Para Larraín:

La modernidad supone entonces principios y significados que la caracterizan y que fundamentalmente se refieren a la libertad y la autonomía por una parte y a la racionalidad y capacidad de control por la otra. Pero estos principios no conducen a soluciones institucionales necesarias y permanentes como en las teorías de la modernización. Más aun, la misma incertidumbre producida por el compromiso político con la libertad es la que refuerza la tendencia al control racional del mundo y la sociedad. Porque aumenta predictibilidad, y esta tendencia inevitablemente les pone límites a ciertas formas de autonomía. De allí que, como ya lo había advertido Castoriadis, en la modernidad existe una tensión persistente entre autonomía y control. Según Wagner, el énfasis en la libertad subjetiva es acompañado y virtualmente restringido por el reconocimiento de que también hay fines colectivos, objetivos y valores comunes que existen antes de los individuos, que deben limitar las libertades individuales. Esta es la fuente de la ambigüedad que rodea la modernidad (Larraín, 2011:25).

¡De nueva cuenta la noción de la libertad! Ahora presupone para Larraín una oportunidad para los sujetos, para las sociedades, de encuentro y desencuentro con sus mismas formas de socialidad puestas en riesgo en cada evento extraordinario. Sin embargo, esta libertad encuentra su límite en la decisión última en la que la efectividad de la modernidad se hace presente y se consolida en una sola forma civilizatoria de producir la vida. La autonomía y el control pasan a ser temas que suponen una responsabilidad histórica para los grupos que sostienen y promueven la modernización.

Modernidad efectiva o capitalista

La civilización Occidental es la que “supera” el reto histórico anunciado, gracias a las formas particulares de producción tecnológica, de acumulación de lo cuantitativo y de reproducción de la vida en su totalidad.

Bolívar Echeverría afirma:

Hay sin embargo, entre todas ellas, una que se concentra en el aspecto cuantitativo de la nueva productividad que la neotécnica otorga al proceso de trabajo humano y que será por esta razón la que promueva esa neotécnica de manera más abstracta y universalista, más distinguible y “exportable”, más evidente en el plano económico y más exitosa en términos histórico pragmáticos (Echeverría, 2011:128).

La civilización occidental se posiciona como la civilización histórica y efectiva que puede totalizar sus formas de *habitar*; en este sentido, de producir el espacio desde el modelo capitalista¹³. La modernidad capitalista estará enfocada en la producción y circulación de las mercancías, es decir, de los bienes de consumo que las sociedades produjeron para sobrevivir y para intercambiar. David Harvey señala respecto a las mercancías:

La forma mercancía es una presencia universal en el modo de producción capitalista. Marx ha elegido *el denominador común*, algo que nos es familiar y común a todos, sea cual sea nuestra clase, etnia, género, religión, nacionalidad, preferencia sexual o cualquier otro rasgo. Conocemos las mercancías por nuestra vida diaria y son además esenciales para nuestra existencia: para sobrevivir tenemos que adquirirlas y consumirlas (Harvey, 2014:24).

Con la ayuda de la teoría de Marx, podemos apreciar que el capitalismo se instala en la lógica moderna y le es conveniente; así también como, ideología, para lograr su propósito: la acumulación del capital, de espacio y la tergiversación en la percepción y concepción del tiempo. Es importante recalcar que, para Marx, la producción del capital es también la producción de la vida en tanto que corresponde a un desarrollo histórico y social del conjunto de las fuerzas productivas. Por este motivo, es importante entender que la teoría de Marx, no se limita al análisis de la producción del capital en sí y para sí, sino que, dentro de la misma dinámica, también analiza la manera en que se

13 Como lo señala Bolívar: “El método capitalista discrimina y escoge entre las posibilidades que ofrece la neotécnica, y sólo actualiza o realiza aquellas que promete ser funcionales con la meta que persigue, la acumulación de capital”(Bolívar Echeverría, *ibid*: p.130).

producen y reproducen las formas materiales de existencia y sobrevivencia de los sujetos. Haciendo alusión a la libertad, todavía existente como facultad y como derecho inalienable de la humanidad, de producir la sociedad y su espacio de acuerdo con las posibilidades que genera una relación dialéctica y conveniente con el espacio natural y puro. Sin embargo, el capitalismo logrará generar una ruptura con respecto a las condiciones materiales y culturales convencionales que constituían la lógica precapitalista y legitimada en la forma de relacionarse entre los individuos y, por supuesto, la forma en que construían su cotidianidad a partir de la producción y circulación (intercambio) de los bienes de consumo de las sociedades.

De una fórmula simple de circulación (M-M), en donde no había una mediación establecida por algún *valor equivalente*; los sujetos pasaron históricamente a encontrar en el *valor equivalente* el elemento crucial, como fin, de la circulación e intercambio de mercancías. Es cuando el dinero se convierte en el mediador predilecto como *equivalente general*, la fórmula queda así: M-D-M. Sin embargo, dentro de esta fórmula, que presenta una serie de *metamorfosis*¹⁴, el dinero va a ser enajenado para convertirse en el equivalente general predilecto en tanto que a partir de él se puede adquirir cierta mercancía. El dinero se convierte en el fin óptimo del proceso de producción y circulación de las mercancías, tesoro muy apreciado por los sujetos. Y gracias a este momento de concreción ideológica y material (fetichización de la mercancía), en el que el dinero figura como la equivalencia general, es que se construirán las condiciones necesarias para la producción capitalista.

Marx señala:

Históricamente, el capital, en su enfrentamiento con la propiedad de la tierra, se presenta en un comienzo y en todas partes bajo la forma de dinero, como *patrimonio dinerario*, capital comercial y capital usurario. Sin embargo, no hace falta echar una ojeada retrospectiva a la proto-historia del capital para reconocer en el dinero su primera forma de manifestación. Esa misma historia se despliega diariamente ante nuestros ojos. Todo nuevo capital entra por primera vez en escena – o sea en el mercado: mercado de mercancías, de trabajo o de dinero – siempre como dinero, dinero que a través de determinados proceso habrá de convertirse en capital (Marx, 2008:179-180).

14 Marx dice: “M-D. *Primera metamorfosis de la mercancía, o venta*. Como lo he indicado en otro lugar, el salto que el *valor* mercantil da desde el cuerpo de la mercancía al del oro, es el *salto mortale* de la mercancía [...] D-M *Metamorfosis segunda, o final, de la mercancía: compra*. Por ser la figura enajenada de todas las demás mercancías o el producto de su enajenación general, el dinero es *la mercancía absolutamente enajenable*.”

Una vez que el dinero es introducido a la dinámica de circulación, su participación consiste en dos tareas: la primera, para adquirir más mercancías mediante la compra y, segundo, sirve como salario que necesita la fuerza de trabajo para su supervivencia. En este sentido, el capital que compra para vender necesita recurrir a una práctica que ha caracterizado el devenir del mismo capitalismo: la acumulación o el atesoramiento de más capital. Para este objetivo, la implementación necesaria de una dinámica productiva en donde exista un excedente, propició la generación de la plusvalía. La plusvalía principalmente es un fenómeno en el que está inmerso o involucrado el tiempo social necesario, es decir, el trabajo invertido como tiempo, para la producción de cierta mercancía a la que se le agrega un valor arbitrario, meramente subjetivo, al valor intrínseco de la mercancía. El fin, como objetivo: la generación de más capital para la promoción de la acumulación gracias a la plusvalía.

A la postre, se sustrae a la circulación más dinero del que en un principio se arrojó a ella. El algodón adquirido a £ 100, por ejemplo, se revende a £ 100+10, o sea £ 110. La forma plena de este proceso es, por ende, D-M-D', donde $D' = D + \Delta D$, esto es, igual a la suma de dinero adelantada inicialmente más un incremento. A dicho incremento, o al excedente por encima del valor originario, lo denominó yo *plusvalor* (surplus value). El valor adelantado originariamente no sólo, pues, se conserva en la circulación, sino que en ella *modifica su magnitud de valor*, adiciona un *plusvalor* o se *valoriza*. Y este movimiento se transforma en capital (ibid:184).

No podemos hablar de plusvalor en el proceso de producción de las mercancías sino hemos destacado el elemento primordial para este fenómeno: el trabajo. Resulta que para la elaboración de cualquier bien de consumo está implícito el momento del trabajo vivo que emplea cualquier sujeto. Marx lo define como:

[...]un proceso en que el hombre media, regula y controla su metabolismo con la naturaleza. El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza (ibid:215-216).

En este sentido, ubicando al trabajo humano dentro del proceso de producción de mercancías y circulación de las mismas en función del capital. El trabajo vivo de la humanidad está determinado por la iniciativa de compra y venta del capitalista. Por ende, el trabajo vivo como potencialidad

material en tanto que es facultad del hombre como creador, queda alienado del humano para su venta como mercancía: la fuerza de trabajo libre. De esta manera se generan las condiciones propicias para que la dinámica capitalista y su reproducción encuentren su consolidación. La fuerza de trabajo libre como mercancía queda despojada de su corporeidad como humano y pasa a ser propiedad del que la compró, es decir, del capitalista. La fuerza de trabajo como mercancía humanizada tiene el propósito de generar o concretar más mercancías, sin embargo, esta dinámica está determinada por la forma de producción del capital. Por esta razón cualquier cristalización en mercancía no le pertenece a su creador, el obrero, sino que le pertenece al que compró la capacidad creadora: el capitalista.

Es en el tiempo de la modernidad cuando el capitalismo se desarrolla de manera más fuerte hacia el punto crucial de su existencia: la Revolución Industrial. Las fuerzas productivas adquieren un papel prioritario en la agenda de las sociedades dentro de los principales centros urbanos. En la modernidad se fueron construyendo las bases para que el capitalismo pudiera alimentarse hasta su crecimiento. De manera que las ciudades en donde se instaló una creciente industria fueron el espacio adecuado para la legitimación y consolidación de las formas modernas del capital industrializado. A partir de la cultura de lo moderno, siguiendo lo planteado por Edward T. Hall (2013) y por Bolívar Echeverría, el hombre poco a poco priorizó la creación o producción de objetos mediante la evolución tecnológica, resultado del horizonte de *escasez* que condena la libertad del hombre. Así mismo, el capitalismo encontró las formas de consolidarse mediante el proceso de surgimiento de grupos dominantes capaces de acumular espacio/territorio para explotar la naturaleza, servidumbre para trabajar la tierra y proteger el espacio, y un excedente de bienes de consumo para retribuciones y almacenamiento. En este sentido las formas de *habitar* fueron subordinándose tanto a las formas civilizatorias de lo moderno, así como después, a la dinámica del modo de producción y circulación capitalista.

Tanto la modernidad como el capitalismo encontraron en los centros urbanos el espacio propicio para la generación de sujetos que fueran capaces de producir bienes de consumo y tecnología. También esta combinación entre modernidad y capitalismo destinó a los centros urbanos la práctica de la centralización, principalmente de la administración y de la circulación económica. La mezcla entre modernidad y capitalismo está caracterizada fundamentalmente por la manera en la que los grupos dominantes civilizaron a los sujetos que radicaban en los centros urbanos. Aquí

es menester considerar que las formas civilizatorias de la modernidad y el capitalismo no son exclusivas del espacio urbano, ya que en las experiencias de conquista y colonia perpetradas por Occidente-Europa, hacia África y, por supuesto, América, son muestra de cómo el sector del campo sufrió las evangelizaciones por ejemplo, o la alfabetización, por otro lado. Además, debemos tener en cuenta que la población mundial, mayoritariamente, era considerada gente del campo, rural, en ese momento. Con el tiempo, la generación y la consolidación de las ciudades industriales agudizaron el sometimiento del campo a la dinámica productiva del capitalismo industrializado, ya que el campo proporcionaba los recursos naturales, desde el espacio puro y natural hasta la materia prima, que necesitó la industria para su desarrollo.

La forma civilizatoria de la combinación entre modernidad y capitalismo se sostuvo mucho tiempo gracias a la permanencia de las prácticas religiosas, como las fiestas, costumbres y demás actividades que influía en la reproducción de la vida y la concepción de la misma. Las personas *habitaban* según las normativas o leyes que emanaban de la Corona y su vínculo con lo “sagrado” proveniente del sector eclesiástico. Después, una vez que el capitalismo logró subordinar a su dinámica a la relación moderna entre la humanidad y el espacio; las maneras de *habitar* estuvieron sometidas a la producción de mercancías. Esto sucede gracias a la Revolución Industrial y lo que sugiere este momento, es decir, el logró histórico que ha alcanzado el hombre con respecto al desarrollo tecnológico y la forma de producción que de esto deriva.

A partir de la Revolución Industrial, el capitalismo llega a su punto clímax para su consolidación en el tiempo y en el espacio. El capitalismo no solo logra una extraordinaria intensificación de las fuerzas productivas, si no una gradual y falsa independencia de la humanidad para con su medio natural. Además, gracias al capitalismo, las estructuras convencionales de organización propias de la modernidad de occidente y su civilización se ven en riesgo de permanencia; ya que el aceleramiento de los tiempos de producción provocan que las fábricas demanden cada vez más gente, cada vez más horas de trabajo, sin importar el sexo o la edad de las personas. Un ejemplo que describe esto es el que rescata Peter Hall (1996), cuando habla de las condiciones en las que *habitaban* la gente de las ciudades de Manchester o Liverpool. Peter Hall menciona que la dinámica de las fábricas y la oferta de trabajo con jornadas laborales de hasta 17 horas diarias, golpeaban las estructuras convencionales, por ejemplo, la organización familiar y la distribución del espacio (tanto en la fábrica como en el hogar) en función del sexo y la edad, pues tanto hombres

como mujeres salían a la fábrica a laborar en condiciones más que paupérrimas. Aunado a esto, el espacio también cambió, mejor dicho, fue transformado debido a las pretensiones y objetivos del Estado y la economía. De esta manera se construyeron *espacios de vivienda* en donde pudieran residir los obreros y sus familias, cerca de las fábricas. Mismos lugares en donde el resultado fue el hacinamiento de las personas en las habitaciones, además de otras consecuencias, igualmente, perjudiciales como la insalubridad de los cuartos, la inseguridad o, peor aún, la identificación de las personas con la fábrica y la ideología productiva.

Así mismo el capitalismo generó la producción de *espacios estratégicos* para su misma reproducción. Esto a partir de la centralización y acumulación de capital preferente a los espacios urbanos industrializados; en donde las formas civilizatorias, las formas de habitar, están en función del sistema económico de producción de la vida y de las mercancías, así como su debida circulación. La ciudad subordina al campo a su dinámica, condena al campo a ser el abastecedor de recursos naturales y, en cierta forma, de fuerza de trabajo que las ciudades han necesitado históricamente. En este sentido, propicia el desmantelamiento paulatino de las estructuras sociales convencionales propias del campo, así como la pérdida de identidad con las formas de producción del espacio dentro de este sector. Los *espacios estratégicos* fundamentalmente son las ciudades en comparación con el campo que se *subalterniza* en este sentido. Sin embargo, dentro de las ciudades se impulsa el desarrollo de espacios estratégicos que son convenientes para la re-producción del capitalismo, considerando su vínculo con las fuerzas históricas constitutivas del Estado y sus formas civilizatorias de dominación. También se desarrollan espacios que no son convenientes, en apariencia, al modo de producción capitalista, ya que obstaculizan e impiden un mejor aceleramiento de las fuerzas productivas y la cristalización masificada de mercancías. Existe un distanciamiento entre los espacios producción de mercancías y el consumo de las mismas. Así como una distinción de clase con respecto a las personas que producen y las personas que consumen. Derivado de lo anterior comienza a agudizarse las diferencias en cuanto a las mercancías femeninas de las mercancías masculinas, considerando la producción de mercancías *ad hoc* a la civilización occidental que excluyen y discriminan a lo Otro, es decir, lo que no es considerado occidente. De manera que los espacios femeninos y los espacios masculinos corresponden y hasta son proporcionales a esta distinción cada vez más compleja entre los sexos, las etnias y edades productivas.

Habitar en la ciudad y lo urbano.

Una vez realizada la laboriosa tarea de generar nuestro concepto de *habitar* en función de las amplias e inacabables capacidades y facultades de los sujetos; resultado del momento “moderno”, es preciso adentrarnos y vincular el *habitar* con lo que este mismo proceso ha ocasionado. Derivado de las formas elegidas para habitar y producir el espacio en función de cierto modo característico de re-producir la vida material y cultural; los sujetos comenzaron a generar un tipo de organización particular que promovía la identificación con determinadas prácticas espaciales (acto que implicaba el uso de una tecnología propia, adecuada al espacio) y determinadas relaciones sociales que correspondían a una concepción hegemónica e histórica. De manera que, las formas de habitar (producir el espacio) características de cada momento histórico y cada sociedad, corresponden de igual manera a un tipo de organización y ordenamiento socio espacial (Giglia, *op cit*). El paso de los primeros asentamientos de la humanidad recién sedentaria para llegar a la organización y estructuración en aldeas, continuando con las ciudadelas y por último la forma organizada, práctica y concebida que conforma la Ciudad; son muestra eficaz de la historia de los tipos de organización de los sujetos, pero también, resultado de ciertas complejidades históricas que siempre se han presentado en el devenir de los sujetos; situaciones que generan, como una suerte de necesidad social-histórica, la superación de sus contradicciones, como un reto a vencer. Este tipo de circunstancias conforman las condiciones que propician un cambio: el paso de lo rural a lo urbano, entendido como un proceso histórico largo, que fue posible a partir de la materialización de ciertos tipos de relaciones sociales, normativas y espaciales. Para la clarificación de esto la ayuda de Lewis Mumford (1961), de nueva cuenta será necesaria. También, será necesaria la conexión teórica e histórica con el concepto de lo urbano, como fenómeno característico e incorporado a la Ciudad.

La Ciudad es un fenómeno de larga duración, Mumford dice que para lograr entender este proceso cabe hacer una revisión histórica para identificar los elementos que propiciaron la generación de las ciudades: “Puesto que ha llevado más de cinco mil años llegar a lo que sólo es una comprensión parcial de la naturaleza y el drama de la ciudad, tal vez reclame un lapso más largo la empresa de agotar sus potencialidades todavía no realizadas” (Mumford, 1961:5).

Debemos entender a la ciudad como fenómeno histórico que se forma a partir de cierta organización y ordenamiento espacial de las sociedades¹⁵, ya que en las ciudades se incorpora el problema de lo urbano. Sin embargo, debemos puntualizar las diferencias existentes entre la composición organizada de las prácticas de los sujetos que hacen a *la ciudad*; de las prácticas humanas que configuran solamente una producción y organización urbana. Es decir, no es lo mismo construir la ciudad que construir lo urbano.

¿Cómo entender a lo urbano independientemente de su vínculo con la ciudad? Lo urbano sugiere directamente una oposición¹⁶ con la lógica rural, ya que determina formas distintas de producir el espacio, es decir, formas diferentes de habitarlo a partir de una actualización de la técnica que se ha distanciado de las necesidades que genera la vida en y para el campo; ya que la nueva tecnología exige nuevos retos, actualizaciones constantes generadas como un resultado histórico propio de una necesidad que nunca acaba¹⁷. La construcción de lo urbano se muestra como un proceso en constante actualización gracias a su vínculo directo con el proceso de conformación de las ciudades. No obstante, lo urbano, como un resultado de cierta organización de los sujetos y del espacio, no es necesariamente una ciudad. En este sentido, lo urbano sugiere ser entendido como un elemento ideológico, que impulsa a la organización social y espacial a partir de representaciones dominantes que evocan un sistema de producción en donde la técnica - su actualización- y el proceso mercantil de producción y circulación, tornan a ser los aspectos prioritarios en la agenda de los grupos dominantes, los diseñadores del espacio. Como elemento ideológico, lo urbano refiere a una concepción que determina ciertos parámetros, ciertas condiciones materiales y subjetivas. La técnica contiene y está conformada por ideología, ya que el cúmulo de herramientas son la expresión de una particular forma de concepción de la vida, una ideología dominante que

¹⁵ José Luis Lezama escribe al respecto: “La ciudad emerge como una estructura territorial y organizativa cuyo propósito es hacer más eficaz el desempeño de las distintas funciones inherentes a la constitución de la vida social. Lo social es necesidad y búsqueda de continuidad; pero ésta no sólo es de carácter moral o cultural, también implica el territorio en el cual se materializa” (Lezama, 1993:42).

¹⁶ Bolívar Echeverría, propone un análisis en el que se hace referencia a tres tipos de oposición entre lo rural y lo urbano: la aldea, el campamento y el asentamiento corresponden a formas de producción de la vida a partir de un grado de organización que se va distanciando de las otras formas de producción propias del campo. Estos tres elementos están en función de las prácticas cotidianas que configuraron un código alterno a la lógica rural. La campiña, el desierto y la plantación son formas de producción propias de una lógica rural y que Bolívar las posiciona como la oposición directa de los tres elementos que conforman lo urbano (Echeverría, 2013).

¹⁷ Entendida en una forma ampliada, no sólo la concentración del capital económico o, propiamente, capital simbólico. La concentración ampliada está ligada a una lógica de contenedora, almacenamiento de experiencias, de culturas, de sujetos, de ideas, de herramientas, de espacios, climas, etc.

impulsó un particular uso e invención de tecnología, mercancías propias de un modo de producción histórico. La técnica en este sentido es histórica y las herramientas refieren al momento de producción de su creación. Lo anterior no condena al olvido a la totalidad de los objetos o herramientas; evidentemente, algunas, muchas, serán obsoletas; otras tantas, no. Existen herramientas que perduran y sobreviven a los cambios sistemáticos e históricos de los modos de producción.

Lo urbano requiere de una nueva forma de organización en función del espacio y de las relaciones sociales. En cuanto al espacio, podemos apreciar el momento de lo urbano cuando vemos una traza específica, cuando observamos proyectada una estética en la arquitectura que funcione como identidad entre los sujetos y también como elemento de cohesión y dominación (Jacobs,2011)¹⁸. De esta manera se va consolidando y definiendo la oposición a la que Bolívar hace referencia entre lo rural y lo urbano, en la medida en que se van construyendo a partir de un proyecto específico de representación espacial, un sistema de producción de la vida con base en otro tipo de relación con la naturaleza, con base en otro tipo de concepciones y otro tipo de organización. Con respecto a las relaciones sociales dentro de lo urbano, sugiere a una forma de división de las actividades, es decir, el trabajo especializado. Esta división social del trabajo corresponde al proceso paralelo de generación de una división espacial con respecto a la diversidad de actividades que se desarrollan dentro de lo urbano.

La Ciudad debe ser entendida y caracterizada, principalmente, como un resultado complejo en la organización de las prácticas y representaciones del espacio a partir de lo urbano¹⁹.

18 La autora Jane Jacobs, en algún punto trata el tema de las condiciones necesarias para la conformación de lo urbano. Existen necesidades que son apremiantes para la consolidación del proceso que da cabida a lo urbano. La diversidad, la concentración de personas y de excedente, edificios o monumentos, son muestra de elementos que configuran una producción del espacio dentro de una lógica urbana.

19 Jose Luis Lezama escribe al respecto: “En toda circunstancia, bajo formas simples o complejas de la organización social, en los periodos históricos más remotos o en los más cercanos, ya sea en las primeras ciudades de la Antigüedad, o en los diferentes cortes de Medievo, la ciudad se asocia con prácticas sociales y valores en los que predomina un mayor apego a lo racional y a lo pragmático, pero también a una mayor apertura en la búsqueda de lo espiritual. Se vincula, asimismo, a un predominio de las actividades secundarias sobre las primarias y una más amplia complejidad de la vida social. A la densificación del espacio habitable le corresponde una densificación de las relaciones sociales y, a ésta, una densificación moral. De todo esto emerge a su vez una potencialización de los esfuerzos y voluntades humanas que aumenta la capacidad para lograr las mayores adquisiciones materiales y espirituales. Parecería como si la ciudad fuera un instrumento indispensable para hacer posible la historia humana” (Lezama, 1993:31-32).

Henri Lefebvre, al respecto:

La ciudad es una obra en el sentido de una obra de arte, El espacio no está únicamente organizado e instituido, sino que también está modelado, configurado por tal o cual grupo de acuerdo con sus exigencias, su ética y su estética, es decir, su ideología. La monumentalidad representa un aspecto esencial de la ciudad en tanto que obra, pero el horario que siguen los miembros de la colectividad urbano no reviste un aspecto de menor importancia. La ciudad como obra debe ser estudiada bajo esa doble faceta: edificios de toda índole y horario que implican en la vida de los habitantes de las ciudades y de todos los ciudadanos en general (Lefebvre, 1976:66).

De la cita anterior extraemos que la Ciudad conforma un espacio determinado por cierto tipo de organización social, así como ya lo hemos estado anticipando. Sin embargo, el elemento agregado resulta ser: el moldeamiento a partir de una ideología que se coloca como hegemónica. La Ciudad como una obra, es decir, como una creación, acumula experiencias a partir de las prácticas y relaciones de los individuo; construye estructuras que paulatinamente incorporan una organización urbana, que poco a poco, al pasar de los años constituye una brecha en términos de producción, concepción y consumo con el campo. En este sentido, podemos decir que las ciudades están diferenciadas del campo en el sentido que han logrado alcanzar una etapa en la que cierta organización espacial ya no es factible en la lógica rural (pues nuevos horizontes se postran gracias a la actualización tecnológica); estas práctica racionales, que ordenan el espacio, conforman lo urbano. Estas prácticas son justamente los indicadores de las distinciones entre el campo, lo urbano y la ciudad. En las ciudades el proceso de secularización de las sociedades con lo natural, es decir, lo Otro; se encuentra en etapas o fases más avanzadas y encaminadas a la modernidad, a diferencia de la conexión casi mágica que todavía podemos observar entre las estructuras propias del campo y la naturaleza. Las Ciudades modernas sugieren un espacio alternativo en cuanto a su producción, ya que encuentran en elementos como la división sexual del trabajo, la acumulación de riquezas, la actualización tecnológica, un sistema urbano en expansión y la creación de un sistema jurídico de control social; la forma predilecta de la perpetuidad en el tiempo y en el espacio del estatus de las clases o grupos hegemónicos.

La Ciudad debe ser entendida a partir de su vínculo directo con la construcción de lo urbano, no es permisible concebir a las ciudades independientemente de su complejidad urbana. A partir de lo urbano, las ciudades se consolidan, ya que, precisamente, lo urbano corresponde al modo de vida de las ciudades (sin embargo esto no quiere decir que lo urbano sea exclusivo de o para las

ciudades, ya que existen formas de reproducción urbana en espacios que no necesariamente son ciudades). Los modos de vida que se generan en lo urbano no se transforman del todo en las ciudades, sin embargo, sí se complejizan en función de la actualización constante que exige la modernidad en función de la técnica, la ciencia, la producción y circulación de mercancías. En esta dinámica, lo urbano conforma un sistema específico al cual es prudente llamar urbanismo. “El urbanismo puede ser considerado como una forma o modelo característico de los procesos sociales” (Harvey, 1977:206). Lo urbano en su combinación o imbricación con las ciudades, como una forma de producción del espacio, requiere del urbanismo para su perpetuación como un sistema de producción y circulación de mercancías que necesita expandirse y encontrar la conexión y comunicación con otros sistemas urbanos, otras ciudades. El urbanismo, podemos indicar, implica una actualización de las formas urbanas en función de la modernidad y el capitalismo, por lo que determina particulares formas de relaciones sociales convenientes al modo de producción histórico. Entendido como un proceso social, entonces, producto del devenir de los sujetos; debemos hacer caso a lo que Harvey expresa:

el urbanismo es una forma social, un modo de vida basado, entre otras cosas, en una cierta división del trabajo y en una cierta ordenación jerárquica de las actividades coherentes, en líneas generales, con el modo de producción dominante [...] Por tanto, la ciudad y el urbanismo pueden funcionar como sistemas de estabilización de un modo de producción concreto (Harvey, *ibid*:213).

Con respecto a nuestro problema principal: el *habitar* en las Ciudades, representa la posibilidad constante de la realización direccionada de una sociabilidad que ha sido construida a lo largo y a partir de la repetición de prácticas que constituyen la cultura citadina o en otras palabras, la sujetividad de los individuos. Mumford rescata rasgos visibles que desde la configuración de las sociedades en aldeas, sobresalían como factores permanentes, resistentes y determinantes de las ulteriores formas de organización social como la ciudadela y la Ciudad (Mumford, *op cit*:17). Sin embargo, muchas otras formas de producir el espacio y construir lo cotidiano se fueron complejizando al transcurrir el tiempo. Otras tantas formas se fueron adaptando a maneras contemporáneas o fueron actualizando y recuperando formas preteritas. Por ejemplo, Roma adaptó en su historia como Imperio y hasta en la decadencia, representaciones espaciales originarias de la Grecia helenística; no obstante innovó en la creación de acueductos, vías pavimentadas, los foros, los circos, los baños públicos y hasta los vomitoriums (Mumford, *ibid*:157-169).

Habitar en la Ciudad implica un acercamiento más directo, en función de una relación alienante, con la tecnología. El conjunto total de instrumentos es un indicador de la centralización que las ciudades generan y gestionan para su mismo desarrollo. Dinámica que los vincula y relaciona gradual e históricamente con el campo, dependiendo del desarrollo y exigencia histórica tanto de las fuerzas productivas así como del sistema de producción y circulación de mercancías. En las ciudades se concentra el cúmulo de posibilidades de concreción de ideas, de sueños y de perspectivas; de tal forma que la ciudad se vuelve el espacio de materialización predilecto. Con la llegada de la modernidad, pareciera que las ciudades tornaron a convertirse en el espacio específico, a la medida, que la modernidad necesitaba para su legitimación a través y gracias al sostén que significaron las estructuras económicas capitalistas. Al tiempo se agudizó la separación con lo natural en la medida de la universalización de las formas civilizatorias expansivas y extractivistas del mundo Occidental.

El problema de habitar en el espacio, nos hace considerar la transición de las formas pre-modernas de construir lo cotidiano y la manera en la cual nos hemos relacionado con el espacio “natural y/o puro”; a las formas modernas de producir el espacio, donde las ciudades ya figuran como un gran aliado para la constitución de las bases para la instalación y continuidad del capitalismo. Así como hemos visto a lo largo del capítulo, habitar en el espacio define una determinada manera de producción del mismo, por lo tanto, una determinada forma de producción de las sociedades. No es lo mismo, entonces, habitar en lo pre-moderno que en la época de la modernidad capitalista²⁰.

²⁰ Tema de por sí debatible, ya que la variedad de autores que teorizan a la Ciudad encuentran rasgos históricos que anticipan el advenimiento del capitalismo desde tiempos muy remotos. Como es el caso del historiador colombiano Fabio Zambrano que se instala en una concepción peyorativa (a mi parecer) para el proceso de consolidación de las ciudades. Él nos plantea que el desarrollo de composición histórica de las ciudades siempre ha sido en función de la muerte (ya que se requiere la concentración intensificada de personas que trabajen para la construcción del espacio urbano), también las ciudades se erigieron gracias a la posibilidad de almacenamiento, como recipiente, tanto de experiencias pasadas (correspondiente a las estructuras de la aldea y la ciudadela), así como de mercancías (como alimentos, semillas, etc) y, en función, de generar las bases para lo que hoy vivimos, percibimos y concebimos como Ciudad, dentro del sistema de producción capitalista. Zambrano considera a la ciudad como “*un recipiente de recipientes*” (Zambrano, 1999).

Capítulo 2

Análisis de una situación llamada espacio

Relación de fuerzas y su espacialidad urbana. Razones que conforman el presente y la crisis del habitar

En un “justo análisis” de una *situación*, Antonio Gramsci nos conduce a un ejercicio reflexivo y crítico de identificación de los elementos que configuran un momento determinado, es decir, una realidad concreta; dentro de la cual conviven en relación dialéctica, las fuerzas que corresponden a la superestructura y las fuerzas que corresponden a la estructura. Es aquí donde puede incluirse el aspecto que corresponde a la producción del espacio²¹, entendido como un factor decisivo. Es en el proceso de producción del espacio donde se resuelve la relación entre superestructura y estructura; por ser una relación de decisión, de representación y de dominación. En este sentido, entiendo que el espacio y su producción manifiestan o contienen momentos de disputa entre las fuerzas en relación. Sin embargo, la producción de espacio no se limita a ser un lugar o un momento decisivo en el sentido de un fin, también, es un punto de partida del cual podemos iniciar para desglosar la situación que se vive y se reproduce en la Ciudad de México actualmente.

Es necesario determinar en qué sentido la producción del espacio corresponde al momento decisivo y al lugar de representación en un análisis de una *situación*, así como Gramsci lo estipula. Pienso que el problema del habitar el espacio, en este caso la Ciudad de México, constituye un ejercicio cotidiano al que debemos tener dedicada atención para, de alguna forma, resolver este problema.

Gramsci dice:

21 La “producción del espacio” entendida desde la perspectiva de Henri Lefebvre, específicamente, en los textos de *La producción del espacio* y *Espacio y política. El derecho a la ciudad, II*. Concretamente, la producción del espacio es un proceso de construcción de lo social dentro de una relación dialéctica en la que tanto la socialidad del espacio se desarrolla, así como la espacialidad de la sociedad. La producción del espacio advierte una relación directa con los modos de producción y circulación propios del capitalismo.

Es el problema de las relaciones entre estructura y superestructura el que hay que plantear exactamente y resolver para llegar a un justo análisis de las fuerzas que operan en la historia de un determinado periodo y determinar su relación. Hay que moverse en el ámbito de dos principios: 1) el de que ninguna sociedad se impone tareas para cuya solución no existan ya las condiciones necesarias y suficiente o que éstas no estén al menos en vías de aparición y de desarrollo; 2) y el de que ninguna sociedad se disuelve y puede ser sustituida si primero no ha desarrollado todas las formas de vida que están implícitas en sus relaciones (controlar la exacta enunciación de estos dos principios) (Gramsci, 1999:32).

Habitar la Ciudad de México en el periodo neoliberal, refiere una serie de acciones en lo público y lo privado que están condicionadas, principalmente, por estos factores dominantes: 1) el modo de producción, circulación y consumo material dentro de la lógica de la terciarización del espacio urbano; 2) la cultura, como una forma de reconocimiento e identificación social en conjunto que atraviesa los espacios públicos y privados, o sea, es consensuada o se disputa, de acuerdo a los parámetros, como ideología, de la modernidad capitalista (en su faceta neoliberal) aplicada a través de la urbanización; 3) la convivencia con formas pasadas de habitar que resisten y permanecen activas pero que se conjugan con las exigencias actuales que requiere un determinado espacio; y 4) una crisis urbana, civilizatoria, que se vincula a la crisis estructural del capitalismo y que condicionó el desarrollo de las ciudades y metrópolis de la región (Peñalva, 1993). Habitar la ciudad, en este sentido, es la forma en la que la ciudad se produce a sí misma, es decir, al momento en que nos relacionamos como ciudadanos dentro del espacio en su conjunto, lo producimos, lo significamos y lo consumimos²². Esta dinámica nos conduce a la complejización de las actividades mediante la organización social, política y económicamente espacializada, de lo que deriva la

22 Tanto la teoría de Marx como la de David Harvey son de suma importancia para entender el proceso de producción de la vida material y simbólica en el que las sociedades incurren o deciden para su desarrollo histórico. Harvey dice “El modo de producción se refiere a aquellos elementos, actividades y relaciones sociales que son necesarias para producir y reproducir la vida real (material)” (Harvey, 1977:208). Para Marx: “En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de sus fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio (Uberbau) jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina (bedingen) el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombre lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su conciencia.” (Marx, 1989:66-67)

historia de los lugares y sus formas de habitarlos en función del capitalismo²³. La Ciudad de México es el resultado histórico de elecciones históricas de producir el espacio, que han convivido con otras, pues cada representación comparte el espacio. Cada elección (decisiones que no dependen de múltiples determinaciones, que no son voluntarias y que son caracterizadas por una relación de poder) define un modo de producir este u otro espacio, en el mismo proceso se van construyendo las formas de habitar característicos y propios a cada sitio. También, se van construyendo las exigencias que cada espacio requiere para su continuación y/o perpetuación dentro del sistema neoliberal. Cada lugar, sitio o espacio, conforma y necesita una concepción: Los grupos sociales generan conciencia (siempre mediada) de su posición dentro del modo de producción característico y a partir del tipo de espacio que han desarrollado.

Las sociedades, así como lo señala Marx, toman conciencia de su posición en el sistema capitalista globalizado dentro del terreno de las ideologías. Sin embargo, considero que “la toma de conciencia” está en función o en relación directa con el espacio en el que se desarrollan las actividades de los grupos sociales. Henri Lefebvre escribe con respecto a la toma de conciencia en relación con la producción del espacio; para él existe un vínculo entre la *conciencia social* a la que hace referencia Marx y la ideología.

Henri Lefebvre escribe:

Una *representación del espacio* ha podido mezclar la ideología y el conocimiento en el seno de una práctica (socioi-espacial). Así, de forma típica, sería el caso de la perspectiva clásica. Asimismo, en la actualidad, sería el caso del espacio de los planificadores, el de la localización que atribuye a cada actividad un lugar concreto (Lefebvre, 2013:103)²⁴.

Para los fines de este apartado, la *representación del espacio* supone una relación entre la ideología y la conciencia, supone un ejercicio de reflexión y encuentro con las concepciones inscritas al modo histórico de producción de lo material y lo simbólico; de tal manera que el espacio supone

23 Un capitalismo que tiene que lidiar y negociar con formas particulares de producción del espacio, incluso pre-capitalistas, que han sobrevivido a pesar de los años.

24 La *representación del espacio* a la que Henri Lefebvre hace noción es un término complejo con el que no sólo me apoyaré en este capítulo, sino que es fundamental su inscripción dentro del capítulo destinado al tratamiento profundo del *habitar* como concepto.

un punto de realización posible, alcanzable en la medida que se cuenten con las condiciones objetivas y corpóreas para cristalizar una idea, una proyección. En este sentido, se destaca la importancia de la ideología como un elemento que no sólo está presente de manera pasiva. Si entendemos a la ideología como Gramsci lo hacía, es decir, “cada concepción particular de los grupos internos de la clase que se proponen ayudar a la resolución de problemas inmediatos y circunscritos” (Gramsci, 1986:132). Gramsci considera a la ideología como una “vulgarización” filosófica que conduce a las masas, a las personas organizadas o cualquier grupo, “a la acción y a la transformación de la realidad” (ibid:140). Las *representaciones del espacio*, entonces, son proyecciones ideológicas que pretenden interferir en la construcción y desarrollo particular de un espacio, un lugar; en función de una facultad que posibilita dicha proyección: el poder, la dominación y la concentración de los aspectos materiales que ayudan a la cristalización de dicho proyecto.

Henri Lefebvre comenta:

¿Qué es una ideología sin un espacio al cual se refiere, un espacio que describe, cuyo vocabulario y relaciones emplea y cuyo código contiene? ¿Qué sería la ideología religiosa judeocristiana si ella no se basara sobre los lugares y sus nombres: iglesia, confesionario, altar, santuario, púlpito, tabernáculo, etc.? ¿Qué sería la Iglesia sin las iglesias?...De un modo más general, lo que se llama “ideología” sólo adquiere consistencia por la intervención en el espacio social y en su producción, tomando cuerpo allí. ¿No consistiría la ideología sobre todo en un discurso sobre ese espacio social? (Lefebvre, *Op. Cit.*:103)

Por lo anterior es necesario determinar la existencia de una hegemonía²⁵ dentro de los espacios, los lugares, ya que permite la *representación espacial*²⁶ de este u otro grupo social que se posiciona como dominante, hegemónico.

25 “En la teoría política la noción de hegemonía ha sido utilizada con acepciones distintas. En el marxismo y en el pensamiento de Gramsci, dicha noción representa la concreción de la posibilidad de una acción política a partir de realizar el análisis social desde la perspectiva de la totalidad histórico-social. Preguntarse y pensar en términos de hegemonía, como hemos registrado anteriormente, nos refiere al conjunto de las relaciones sociales entre las clases dirigentes y las subalternas, pero también al estado de la correlación de fuerzas y su articulación con respecto al dominio, la coerción y el consenso.” (Oliver. et. al., 2012:85)

26 Es necesaria la exposición de la triada conceptual de la que Henri Lefebvre se apoya para el análisis de la producción del espacio. *Espacios de representación; Representación del espacio; y Prácticas espaciales*. Esta triada conceptual hace referencia a un proceso en el que cada concepto apela a una acción: vivir, concebir y percibir. Cada acción (vivir, concebir o percibir) equivale a un momento dentro de la relación dialéctica que establecen; por esta razón se entiende como un proceso a la producción del espacio. (Lefebvre, 2013)

En cada sitio de la Ciudad de México, están representados en el espacio, proyectos ideológico – políticos – que atiende convenientemente a cierta concepción de la vida de cierto grupo social. Habitamos de acuerdo con lo proyectado en cada espacio por su “autor”; experimentamos una lucha constante, cual resistencia, entre el enfrascamiento de la multiplicidad de opciones que existen para habitar los espacios; la hegemonía reproducida (en cierto grado legítima) a partir de las relaciones sociales enmarcadas en un particular modo de producción; la utilización de técnicas; el lenguaje designado; y los comportamientos corporales requeridos. ¡He aquí la contradicción fundamental! El cimiento de la civilización moderna capitalista son las ciudades, convertidas en el sitio predilecto de la relación de fuerzas entre las *representaciones espaciales*, es decir, las ideologías. Por esto es importante tener en cuenta tanto la concepción, así como la consideración, de la hegemonía, en este análisis, ya que determina la posibilidad de distinción entre los espacios en donde la ideología del proyecto de urbanización moderno capitalista se cristaliza — cómo lo hace y mediante qué proceso logra su cometido —; y aquellos lugares que se presentan como una posibilidad de alternativa, que experimentan la resistencia a partir de sus concepciones subalternas: sus representaciones, su ideología que pertenece o nace de los lugares marginados y excluidos que experimentan desde la alienación asignada y dirigida, la dinámica de la hegemonía de los grupos dominantes. Por otro lado, no menos importante, es necesario pensar en términos de hegemonía para poder cuestionar su efectividad espacial dentro de la realidad de la Ciudad de México; ya que podemos apreciar una inconsistencia en su facultad de dominio, dirigencia y legitimación en función de la construcción de una crisis sin precedente, resultado de lo pasado carente de una solución. La crisis que se desarrolla dentro del espacio de la Ciudad de México refiere a una problemática construida desde su interior gracias, en gran medida, a la dinámica propia de la ideología moderna capitalista que encontró en la civilización el aliado perfecto.

La convivencia dentro del espacio entre lo diverso, como efectividad, de los distintos proyectos urbano-ideológicos, que se representan en la Ciudad de México; es el ejemplo claro de la obsolescencia generalizada y deshumanizada del proyecto político de la civilización moderna capitalista. El estudio de la hegemonía permite distinguir, además, la posibilidad que da la concentración, la acumulación y la ganancia, propias del poder económico y coercitivo, para lograr introducir en la subjetividad social un tipo de entendimiento, muy particularizado, muy

tergiversado, de la modernidad. De tal forma se entiende a la modernidad dentro de esta dinámica no sólo como un proyecto político-económico interminable, necesitado de actualizaciones constantes; sino un proyecto constantemente interpretado, analizado y reconfigurado desde su función ideológica y su realidad material. La modernidad le pertenece a todos, por ende, está sujeta a ser pensada y representada, a partir de la arbitrariedad de la individualización producto de un tipo de neoliberalismo²⁷; en este sentido, el proyecto de modernidad no es uno sólo, realmente son varios, desiguales y con capacidades diferentes, sin embargo todos izan la misma bandera: la concentración de capital a partir de la privatización espacial, de los servicios básicos o esenciales públicos, y de los recursos naturales. El problema es meramente creativo.

La relación de fuerzas dentro de la Ciudad de México equivale a la relación espacial entre las distintas representaciones de lo moderno: las calles, las plazas, los centros comerciales masificados, los estadios multitudinarios, los automóviles, las casas, los departamentos, los hospitales, los partidos políticos, la sociedad civil, etc. Sitios donde se encuentran espacializadas, realizadas, cristalizadas todas las ideologías que han permitido y propiciado la construcción de la ciudad y que son terrenos en disputas materiales, simbólicas e históricas. Las formas de habitar cada espacio legitiman el proyecto de urbanización de lo moderno, ya que están delineadas y determinadas en función del proyecto ideológico que les dio forma. Lo jurídico y lo moral normativo son factores que coercionan y limitan las actividades creativas de las personas; direccionan los movimientos según lo requerido para un comportamiento adecuado para la construcción simbólica de los espacios.

Bolívar Echeverría dice al respecto:

La crisis de la civilización que se ha diseñado según el proyecto capitalista de modernidad lleva más de cien años [...] Y se trata sin duda de una crisis porque, en primer lugar, la civilización de la modernidad capitalista no puede desarrollarse sin volverse en contra de su fundamento que la

27 Carlos E. Ruiz Encina propone una concepción, desde la realidad chilena, de un tipo de neoliberalismo que atiende a un dinámica privativa y de acumulación a través de los servicios más esenciales: Educación, salud y servicios básicos. “El neoliberalismo avanzado” al que hacer referencia Ruiz Encina no es exclusivo de la experiencia chilena, abraza otras latitudes dentro del territorio latinoamericano. Carlos Ruiz Encina, *Conflicto social en el “neoliberalismo avanzado”. Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*. Buenos Aires, CLACSO, 2013.

puso en pie y la sostiene – es decir, la del trabajo humano que busca la abundancia de bienes mediante el tratamiento técnico de la naturaleza -, y porque, en segundo lugar, empeñada en eludir tal destino, exagera justamente esa revisión que le hace perder su razón de ser. Época de genocidios y ecocidios inauditos- que, en lugar de satisfacer las necesidades humanas, las elimina, y, en lugar de potenciar la productividad natural, la aniquila-(Echeverría, 2011:34-35).

No basta con decir que la Ciudad de México está en crisis, ya que esta afirmación realmente no profundiza el fenómeno. La crisis de la Ciudad de México es una crisis que se ha desarrollado desde hace más de treinta años, lo que indica una seria complejización de los elementos que la configuran. Para entender el nudo temporal que está en juego, podemos seguir las propuestas de Gramsci para hacer una distinción entre las “crisis coyunturales” y las “crisis orgánicas”:

Los fenómenos de coyuntura son ciertamente dependientes, también ellos, de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran alcance histórico: estos dan lugar a una crítica política menuda, cotidiana, que afecta a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades inmediatamente responsables del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social, que afecta a las grandes agrupaciones, más allá de las personas inmediatamente responsables y más allá del personal dirigente. Al estudiar un periodo histórico se revela la gran importancia de esta distinción (Gramsci, 1999:33).

Destacamos, entonces, que la crisis que experimenta la Ciudad de México es una suerte de crisis orgánica, por que no es un suceso inmediato y presenta aspectos inconclusos – donde hubieron crisis no superadas - de otros tiempos.²⁸ Dentro de los lugares de la Ciudad de México, todos los espacios a los que probablemente es justo denominar “públicos” o “privados”; es posible observar las diferentes expresiones de la crisis a la que hago mención. De tal forma deducimos que este tipo de crisis representa una espacialización de sus componentes, en tanto también es producto de las formas históricas de habitar la ciudad que han convivido a lo largo del tiempo y que propiciaron el momento actual; dentro de un espacio referido, en este caso la Ciudad de México. La crisis abarca dimensiones y realidades que no pertenecen a este tiempo propio de la urbanización

²⁸ No pretendo adaptar la realidad de la Ciudad de México a la teoría de Gramsci, sin embargo, sí encuentro en la concepción de “crisis orgánica” una posibilidad de explicar la complejidad de esta crisis urbana, mezclada con otras crisis debido a su espacialización o concentración dentro de la Ciudad de México; por ejemplo, la crisis política y de representación; la crisis económica, ecológica, etc.

neoliberal, sin embargo, aún prevalecen crisis pasadas que se conjugan con nuevas expresiones de nuevas crisis, agudizando la situación. La actualidad de la Ciudad de México está enmarcada por una serie de acontecimientos que dan lugar a una situación sin precedente alguno, en donde la crisis debe ser considerada como una crisis orgánica y no sólo un momento instantáneo, coyuntural. Así, la crisis que experimenta la Ciudad de México debe ser analizada según esta consideración para identificar los momentos en los que se propiciaron las condiciones idóneas para su gestación y su administración.

A mi parecer, es necesario puntualizar los momentos históricos que posibilitaron la transición a la crisis orgánica actual en la Ciudad de México. En este sentido, lo que se pretende es una identificación de los elementos políticos, sociales, históricos, económicos, culturales, etc; que dieron pie a esta crisis²⁹. Consecuentemente, es necesario identificar los sujetos políticos e ideológicos, es decir, las fuerzas que en su relación concretan esta realidad; entonces cabe preguntarnos: cómo se ha configurado históricamente la relación de fuerzas, cómo se ha producido el espacio a partir de la correlación de fuerzas y; a través de qué o cuáles técnicas. De manera que se ha llegado a una realidad en la que podemos apreciar una crisis del espacio a partir de lo que se gestó dentro del mismo.

Cada momento por el que ha pasado la Ciudad de México corresponde a una fase del modo de producción y concepción de la vida en su totalidad, es decir, el capitalismo moderno. El espacio urbano no sólo figura como el lugar propicio para dicha efectividad de la hegemonía del modo de producción dominante, sino que funciona como el espacio de encuentro entre las resistencias históricas de las formas de habitar y producir el espacio que han seguido efectuándose³⁰; y las formas propias y convenientes a la urbanización moderna capitalista.

Por otro lado, el análisis de los momentos históricos sigue los planteamientos de René Zavaleta

29 Así construir un puente hacia el capítulo de esta tesis en donde se profundiza analíticamente la crisis orgánica de la Ciudad de México.

30 Pensar en la resistencia de lo indígena como una alternativa ante la universalidad de la forma capitalista de habitar los lugares. Lo indígena encuentra aún en esta realidad *espacios de representación* referidos a otras formas de concepción de la vida material y simbólica. Las fiestas, los ritos, los juegos, bailes, cantos, lenguas como una serie de elementos propios de una concentración histórica cultural, identitaria, que resiste a través de las prácticas.

Mercado en función del término “momento constitutivo” asociado al encuentro con la causa remota de cierta realidad. En palabras de Zavaleta:

Entre tanto, lo que corresponde analizar es de dónde viene este modo de ser de las cosas: las razones originarias. Hay un momento en que las cosas comienzan a ser lo que son, y es a eso lo que llamamos *el momento constitutivo ancestral o arcano*, o sea su causa remota, lo que Marc Bloch llamó la “imagen de los orígenes”. Éste es el caso, por ejemplo, de la agricultura o domesticación del hábitat en los Andes; lo es también, para el brazo señorial, la Conquista. Ambos son momentos constitutivos clásicos, tenemos, por otro lado, el momento constitutivo de la nación (porque una sociedad puede hacerse nacional o dejar de serlo) y, por último, el momento constitutivo del Estado, o se la forma de dominación actual y la capacidad de conversión o movimiento de la formación económico-social (tras su lectura, la acción sobre ella) (René Zavaleta, 2015:336).

La crisis de la Ciudad de México encuentra su contenido y desarrollo a partir de los “momentos constitutivos”. Desde esta perspectiva, cada elemento sugiere un tipo de producción del espacio propios a cada fase en las que el capitalismo moderno se ha reconfigurado y ha concretado formas actualizadas de acumulación, de circulación y de ganancia. Es importante la consideración de cada momento en función de la crisis, ya que permite entender a la crisis desde otra perspectiva. Esta crisis evidencia la diversidad de las formas sociales que se han elegido para la producción de los lugares; en este sentido, la crisis expone una realidad en donde la lucha hegemónica está constituida por una cantidad variada de ideologías en disputa por los *espacios de representación*. Este escenario da lugar a la concepción de Zavaleta: *la forma social abigarrada*, ya que los *espacios de representación* son los lugares históricamente vividos de acuerdo a lo diseñado en las *representaciones espaciales*, es decir, de acuerdo a la ideología hegemónica propia de la urbanización de la modernidad capitalista. Las formas de habitar cada espacio constituyen los grados de legitimación de una ideología ya sea por medio de la voluntad colectiva o por medio de la coerción.

Según Luis H. Antezana, *la forma social abigarrada* se refiere a:

[...]la calificación mutua de diversidades económico-sociales de tal suerte que, en concurrencia,

ninguna de ellas mantienen su forma (previa); la referencia, o sea, la sociedad concreta, objeto de conocimiento permitiría caracterizar las diversas historias en juego, es decir, los diversos grados de constitución social (relativos) ahí implicados [...] para reconocer, en las crisis sociales, el grado de unidad de la diversidad alcanzado en dicha concurrencia. Aquí, el recurso a la historia concreta de los sujetos colectivos permite suponer diversas historias en concurrencia, historias, que se califican mutuamente (o no) de acuerdo a las crisis en juego. En sus momentos más intensos, las crisis no sólo constituyen nuevas intersubjetividades sino también revelan (evidencian) las historias que entrarían en relación, las que, ahí, ciertamente, se modifican mutuamente (Antezana, 2009).

La relación entre los “momentos constitutivos” y “la forma social abigarrada” es precisa para el “justo análisis” de la crisis actual que acontece en la Ciudad de México. La “forma social abigarrada” implica la consideración de ciertos elementos insertados en la historia de este espacio, es decir, las fuerzas inmersas dentro de todo el proceso de construcción de la Ciudad de México dentro de la modernidad capitalista. Lo abigarrado supone una confrontación con lo históricamente decisivo que son las formas de producción de la vida material y simbólica dentro del tiempo del capitalismo y la modernidad.

Momentos constitutivos

El espacio que constituye la Ciudad de México está configurado y determinado por un momento histórico que fue característico y se extendió en la mayoría del territorio americano. Este momento es el proceso de conquista ibérica (españoles y portugueses) en tierras americanas, provocando una serie de modificaciones fundamentales en el espacio y su organización social. Durante la Colonia, la Ciudad de México fue diseñada a partir de las concepciones ideológicas de la modernidad jesuita o barroca; la imagen que desplegaba la ciudad correspondía al momento estético hegemónico de ese momento. El centro de la Ciudad de México pasó a ser el espacio predilecto de las representaciones estéticas de estilo barroco. En este sentido, el estilo barroco corresponde a un *momento constitutivo* de la Ciudad de México, ya que evoca a un momento histórico en el que, si bien se construyeron más que nada Iglesias y Conventos, lo barroco corresponde a un amplio proyecto civilizatorio impulsado y dirigido principalmente por los jesuitas. Al respecto Bolívar Echeverría escribió:

[...] para nosotros, siguiendo ya una tradición, el calificativo de “barroco”, que se refiere originalmente a un modo artístico de configurar un material, puede muy bien extenderse como calificativo de todo un proyecto de construcción del mundo de la vida social, justamente en lo que tal construcción tiene de actividad conformadora y configuradora. (Echeverría, op cit:90)

Como actividad estética, conformadora y configuradora, lo barroco en su función civilizatoria construyó las bases para la constitución de una dinámica social muy particular en las ciudades del “nuevo mundo”. En la Ciudad de México, los espacios considerados como públicos, fueron los lugares predilectos para la reproducción de lo “barroco” a través de la actividad eclesiástica. El *ethos barroco*³¹ apela a un comportamiento social a partir de una concepción, como solución, ante las contradicciones de la época. Corresponde a una forma de interiorizar la modernidad capitalista, que la niega pero también la acepta en función de su inevitabilidad. Al *ethos barroco* le está designado un espacio definido de acuerdo a los requerimientos que exige, como *representación del espacio*, es decir, como ideología: la Ciudad de México, que si bien es nuestra principal preocupación como espacio designado para el desarrollo del *ethos barroco*, no fue la única experiencia urbana que lo reprodujo; realmente durante el proceso de colonia en el “nuevo mundo” existieron otras ciudades importantes como Zacatecas o Potosí en Perú, por mencionar algunas, en donde el proyecto de civilización de lo “barroco” se consolidó. Haciendo caso a lo que escribió Bolívar Echeverría: “Nuestro interés en indagar la consistencia social y la vigencia histórica de un *ethos barroco* se presenta así a partir de una preocupación por la crisis civilizatoria contemporánea[...]” (ibid:35).

El mundo de Occidente y su cultura moderna fue penetrada en el “nuevo mundo” gracias a las ciudades y a través de estas mismas; es decir, las ciudades fueron el espacio principal en donde los procesos civilizatorios y económicos característicos de la modernidad occidental, fueron impuestos a los indígenas por parte de los Conquistadores y Evangelizadores. Durante el siglo XVI

³¹ Bolívar Echeverría apunta que existen cuatro formas de interiorizar la modernidad capitalista: 1) el *ethos* realista, 2) el *ethos* romántico, 3) *ethos* clásico y 4) *ethos* barroco. Bolívar dice: “Descrito como una estrategia de construcción del “mundo de la vida”, que enfrenta y resuelve en el trabajo y el disfrute cotidianos la contradicción específica de la existencia social en una época determinada, el *ethos* histórico de la época moderna desplegaría varias modalidades de sí mismo, que serían otras tantas perspectivas de realización de la actividad cultural, otros tantos principios de particularización de la cultura moderna. Uno de ellos sería precisamente el llamado “*ethos barroco*”, con su “paradigma” formal específico (Echeverría, 2011:12-13).

y XVII, principalmente, la iniciativa de los españoles modificó el espacio precolombino, en función del establecimiento de nuevas ciudades o la modificación y/o rehabilitación de las existentes. Esto siguiendo lo establecido en las ordenanzas que emanaba la Corona para el tratamiento del problema de las ciudades y el problema del *habitar* tanto de los criollos como de los indígenas, mestizos y castas en general. Así lo plantea Antonio Rubial García: “la ciudad se convirtió en la más importante matriz de mestizaje tanto biológico como cultural en la Nueva España” (Rubial García, 2012:11). La cultura del Virreinato era la hegemónica en la Ciudad de México, caracterizada en ese momento como una “ciudad barroca”. Durante los siglos XVI-XVIII, la ciudad barroca estuvo constituida a partir de los parámetros estéticos y culturales importados de la Europa mediterránea. El siglo XVII es crucial para la consolidación de esta cultura y las formas de *habitar* la ciudad. A partir de la inundación que sufrió la Ciudad de México en 1629 (misma que duró cinco años), se agudizaron las estrategias políticas y administrativas para enfrentar lo sucedido. Cabe mencionar que el problema de los fenómenos naturales (erupciones, inundaciones, terremotos, principalmente) en el continente americano siempre mermó los objetivos de los Españoles en cuanto al establecimiento o reubicación de las ciudades en el mundo novohispano en general, a partir de las ordenanzas de la Corona. Esto también condicionaba las formas de *habitar* puesto que los establecimientos de corte precolombino interactuaban de manera más directa con la Naturaleza, por ende, los fenómenos naturales eran más peligrosos, a diferencia de los establecimientos urbanos según las ordenanzas españolas que consideraban la distancia con lo natural para no sufrir sus fenómenos de manera catastrófica (Musset, 2011).

El interior de las viviendas en la Ciudad de México se condicionaron en función de las inundaciones, pues nunca se ha solucionado este problema en la ciudad. Podemos diferenciar entre las viviendas estilo virreinal en donde vivían las clases altas y las casas-vecindades en donde vivían las clases pobres o bajas. El espacio público era importante ya que en este radicaba el verdadero ejercicio de la dominación civilizatoria por parte de la Religión a través de las medidas implementadas por las Iglesias y la Inquisición, especialmente a las políticas que delimitan tanto el cuerpo como la sexualidad de las personas. Es en las actividades al aire libre en donde participaban representantes de la Corona y la Iglesia. Las actividades se convirtieron en “costumbres” y sirvieron para “integrar” a la población concentrada en la Ciudad. La creación de las casas-vecindades fue en respuesta al crecimiento de la población que sufrió la ciudad durante

el siglo XVII. Las vecindades albergaban gran número de personas, lo que generaba problemas de hacinamiento, de salubridad y concentración de basura. (Fernández, 2012). Dentro de las viviendas, tanto las grandes casas estilo europeo, así como en las vecindades, había lugares comunes como las azoteas, esto para el caso de las casas virreinales; mientras que dentro de las vecindades podíamos observar los baños dentro de las habitaciones. La existencia de lavaderos se popularizó en la época colonial como un espacio no sólo para “lavar” sino también para convivir y socializar. En este sentido, se van conformando los espacios de diferenciación sexual, ya que los lavaderos eran lugares en donde las mujeres solían estar más tiempo en comparación con los hombres. Esta distinción se observa en las labores dentro de la vivienda y fuera de ella. Existen casas en donde la cocina y los talleres estaban prácticamente en el mismo lugar, es decir, juntos. Sin embargo era evidente la diferenciación sexual en cuanto al uso de la cocina donde trabajaban las mujeres exclusivamente; al tiempo que los hombres trabajan en talleres o en accesorias destinadas al comercio o a la renta, dependiendo la situación.

El trabajo público durante la Colonia también representó un aspecto de consideración en cuanto al problema del *habitar*. El clientelismo figuraba como la principal forma de relación laboral. “Los gobernantes de México privilegiaban los vínculos sociales verticales por encima de los horizontales, pues veían como una amenaza social a aquellas personas desprovistas de un patrón” (Douglas Cope, 2014). En este sentido, la figura del artesano o el comerciante resaltaron en la vida cotidiana como una alternativa al esclavismo o clientelismo. Sin embargo, el clientelismo y el esclavismo fueron un problema grave para los sectores indígenas y africanos principalmente. Muy a pesar de las ordenanzas de la Corona que no establecían la precarización de los trabajos destinados a estos sectores. El trabajo duro consistía en ser cargadores, pepenadores o albañiles. Labores que se realizaban bajo condiciones desfavorables para el trabajador.

Otro *momento constitutivo* ocurre en las postrimerías del siglo XIX, cuando el gobierno autoritario de Porfirio Díaz comenzó un proceso de modernización “nacional” sobre el territorio de la Ciudad de México. Esta urbanización modernizante fue un proyecto político ideológico en función del darwinismo social, es decir, se fueron definiendo los espacios a partir de una función social inducida y conveniente al positivismo institucionalizado; y gracias a las condiciones sociales e históricas que se presentaron: la centralización de la Ciudad de México fue más marcada, pues el

espacio de representación, o sea, la capital, sirvió como modelo nacional civilizatorio y como espacio predilecto de concentración de capital económico y simbólico (esto gracias a la guerra de Reforma por la que el sector eclesiástico perdió no sólo su poder en la esfera política, también perdió gran parte de sus propiedades); por esta razón la ciudad sufre una gran oleada de migraciones, principalmente, de gente que viene del campo o la periferia. Nacen colonias obreras, evidentemente marginadas, sobre todo, en el oriente y en el norte de la Ciudad de México, lo que es muestra del acelerado desarrollo urbano, ideológico y científico. Bajo la figura del General Porfirio Díaz se erigió un sistema político y económico que buscaba el “progreso” desde la modernidad capitalista instalada en la Ciudad de México a expensas del desarrollo del campo y de los campesinos. A este “progreso” lo acompañaba un desarrollo científico institucional que tenía como proyecto social lo pedagógico, desde un sustento jurídico que enaltecía el “orden” atribuido al cumplimiento de las leyes naturales y estatales³².

La Ciudad de México definía de manera contundente los lineamientos del proyecto urbanizador a partir de un régimen totalitario y autoritario. En este sentido, la Ciudad de México, se posicionaba como la predilecta y la propicia como modelo de desarrollo moderno capitalista en toda la nación mexicana. En tanto, *el positivismo científico* como fundamento institucional e instrumental, delineó las bases para la construcción de una sociedad urbana que, primero poco a poco, después de manera acelerada, fue distanciándose de todo lo que significa o significó una vida rural. El alumbrado en las calles, la instalación de una incipiente, centralizada y exclusiva infraestructura para proporcionar a los ciudadanos de una vida urbana abastecida con todos los servicios básicos, fueron las bases del cambio hacia la urbanización moderna capitalista que impulsó el desarrollo de la Ciudad de México. Al tiempo, se fueron desarrollando, también, las condiciones para el

32 “Es indudable que la idea rectora de la ideología porfirista es la idea del progreso. Esta idea está en la base de la concepción económica, de la política y de la moral impuestas por el régimen del general Díaz. En un principio, más identificada con la filosofía de Comte, se veía en esta idea la realización paulatina y necesaria de un nuevo espíritu, el *positivo*, del que formaba parte, como se ha visto, también el liberalismo mexicano, y que, a través de la educación en los principios de la ciencia, llevaría a un orden social en el que las mentes estarían plenamente unificadas y uniformadas. Barreda y sus primeros discípulos veían, precisamente en la educación, el medio para el establecimiento de un poder que, por encima de la regimentación material de los hombres, debía organizar una especie de sociedad ideal en la que el acuerdo de las opiniones se fundara en su comprobación científica. La *sociedad positiva*, como se la llamaba, era y seguiría siendo un ideal que el futuro decidiría y para cuya edificación sería determinante, no tanto la acción compulsiva del Estado, como la difusión planificada de la educación científica” (Córdova, 2003:53).

estallido de la Revolución Mexicana. Durante el Porfiriato la Ciudad de México sufrió de manera acelerada el crecimiento en su población, lo que derivó que las formas de *habitar* y el espacio mismo en la Ciudad de México se vieran condicionadas a partir del problema que suscitó la inmigración por personas que se trasladaban principalmente desde el campo y la periferia. Elisa Speckman Guerra estima que: “*hacia 1876 (La Ciudad de México) contaba con 200 000 habitantes, para 1880 con 250 000, para 1895 con 330 000 y para 1910 con 470 000* (Speckman, 2014: 7).

Era impactante la desigualdad generada gracias a la preferencia del desarrollo económico, cultural y social de la Ciudad de México en detrimento de los espacios campesinos. La modernidad como objetivo principal dentro de la agenda del Porfiriato ocasionó medidas científicas, tecnológicas y educativas para la transformación de la ciudad y de los habitantes. La Ciudad de México, entonces, perfilada hacia la modernidad albergó gran cantidad de personas en consecuencia de la subordinación que el campo sufría para el desarrollo modernizador capitalista de la capital. Esto trajo grandes cambios dentro de la Ciudad de México, ya que se agudizaron las desigualdades sociales.

A medida que los barrios del centro se degradan para recibir a las clases populares, más numerosas, las capas acomodadas se instalan en los nuevos barrios del noroeste. Esas nuevas colonias no son ya barrios organizados alrededor de su iglesia, sino fraccionamientos homogéneos (colonias) de mansiones acaudaladas y lujosas. Con la expansión del espacio urbano surgen los trenes; primero de mulas, después eléctricos. Las industrias se implantan en la orilla de las nuevas vías de ferrocarril, sobre todo al norte y al este de la ciudad (Bataillon y Rivière D’Arc, Op cit:19-20).

La modernización en la Ciudad de México fue un proyecto que logró instalar el alumbrado en las calles, logró la organización espacial en función de la circulación de mercancías, de transporte y de fuerza de trabajo. También, logró instalar alternativas en tanto al entretenimiento y el lujo ostentoso para las clases acomodadas y altas; sin olvidar el problema de la higiene y la salubridad principalmente en el centro de la capital. Sin embargo, a medida que la ciudad crecía y albergaba más gente, los problemas se desarrollaron de manera más frecuente. No sólo al interior de la Ciudad de México, sino que se gestaba una situación sin precedente alguno en todo el país, debido a las desigualdades generadas por la centralización en la ciudad capital (que promovieron una

incipiente industrialización) y las formas coloniales de organización en el campo a partir de las haciendas y/o latifundios.

El mandato del Porfirio Díaz llegó a su fin debido al desarrollo de la Revolución Mexicana. Momento histórico que se desencadenó gracias a la desigualdad generalizada y las formas de dominación que la dictadura ejercía principalmente en el campo. La Revolución Mexicana es en sí un hecho tan particular que es imposible resumirlo o acotarlo en simples descripciones o pretensiones. No obstante, podemos decir que la Revolución marcó un cambio fundamental en la vida cotidiana del país en general. A pesar de que la figura del campesino enarbolaba las principales demandas que suscitaron la Revolución, en la Ciudad de México también se expresaron las fuerzas obreras.

Existe otro *momento constitutivo* de la crisis civilizatoria que se presenta en la Ciudad de México, me refiero al proceso de metropolización causado en gran medida por un cambio en la producción industrializada del país. La Industrialización por Sustitución de Importaciones, fue un modelo de acumulación de capital impulsado por el Estado mexicano debido a las exigencias internacionales que determinaban para la región latinoamericana un proceso de incentivación a la Industria nacional, principalmente por parte de Estados Unidos. La instalación de la Industria Mexicana en la periferia de la Ciudad de México causó, prioritariamente, una migración masiva a la ciudad. Sin embargo, lo más importante a rescatar dentro de este proceso es la consolidación de un capitalismo particular que necesitó de cierta reconfiguración del Estado nacional apoyada por la inversión empresarial e industrial de Estados Unidos para lograr su reproducción: el capitalismo monopolista³³. La posibilidad que brindaron los Estados nacionales en América latina, en su función benefactora, para que este tipo de capitalismo se consolidara corresponde a un momento crucial en la construcción o consumación de la crisis en la que nos desenvolvemos.

33 José Luis Ceceña en el libro: *El capitalismo monopolista, los supergrupos y la economía mexicana*. Ciudad de México, Siglo XXI: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM: Facultad de Economía, UNAM: El Colegio de Sinaloa, 2013. pp. 358. Analiza el tipo de capitalismo efectuado por los Estados Unidos (monopólico) como un proyecto económico ambicioso de alcance mundial en el que a partir de la instalación de “filiales” en los diferentes países que están en vías de desarrollo industrial - y que por lo mismo reciben el “impulso” económico que les brinda el capital estadounidense y lo dirigen gracias a su intervención administrativa de la economía – el poder adquisitivo y competitivo de Estados Unidos aumenta y se expande como un intento de formación de un imperio.

José Luis Ceceña nos cuenta:

En el sector industrial, que ha sido el preferido por las inversiones extranjeras directas en la posguerra, encontramos una marcada tendencia hacia el establecimiento de empresas dedicadas a operaciones industriales de tipo parcial, esencialmente ensambladores, envasadoras y aun de simple etiquetado[...] México al igual que una gran mayoría de los países de menor desarrollo de América Latina y de otros continentes, tomó medidas diversas para fomentar la industrialización nacional (Ceceña, 2013:274).

La centralización de la potencialidad de la fuerza industrial en un espacio como el de la Ciudad de México, supuso un punto de partida hacia una realidad sin comparación alguna durante su misma historia. La industrialización y su ubicación centralizada permitió la subalternización del sector campesino en beneficio de la Ciudad de México. La metropolización surge como un fenómeno producto de lo anterior, ya que las industrias demandan fuerza de trabajo, disposición ante la jornada laboral y la producción de una sociedad identificada con la fábrica, la empresa, los ensambles, el consumo separado de la producción, etc. En este sentido, la metropolización define la hegemonía de una economía centrada en el desarrollo de lo urbano y ya no en el desarrollo agrícola. Carmen Icazuriaga Montes habla al respecto y sentencia:

el desarrollo del capitalismo, el cual se sigue fundamentando en la producción industrializada, conlleva el proceso de metropolización, con lo que se da una correspondencia entre la dimensión económica y espacial por la vía de la acumulación (de recursos en general) y su concentración en el espacio (la zona metropolitana) (Icazuriaga Montes, 1992:11).

Es importante señalar la relación directa entre urbanización moderna y el proceso de industrialización centralizada en la Ciudad de México, ya que debido a esta centralización, no sólo el paisaje urbano modificó su apariencia, sino que fue notoria la designación geográfica (política) de la instalación del parque industrial: en el norte y el oriente de la capital³⁴. Paralelamente, producto de la misma centralización, se presentó un proceso de “promoción” ideológica de las

34 Herni Lefebvre nos dice: “*La industria naciente tiende a implantarse fuera de las ciudades*[...] Esta implantación de empresas industriales, en un principio esporádicas y dispersas, dependió de múltiples circunstancias, locales, regionales y nacionales[...]La industria naciente se instala cerca de las fuentes de energía (ríos y canales, más tarde ferrocarriles), de las materias primas (minerales), de las reservas de mano de obra (el artesano campesino, los tejedores y herreros, proporcionan una mano de obra ya calificada)(Lefebvre,1978:21-22)”.

formas de habitar dentro de la Ciudad de México influenciadas en gran medida por el desarrollo industrial, la oferta de trabajo y el anhelado consumo de la vida cotidiana. Podemos decir, que la Ciudad de México se convirtió en el *espacio de representación* de la ideología proyectada, es decir, del urbanismo moderno; emanada desde y por el Estado nacional mexicano.

Como último *momento constitutivo* de la crisis orgánico-civilizatoria en la Ciudad de México, me refiero al proceso de consolidación del neoliberalismo. A partir de un programa reconfigurador de la actividad económica y las políticas públicas, la Ciudad de México sufrió transformaciones importantes que hasta la fecha podemos observar. El modelo económico y político que significa el neoliberalismo requiere de una clara y específica manera de participación por parte del Estado, un Estado que permita la libre acción del mercado, un Estado que posibilite en la medida de lo jurídico este libre accionar, es decir, un Estado que beneficie (mediante reformas, expropiaciones-privatizaciones, violencia diseñada y creativa) a la inversión privada. El Estado ya no es responsable, dentro del capitalismo neoliberal, de subsidiar a la población de los servicios públicos, sociales y básicos, como lo son, la salud, la educación, el agua, servicios públicos cotidianos como la limpieza de las calles, etc. Es responsabilidad directa de los agentes que constituyen el mercado hacerse cargo del abastecimiento de estos servicios. En este sentido la política gubernamental se limita en sus facultades históricas, que tiempo atrás, con un Estado benefactor, paternalista, impulsaba el desarrollo de un sector obrero y popular; ahora, dentro del neoliberalismo, el Estado está completamente comprometido con las exigencias internacionales que desplegaron las políticas reconfiguradoras tanto del Banco Mundial, así como del Fondo Monetario Internacional.

El capitalismo en su fase neoliberal es un proceso estructural y una estrategia para superar la crisis económica mundial desencadenada en los años setenta, en la que el Estado fordista entró en declive. Implicando la reorganización profunda de las relaciones sociales y de clase a escala mundial [...] En el caso de los gobiernos neoliberales de *tendencia modernizadora con restricción de derechos*, se asumió de forma acrítica la participación despreocupada y resignada en dicha dinámica, sometida a los dictámenes de los organismos económicos y financieros internacionales y funcional a los proyectos externos, incorporando aún más al capital transnacional en áreas estratégicas de la economía. (Oliver et al, 2016:21)

En la Ciudad de México, la reconfiguración del espacio en beneficio y por el neoliberalismo significó el proceso de agudización de la crisis dentro del contexto Nacional. La ciudad capital continuó siendo el espacio predilecto de solución y mantenimiento de la crisis orgánica, a través de medidas drásticas que sólo son soluciones inmediatas, alienantes y paliativas; ejemplos claros son las grandes obras públicas como los segundos pisos o distribuidores viales, la privatización de la vía pública para la instalación de transporte privado circulando en carriles privados³⁵ y vigilados constantemente. Producto de lo anterior resulta un proceso de segregación espacial que diferencia y distancia los espacios propicios para la acumulación del capital y los espacios destinados a la subalternización.

Consideración final

Hemos alcanzado a detectar cuatro posibles *momentos constitutivos* de la crisis civilizatoria que se presenta en la Ciudad de México:

- 1.- el momento colonial – barroco
- 2.- el momento de modernización científica, liberal y centralizada
- 3.- el momento de la metropolización (industrialización y urbanización)
- 4.- el momento neoliberal

Estos cuatro momentos constituyen un grupo de eventos dentro de una situación que se encuentra en una crisis orgánica, civilizatoria y ecológica. Cada momento corresponde a un proceso de reconfiguración social, político y económico. Cada momento equivale a las formas en las que la modernidad capitalista se reconfiguró ante las respectivas crisis que devinieron para cada momento; crisis que no fueron resueltas ni superadas, por lo que continuaron a través de los tiempos, agudizando y complejizando sus condiciones; imbricándose con cada crisis venidera, cada *momento constitutivo* corresponde un problema espacializado dentro de la Ciudad de México.

35 Como lo son los carriles del transporte privado llamado Metro Bus, en los cuales, está prohibida la circulación de vehículos particulares. Existen infracciones altamente costosas en el caso de incurrir en la circulación por esta vía. Por lo que la privatización de estos carriles significa un espacio potencial de ganancia mediante las infracciones, para el gobierno de la Ciudad de México y/o las empresas concesionarias, privadas, que además ejercen la acumulación del capital, extraído a los usuarios, gracias a las tarifas, por ejemplo.

En la situación actual de la Ciudad de México, podemos apreciar, si es que somos sensibles ante lo que vemos, la existencia de *prácticas espaciales* que corresponden al tiempo y al modo de producción de la vida de cada *momento constitutivo*. En este sentido podemos entender lo abigarrado de nuestra sociedad según lo que Zavaleta planteó, ya que convivimos con formas representativas de lo barroco, como lo arquitectura o ciertas prácticas religiosas (viacrucis y procesiones) en las delegaciones de Iztapalapa o Xochimilco. Por otro lado, los vestigios de lo que fueron los parques industriales en el oriente y el norte de la ciudad son resistencia en la imagen de un pasado referente. Nunca ha parado el cerco ideológico que emana desde las “innovaciones” tecnológicas y científicas propicias para una vida citadina dentro de los parámetros de la modernización como proceso que aparentemente es inagotable. De esta forma conviven los *momentos constitutivos* dando forma a la sociedad abigarrada dentro del espacio conformado como Ciudad de México.

Capítulo 3

Metropolización, la crisis del habitar y la subalternización

Introducción al proceso de subalternización en la Ciudad de México

En este capítulo es importante hacer una pausa en el concepto de subalternidad, ya que lo encuentro indispensable para el análisis de la crisis actual del habitar en la Ciudad de México. Para esto es necesario recurrir de nueva cuenta a la teoría gramsciana, con el propósito de profundizar la subalternidad, por lo que me apoyo en algunos *Cuadernos de la Cárcel*; así como del análisis que realizó Massimo Modonesi acerca de la subalternidad en su libro *Subalternidad, Antagonismo, Autonomía. Marxismos y subjetivación política* (2010). Por otro lado, el concepto de subalternidad es de gran ayuda para entender los procesos de la dinámica urbana en función del capitalismo y las relaciones, sociales y espaciales, de dominación y precarización; ya que el estudio desde la subalternidad conlleva a la concepción del ejercicio hegemónico dentro de la relación de fuerzas. Así, el estudio del proceso de subalternización destaca la trascendencia de un proyecto político - ideológico, que es consciente y representante de las fuerzas dominantes, aquellas que diseñan y ejercen un urbanismo moderno y hegemónico, es decir, las fuerzas privadas y públicas, nacionales e internacionales, que trabajan en conjunto.

Partimos de la siguiente aseveración: que el proceso de subalternización en México y en gran parte de América Latina comenzó gracias a la Conquista perpetrada por los Ibéricos y; desde ese momento, el proceso de subalternización se convirtió en un proyecto paralelo al de modernidad capitalista, es decir, que ocurrió en el mismo tiempo y en el mismo espacio, intencionalmente. Sin embargo, esta relación entre subalternos y fuerzas dominantes no se resuelve ni se explica solamente desde lo económico; como bien lo apunta Gramsci y lo reafirma Modonesi tiempo después, la subalternización es un proceso en el que está inmerso el desarrollo y la construcción subjetiva de los sujetos y los grupos sociales. Como bien los señala Modonesi: “La noción de subalternidad surge para dar cuenta de la condición subjetiva de subordinación en el contexto de la dominación capitalista” (Modonesi, 2010:26). Sin embargo, hacer un análisis con base en el desarrollo y construcción de la subjetividad solamente no es un trabajo que profundice en la gran

problemática que significa la crisis del habitar o en su defecto la crisis civilizatoria.

Gramsci dice:

La historia de los grupos sociales subalternos es necesariamente disgregada y episódica. Es indudable que en la actividad histórica de estos grupos existe la tendencia a la unificación, si bien según planes provisionales, pero esta tendencia es continuamente rota por la iniciativa de los grupos dominantes, y por lo tanto sólo puede ser demostrada a ciclo histórico cumplido, si este concluye en un triunfo. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se revelan u sublevan: sólo la victoria “permanente” rompe, y no inmediatamente, la subordinación (Gramsci, 2000:178).

Que la historia de los grupos subalternos sea “disgregada y episódica” no corresponde a un resultado inesperado, que pudiera darse sin premeditación. Si la historia de los grupos subalternos es “disgregada y episódica” es debido a que es el resultado de una intención organizada. En tal caso es necesario descifrar la materialidad de dicho proyecto representante de las fuerzas dirigentes y dominantes; por lo que creo conveniente mirar desde otro ángulo, desde una perspectiva que permita vincular el proceso de subjetivación subordinada (el proceso de subalternización) y el espacio en el que se representa. Contemplando la espacialidad de este proceso, podremos dar cuenta de lo “disgregado y episódico”; ya que no es una cuestión independiente; en la medida de que la subalternización sugiere un moldeamiento en el devenir histórico de ciertos grupos sociales; sugiere una dirección de sus relaciones intersubjetivas; determinando las formas de producir y organizar el espacio. Se convierte en una realidad en la que la subjetivación subordinada de los grupos subalternos, traducida en las prácticas espaciales, genera a su vez espacios subalternizados, a partir del desenvolvimiento que permite una infraestructura precarizada, alejada, diferenciada y jerarquizada, marginada. Por lo tanto, los espacios subalternizados conforman los espacios de representación de la ideología dominante, sin embargo, no son los espacios de los cuales se enorgullece el proyecto urbano moderno, aunque los necesita, en contra parte de los espacios que no resisten a la dinámica modernizadora, sino que la aceptan y la interiorizan.

Cuando Gramsci advierte lo siguiente: “A menudo los grupos subalternos son originariamente de

otra raza (de otra cultura y otra religión) que los dominantes y a menudo son una mezcla de razas distintas, como en el caso de los esclavos” (Gramsci, *ibid*:181); es propicio considerar el momento en que se efectuó la colonia, sin importar a qué espacio o realidad Gramsci hiciese referencia en la cita anterior, resulta que para nuestra experiencia, la colonia resultó un proceso en el que se inició una dinámica de dominación civilizatoria que tuvo dos principales resultados: 1) la evangelización de los indígenas a partir del proyecto religioso/pedagógico que encabezó la Compañía de Jesús, respaldado y reproducido en las Iglesias y el espacio público. Este proyecto jesuita desencadenó la consolidación de una cultura de la obediencia y el “respeto” mediante la subordinación de las mentes (de los indígenas, mestizos y esclavos) sus formas de concebir el mundo y practicarlo; 2) la instalación de un modo de producción característico que se implementó en el “nuevo mundo” gracias a las prácticas de extracción de recursos naturales, como la minería³⁶.

El tiempo de la Colonia significó un momento crucial en el proceso de subalternización gracias a estos dos factores, sin embargo, cabría agregar un tercer punto: la conformación o fundación de ciudades de corte moderno occidental. De tal forma, el espacio que conformaron las ciudades fundadas o reconfiguradas durante la colonia fue en gran medida lo que permitió el “éxito” de la modernidad barroca, es decir, de una interiorización del capitalismo a la que Bolívar Echeverría llamó: *Ethos barroco*. La construcción de los espacios de acuerdo a las ordenanzas emitidas desde la Corona, permitió una organización del territorio (y de las ciudades) que priorizó el desenvolvimiento y desarrollo del mundo occidental importado. Como principal ejemplo, la Ciudad de México: una vez perpetrado el triunfo de los conquistadores, comenzó un proceso de segregación y jerarquización espacial que posibilitó el origen del proceso de subalternización. Cristina Oehmichen ha escrito al respecto:

En la ciudad de México no hay espacio que no exprese las jerarquías y las distinciones sociales de acuerdo con los valores de la sociedad dominante [...] Para 1523, una vez consumada la conquista europea, fue construida la ciudad española sobre las ruinas de México-Tenochtitlan.

36 Al respecto Aníbal Quijano dice: “La privilegiada posición ganada con América para el control del oro, la plata y otras mercancías producidas por medio del trabajo gratuito de indios, negros y mestizos, y su ventajosa ubicación en la vertiente del Atlántico por donde, necesariamente, tenía que hacerse el tráfico de esas mercancías para el mercado mundial, otorgó a dichos blancos una ventaja decisiva para disputar el control del tráfico comercial mundial [...] Y todo ello fue, posteriormente, reforzado y consolidado a través de la expansión de la dominación colonial blanca sobre la diversa población mundial (Quijano, 2000:124).”

El carácter europeo que adquirió la ciudad se vio favorecido por el establecimiento de una segregación residencial que separó a las dos Repúblicas: la de Indios y la de Españoles. La segregación étnica prohibió a los indios residir en el interior de la ciudad, por lo cual se asentaron en los barrios situados fuera de la traza de la ciudad española [...] La distribución socio espacial de la población en el periodo colonial marcó profundamente el desarrollo histórico de la ciudad (Oehmichen, 2001:182-183).

La periferia ha sido el lugar al que han sido destinadas las clases subalternizadas, es decir, de ciertos grupos sociales, étnicos, que no concibieron la condena histórica que significó la modernidad europea pero que sufrieron su efectividad a través de la iniciativa de los Españoles. Los grupos subalternos, con respecto a la historia de México y América Latina, conformaron un grueso social, una masa, que no decidieron esta suerte. Por este motivo debemos considerar a la subalternidad como un proyecto ideológico intrínseco al proyecto de modernidad europea, capitalista. Un proyecto que definió el espacio y las condiciones de desarrollo de los subalternos, siempre subordinados, en lo material y en lo subjetivo, a los caprichos de los grupos dominantes.

En este sentido, es importante recalcar la etapa colonial como el momento que dio origen al proceso moderno de subalternización de las personas originarias y las personas desterradas, es decir, los esclavos de ascendencia africana; a partir de la efectividad de un proyecto civilizatorio (modernización jesuita o católica) enraizado en las iglesias y reproducido a través del espacio público. El “nuevo mundo”, (en el que no sólo sobresale la historia de Conquista de lo que ahora compone el territorio mexicano, sino una historia de Conquista que abarcó gran parte del territorio americano, conformando un proceso de subalternización más complejo, mundialmente hablando), pasó a ser el punto geográfico más conveniente para completar la universalidad de la dominación europea. Por lo que, el proceso de subalternización en la Ciudad de México, ha estado inscrito a un fenómeno de corte internacional, globalizado, que exige una organización mundial del territorio y jerarquización mediante el racismo social/cultural; por lo que no debemos prescindir de su consideración en función de la dinámica de producción, consumo y circulación del capital. Lo interesante del proceso de subalternización es su espacialización en las ciudades y/o para las ciudades (si tenemos en cuenta la precarización del espacio rural en beneficio de los espacios urbanos) sitios en donde la civilización europea concentró su dinámica de subjetivación política utilizando herramientas o tácticas político-ideológicas de persuasión violenta, de obediencia

involuntaria y del olvido del pasado (del espacio y de la identidad). Fueron los esclavos, los indígenas y los mestizos el grupo social al que se le destinaron trabajos extenuantes, inhumanos; fueron a los que se les determinaron prácticas religiosas ajenas, alienantes; fueron el grupo social marginado, excluido, pero sobre todo, olvidado en las postrimerías de la centralidad urbana moderna: la Ciudad de México; en suma “los condenados de la ciudad” (Wacquant, 2007).

La metropolización como fundamento de la crisis del habitar en la Ciudad de México

La metropolización en la Ciudad de México es un fenómeno que debe ser entendido como un problema espacial vinculado al proceso de modernización³⁷ que se impulsó a nivel nacional desde la época del porfiriato y; vinculado, también, al proceso de industrialización-urbanización espacializado en la periferia de la Ciudad de México que se consolidó en el siglo XX³⁸. La dinámica de centralización que caracterizó la administración de Porfirio Díaz provocó que la Ciudad de México fuera el espacio de representación por excelencia de lo nacional moderno: depositando dentro de ella los tres poderes nacionales; impulsando una modernización urbana de manera anticipada con respecto al resto de México y de América Latina; comunicándola con el resto del país a través del ferrocarril; acondicionándola de una infraestructura eléctrica que posibilitó el alumbrado en las vías públicas; etc. En este sentido, el fenómeno de metropolización en la Ciudad de México corresponde a un resultado histórico, que construyó sus bases desde el porfiriato³⁹ y en el que están inmersos diferentes factores; de los cuales hemos destacado los dos

37 Lucía Álvarez ha escrito: “De esta manera, es importante comenzar por precisar que la problemática de la ZMCM, que debido a razones históricas y geográficas originarias ubicamos en principio dentro del ámbito local, es en realidad una cuestión que presenta un carácter tridimensional: local-regional-nacional. Y vista en su conjunto, como *unidad*, es en estas tres dimensiones como se la debe concebir y estudiar [...] lo que interesa destacar es la problemática que esta realidad metropolitana, asentada en dos entidades (D.F. y Estado de México), representa en el marco de la realidad del Distrito Federal” (Lucía Álvarez, 2005:51).

38 Enrique Rajchenberg en “¿Milpas o chimeneas? La polémica en torno a la industrialización a mediados de siglo” (2000) dice que la industrialización en México inició en el siglo XIX, impulsada por el Porfiriato a través de un gobierno modernizador y positivista. Rajchenberg dice: “[...] el proyecto de modernización económica durante el porfiriato dio paso, indirectamente, a una planta industrial donde se combinaron tecnologías de punta con regímenes de trabajo autoritarios. Esta planta industrial que coexistió con talleres artesanales y semimecanizados no fue objeto de una política expresamente diseñada para promoverla. Fue más bien el resultado de una no planeada sustitución de importaciones (Rajchenberg, 2000:161)”.

39 Si tenemos en cuenta que la adaptación del espacio urbano en función de una etapa modernizadora fue una gran ventaja con respecto a otras ciudades dentro del país, lo que provocó una suerte de primeras migraciones hacia la Ciudad de México a finales del siglo XIX. Esta infraestructura moderna, con la que presumía adelantadamente la Ciudad de México, fue un factor importante en la continuidad de su posición estratégica, como la capital, incluso después de la reconfiguración del Estado y el espacio después de la Revolución mexicana. El que existiera un grado de urbanización superior dentro de la Ciudad de México a finales del siglo XIX, dio pie a que en la etapa

anteriores, ya que son elementos que se relacionan: la modernización y la industrialización-urbanización.

A partir de esto, podemos hacer un análisis de la configuración del Estado mexicano en torno al desarrollo de la Ciudad de México como espacio referente de la modernización y la industrialización-urbanización. La Ciudad de México, entonces, contiene espacializado y centralizado al Estado mexicano que se materializa en Instituciones, palpables y visibles. El Estado mexicano, encabeza y dirige un proyecto de desarrollo urbano, centralizado, que destaca a la Ciudad de México durante el siglo XX como el espacio estratégico para el impulso del capitalismo a partir de la industrialización y posteriormente a través de las transformaciones neoliberales. Por este motivo, es importante considerar dentro del análisis, la participación estatal para el fomento de la metropolización a través de la relación dialéctica entre la industrialización y la urbanización; contemplando que este proceso, sustentado por el Estado, ha propiciado las desigualdades, sociales y económicas, que han propiciado la existencia de los espacios subalternizados, en contra parte de la promoción, cuidado y actualización modernizante de los espacios estratégicos que dinamizan la producción y circulación de un urbanismo a fin al capitalismo monopólico y financiero. Con respecto a lo anterior, es decir, la participación del Estado en función de la relación industrialización-urbanización, profundizaré detenidamente más adelante.

Industrialización-urbanización

Volviendo al doble proceso que implica la industrialización-urbanización; debemos entender este fenómeno más allá de las cifras, que por sí solas son ya bastante reveladoras, para llegar al punto crucial de esta relación, que se espacializa y se cristaliza, que se percibe, se vive y se concibe; una relación que se puede traducir en un proyecto económico e ideológico. El proceso de urbanización necesita de la industrialización para garantizar su consolidación dentro de un sistema de producción económico que no contempla otra forma de evolución si no es mediante la potenciación de las fuerzas productivas a través de la industria, así como lo ha exigido

de industrialización por sustitución de importaciones (1930-1970), la Ciudad de México fuera el espacio predilecto para la concentración y la acumulación de la población, del parque industrial y, por ende, del capital.

históricamente el capitalismo en América latina. Por ende, la urbanización, como ejercicio de construcción constante, material y simbólica, de la ciudad, también corresponde a un proyecto que está sujeto a la dinámica hegemónica, es decir, a la iniciativa del Estado.

1) Por un lado, la urbanización de la Ciudad de México refiere, como lo dice Carmen Icazuriaga, “ a la variedad de formas de organización” (1992:45) a partir de las cuales se ha construido la ciudad. Así mismo, revela los límites y capacidades de la ciudad en términos de concentración, de acumulación, de modernización, etc. Durante el proceso de urbanización, las relaciones sociales suelen estar dirigidas por la dinámica de producción y consumo que caracterizan a las sociedades industrializadas (sufre la misma suerte el espacio a partir de su reorganización). En este sentido, no existe independencia con respecto al proceso de industrialización, ya que ésta modifica las formas tradicionales de producir el espacio. De tal forma que, el proceso de urbanización en la Ciudad de México no es un hecho aislado al desarrollo histórico de las ciudades mundiales (sobre todo si se piensa a la Ciudad de México dentro de la región latinoamericana); conforma siempre un momento decisivo que beneficia, en varios aspectos, a un modo de producción hegemónico del espacio, que tiende a globalizarse, principalmente desde lo ideológico. En la Ciudad de México, el proceso de urbanización centralizada ocasionó directamente la migración del campo a la ciudad debido a este factor ideológico. La Ciudad de México ha sido el recipiente que ha concentrado las más amplias posibilidades de realización humana (urbana) bajo el régimen de la cultura industrial, por lo que se puede decir que existió cierta forma de promoción de la Ciudad de México impulsada por el Estado, lo que derivó en un proceso de agudización a través del tiempo de marcada diferencia y distanciamiento entre lo rural y lo urbano.

La urbanización debe ser analizada desde su concepción como un proyecto inacabable, en este sentido, vinculado directamente al proceso de modernidad capitalista⁴⁰. Pensarlo desde lo ideológico permite identificar que su vínculo con la industrialización se sustenta en las formas de

40 “Así, la urbanización capitalista es, básicamente, una multitud de procesos privados de apropiación del espacio, de aquí que, necesariamente, la misma reproducción de las condiciones generales urbanas de la producción capitalista se transforme en problemática, en la medida en que no se puede garantizar esta reproducción. Este es uno de los aspectos principales de manifestación a nivel de lo urbano, de la contradicción entre el movimiento de socialización capitalista de las fuerzas productiva y las relaciones de producción capitalista” (Bernardo Navarro y Pedro Moctezuma; 1989:67).

consumo de lo urbano⁴¹. A través del consumo de la urbanización moderna se legitima el modo de producción industrializado característico de la Ciudad de México durante la época de 1930-1970; sin embargo, el consumo de la urbanización de la Ciudad de México no fue expansible en su totalidad, ya que la centralización de la modernización urbana ocasionó la fragmentación del espacio; sucedido de la acumulación de espacios subalternizados, espacios a los cuales la urbanización los alcanzó tiempo después y diferencialmente en comparación con los espacios privilegiados por ésta. Siguiendo esta lógica, la urbanización supone la construcción de identidades contradictorias que enmarcan el tipo de relaciones sociales dentro de la Ciudad de México y cómo éstas se espacializan. En otras palabras, el proceso de urbanización genera que las formas de habitar la ciudad sean distintas en respuesta a la centralización espacializada de la modernidad capitalista. Los espacios a los que no abraza el proyecto de urbanización son lugares que los caracteriza principalmente la escasez, espacios en donde la carencia se generaliza y la supervivencia define la cotidianidad. Mientras que en el ceno (moderno-capitalista) de la Ciudad de México, la urbanización se ha traducido, mejor dicho, se ha materializado en edificaciones gubernamentales, empresas, sindicatos, multifamiliares, escuelas, parques industriales, arquitectura, grandes avenidas que para su construcción tuvieron que entubarse antiguos ríos o canales; el uso adictivo del automóvil, etc. La urbanización es la manera en la que la modernidad adapta ideológicamente a las ciudades a la necesidad histórica que exige la industrialización en función de la creación de clases sociales que sean el soporte de esta forma de producción y consumo. La clase obrera, proletaria urbana, ha sido el grupo social al que la urbanización ha contemplado de manera prioritaria (esto no significa algo benéfico); ya que en conjunto conforman la fuerza de trabajo y el ejército industrial de reserva. La clase obrera ha sido el grupo de sacrificio del que se ha valido la industrialización y todo el sistema económico de remuneración asalariada para garantizar la reproducibilidad de este tipo de urbanismo industrial. El papel del Estado es crucial, utiliza para sí el factor ideológico (en su uso negativo, es decir, alienante) como el elemento aglutinante, de contención; debido a que la urbanización modernizante no garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo mediante la producción de sus necesidades, sino mediante su consumo.

41 “Cuando hablamos de consumo urbano, estamos refiriéndonos a la apropiación que realizan las unidades económicas y las clases sociales de los bienes y servicios urbanos en tanto valores de uso. Tales bienes y servicios son factibles deseo consumidos tanto individual - terrenos, edificaciones, etcéter -, como colectivamente las infraestructuras urbanas en general, por ejemplo” (Bernardo Navarro y Pedro Moctezuma; 1989:73).

2) Por el otro lado, la industrialización es un modo de producción del espacio que requiere la potenciación de las fuerzas productivas y el aceleramiento del tiempo de producción y consumo, para el desarrollo capitalista de las naciones (en este caso naciones dependientes, o en vías de desarrollo) a través de las ciudades, es decir, del espacio urbanizado. Implica la modificación radical del espacio en cuanto a su organización y su imagen, pues la ubicación espacial del parque industrial es un factor que provoca importantes transformaciones. Henri Lefebvre dice: “La industria naciente tiende a implantarse fuera de las ciudades, lo cual no constituye, por lo demás, una ley absoluta: ninguna ley es completamente general y absoluta (Lefebvre,1978:21)”. Para el caso de la Ciudad de México esta ley sí es válida; la industrialización se hizo visible en el paisaje urbano ya que se instaló en la periferia de la ciudad (ver imagen 1). Así, como modo de producción del espacio, la industrialización concreta su relación dialéctica con el proceso de urbanización, conformando una situación característica de las ciudades modernas (la metropolización) y lo que ha generado a la postre la crisis civilizatoria.

Enrique Rajchenberg dice:

Todo proceso de industrialización implica en sus primeras fases una acumulación de capital de tal magnitud que se debe realizar a costa de ciertos grupos sociales. El discurso del poder la legitima invocando un orden sacrificial en que los hombres ofrendan la posposición de sus necesidades y de sus deseos en beneficio de valores y metas trascendentales y, consiguientemente, abstractos. En otras palabras, la decisión política se vuelve revestida de virtud (Rajchenberg, 2000:163).

Durante el periodo de 1930-1970, la Ciudad de México experimentó el inicio de un proceso de transformación radical en el que la industrialización fue el factor decisivo. Gustavo Garza y Martha Schteingart (1984) han realizado un estudio con respecto a la dinámica industrial en la Ciudad de México, precisamente, enfocados en el periodo mencionado y en la relación que existe entre la industrialización y la urbanización. Ellos mencionan que:

[...] la industrialización es la génesis de la concentración económica-demográfica en las

ciudades, esto es, de la urbanización. Así, a cierto nivel de industrialización corresponde un desarrollo comercial, de servicios, de transportes y de otras actividades que surge de manera simultánea a un proceso de concentración de la población: la fuerza de trabajo se desplaza hacia donde el capital se acumula (Garza y Schteingart, 1984: 581).

Para el estudio de la industrialización en la Ciudad de México es importante considerar los números que dan cuenta de cómo ha sido su dinámica de crecimiento al grado de concretar el problema de la metropolización de la ciudad. De tal forma podemos precisar en la aseveración teórica que significa el fenómeno de la centralización de la producción industrial en el espacio conformado por la Ciudad de México. Lo que sugiere, además, hacer una relación directa respecto a los espacios de representación de las personas en función de la amplia reorganización que provocó la industrialización.

Tabla 1. Crecimiento de la Industrialización en la Cd. de Mx. durante el periodo 1930-1970; y su relación con el aumento de la población y el PIB⁴²

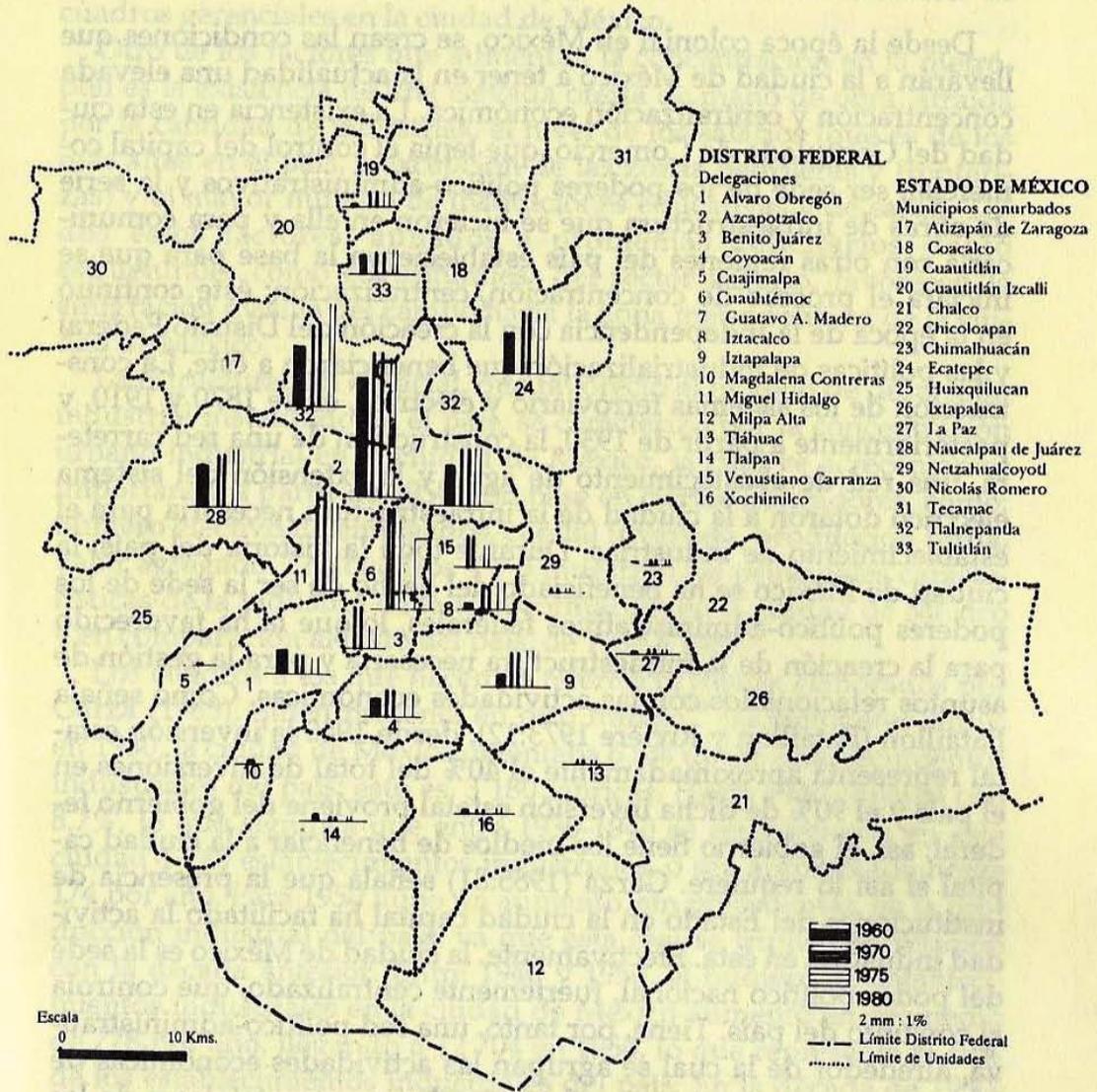
Año	Número de industrias en la Cd de Mx.	Porcentaje con respecto a la totalidad de industrias en México	Promedio del PIB por década	Población de la Ciudad de México (X1000)
1930	3180	6.8%	_____	1029
1940	4920	8.7%	3.1%	1644
1950	12704	19%	5.9%	2953
1960	24624	29.9%	6.2%	5125
1970	33185	27.9%	7.0%	8815

Los números revelan la dinámica de crecimiento de la Ciudad de México debido a la industrialización centralizada en la periferia de la ciudad si complementamos la Tabla 1 con la Imagen 1. En este sentido la población de la ciudad fue creciendo en la medida que la industrialización requería de fuerza de trabajo y gracias al grado de urbanización alcanzado; lo

⁴² Las cifras que contiene la tabla fueron obtenidas de los trabajos de Lucía Álvarez Enriquez (2009); Luis Unikel (1971); Gustavo Garza (1984).

que derivó en una suerte de éxodo del campo hacia la ciudad capital por parte de personas que buscaron mayores oportunidades de realización y/o desarrollo en función de la urbanización. La dinámica industrial provocó una agudización entre las diferencias espaciales, principalmente, entre lo rural y lo urbano a escala nacional; sin embargo, dentro de la Ciudad de México también hubo una extrema diferencia entre los espacios centrales y afines a la industrialización-urbanización y los espacios todavía rurales pero con tendencia a la urbanización, como Xochimilco, Tlalpan, parte de Iztapalapa, La Magdalena Contreras, entre otras delegaciones sin contar a los municipios del Estado de México; en suma espacios que han cristalizado el proceso de subalternización agravado por la distribución y organización del espacio a partir de la industrialización. La cantidad de fuerza de trabajo “no agrícola” fue creciendo en función de que la industrialización impulsaba la expansión urbana, es decir, gracias al crecimiento de la urbanización de la Ciudad de México a través de la industrialización, se fueron modificando las condiciones sociales, políticas y económicas, lo que produjo una atracción acelerada y una transformación paulatina de los grupos y espacios campesinos, con respecto a sus prácticas identitarias, culturales y/o religiosas; así como la imagen predominantemente verde referente a lo rural, poco a poco se ha vuelto una imagen cada vez más gris, referente de lo industrializado.

**DISTRIBUCIÓN DE LA INDUSTRIA EN LA CIUDAD DE MÉXICO.
1960 - 1980**



Fuente: Atlas de la ciudad de México, 1988, p.103.

Mapa 2

Imagen 1 (tomada de Carmen Icazuriaga Montes, *La metropolización de la ciudad de México a través de la instalación industrial*, Ciudad de México, 1992, La Casa Chata; p.79)

El Estado ampliado nacional mexicano espacializado en la Ciudad de México y los espacios subalternizados en el marco de la metropolización

Durante el periodo de 1930-1970⁴³, el Estado mexicano⁴⁴, sujeto a la dinámica hegemónica del capital internacional (monopólico y financiero) dirigió a la Ciudad de México, a través de su urbanización-industrialización moderna, hacía una situación compleja. La crisis civilizatoria actual tiene su fundamento en el problema espacial que es la metropolización, ya que ésta reveló los límites de la Ciudad de México como proyecto político. No sólo esto, la metropolización entendida desde su significado resolutivo, es decir, como consecuencia de cierto devenir histórico, o sea, de ciertas formas de habitar el espacio; engendró una realidad que no ha encontrado una solución al paso del tiempo; sino de manera contraria, la Ciudad de México ha visto cómo la crisis del habitar (civilizatoria) se ha mantenido gracias a la voluntad política e ideológica de los grupos urbanos dominantes. En este sentido, la metropolización enmarca una situación característica en la que se vislumbra una relación de fuerzas totalmente contradictoria en todo el país; en la que la centralización de la modernidad y el progreso detonan en una compleja realidad dicotómica: lo rural y lo urbano, o lo que es más grave, la Ciudad de México y resto del país.

El papel del Estado mexicano fue más que crucial en el desarrollo material y simbólico de la metropolización en la Ciudad de México. El cambio a la Industrialización por Sustitución de Importaciones fue un proyecto económico, político e ideológico que necesitó de la ciudad capital

43 Luis Unikel Spector en su artículo titulado “La dinámica del crecimiento de la ciudad de México”, propone una periodización en función del proceso de desarrollo de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México: 1930-1970. Este periodo se divide en tres etapas: 1) 1930; 2) 1930-1950 y; 3) 1950-1970. Este periodo indica un proceso de concentración, centralización, aumento y expansión de la población dentro del territorio del Distrito Federal, en un principio; esto hasta que la Area Urbana de la Ciudad de México rebasó los límites del Distrito Federal y encaminó la formación de la Zona metropolitana de la Ciudad de México. La ZMCM es un fenómeno que caracteriza una dinámica, en la que una “extensión territorial que incluye a la ciudad central y a las unidades político administrativas contiguas a ésta (o a otras unidades pertenecientes a la mencionada zona metropolitana) que tienen características metropolitanas [...] y que mantienen una relación socioeconómica directa, constante y de cierta magnitud con la ciudad central (o con el área urbana)”(Luis Unikel, 1971:508).

44 Durante este periodo, entendemos que la reconfiguración del Estado mexicano después de la Revolución privilegió un sistema de gobierno a través de la hegemonía de un sólo partido político: el PRI. Para el caso de la Ciudad de México, que para el año de 1930, todavía se encuentra dentro del territorio del D.F. (DDF). El Estado mexicano, priísta, personificado en la figura del presidente de la República, tenía la facultad de decidir a la persona indicada para ocupar el puesto de jefe en el DDF. Lucía Álvarez dice al respecto: “De acuerdo con lo que se mencionó antes, a fracción VI del artículo 73 constitucional establece que el Poder Ejecutivo en la entidad lo ejerce el presidente de la República por intermedio del jefe del DDF [...] El regente del DDF se auxilia para sus funciones de secretarías, las delegaciones y de la Procuraduría General de justicia, a cuyos titulares, a su vez, nombre y remueve también de manera voluntaria...” (Lucía Álvarez, 2005:95-96).

como el espacio referente, en el que podía realizarse la complejización del fenómeno de la centralización. El Estado mexicano concibe a la Ciudad de México como el sitio predilecto en el que puede espacializar su ideología, el proyecto político por el que existe y que está sustentado en la particularidad del despliegue de las relaciones de fuerza en la ciudad capital y en el resto del territorio nacional. En este sentido, la industrialización-urbanización son parte de un proyecto político nacional que implica el desarrollo económico y cultural de la ciudad capital⁴⁵. La Ciudad de México se posicionó como el espacio de representación de lo nacional y como el espacio contenedor del desarrollo nacional moderno. En este sentido, la metropolización fue provocada, directamente, por la política de desarrollo impulsada por el Estado mexicano, lo que ocasionó el éxodo paulatino de las personas alrededor de la ciudad en la búsqueda de la vida urbana, asalariada, inmersa en la cotidianidad del consumo de la modernidad, protegida, garantizada y controlada por un Estado paternalista. Podríamos decir que la formación de la modernización en la Ciudad de México (1930-1970) como proyecto de Estado nacional, implicó la reconfiguración espacial del propio Estado (en la Ciudad de México) y por consecuencia de la relaciones de fuerza entre éste y la Sociedad Civil⁴⁶.

El Estado de México durante el periodo señalado, tuvo una participación más que protagonista en la conformación y/o construcción de la Ciudad de México. Siguiendo una corriente gramsciana, Lucio Oliver (2009) caracteriza al Estado Mexicano desde una noción diferente a lo tradicional, una concepción que inscribe un tipo de dinámica, la del Estado, en una situación de relación de fuerzas, con la Sociedad Civil y la Sociedad Política, revelando una ecuación moderna,

45 Lucía Álvarez señala al respecto: “En efecto, la larga trayectoria de un estado nacional fuerte, hegemónico y paternalista que incide de manera particular en la vida política de la capital del país fincó las bases - durante los gobiernos posrevolucionarios - de una relación gobierno sociedad sustancialmente unilateral y restrictiva, marcada por el control estatal. Las cualidades corporativas que adquirió el aparato central del poder, ligadas a la estructura centralizada y autoritaria del gobierno local, al sistema político unipartidista y a la hegemonía del partido oficial, representaron hasta los años setenta fuertes impedimentos para el desarrollo de la expresión social autónoma en el Distrito Federal” (ibid:139).

46 Lucio Oliver dice: “En México, el pacto social establecido en la revolución bajo el dominio del grupo sonorense y en el gobierno de Cárdenas, significó la subordinación plena de la sociedad al Estado nacionalista e intervencionista y la integración corporativa de los agrupamientos sociales principales - campesinos obreros, clases populares y medias-, y en el control ideológico, político y social de los mexicanos, una sociedad civil que, con la modernización de los años cincuenta veía triunfar sus aspiraciones de cambio, que había accedido a la reforma agraria y la revolución verde, la educación, la salud, la existencia de derechos colectivos de contratación, la seguridad social, las políticas de vivienda y el empleo, pero a condición de mantenerse pasiva, sometida y subordinada al poder político nacional; una sociedad en la cual los derechos ciudadanos individuales eran conculcados y desconocidos, en nombre de los grandes intereses de la revolución, la modernización y el desarrollo nacional, interpretados por el Estado” (Oliver; 2009: 77).

característica del siglo XX en ciertas configuraciones de Estados latinoamericanos⁴⁷. Desde el análisis mexicano, podemos observar una participación constante entre el Estado y la sociedad, que marca una diferencia histórica, social y política con respecto a otras formas de configuración del Estado durante el siglo XIX, por poner un ejemplo. Esto refiere a un tipo de Estado que presenta una ampliación en sus facultades, sus relaciones y sus alcances.

Lucio Oliver dice:

“La noción de Estado ampliado — o Estado integral — alude a una relación moderna entre el Estado y la sociedad diferente a la pura representación política de ésta en los órganos políticos del Estado y diferente al hecho de que el Estado representa y gobierna en su nombre políticamente a la sociedad [...] La ampliación del Estado se produce en cuanto su proyecto histórico, sus valores e ideología tienen influencia y logran el consenso en la sociedad organizada y con derechos, fenómeno asociado al crecimiento económico capitalista central y dependiente” (Oliver, 2009:22).

La concepción del Estado ampliado es fundamental para la explicación ulterior de la crisis civilizatoria representada en las formas de habitar en la Ciudad de México. El Estado mexicano ampliado, moderno, fordista⁴⁸, centralizado y espacializado en la Ciudad de México, fue crucial en la formación del problema de la metropolización. La centralización del desarrollo nacional implicó una promoción indirecta del espacio en cuestión, la Ciudad de México fue el recipiente de una modernidad sustentada en la urbanización y en la ideología de la pertenencia a la ciudad, lograda a través del consumo de una cotidianidad diseñada para la pasividad de los cuerpos y la

47 Como en Brasil

48 Con respecto a la especificidad del Estado fordista, Joachim Hirsch en un ensayo titulado “El Estado fordista de seguridad y los nuevos movimientos sociales” (<https://es.scribd.com/doc/220491143/Hirsch-Joachim-Globalizacion-Capital-y-Estado#>). Hirsch plantea que la forma fordista supone un modo de producción y concepción de la vida, directamente ligado a la potencialización de las fuerzas productivas y al nuevo patrón de acumulación que de esto deriva. El fordismo es un momento dentro de la acumulación histórica capitalista que de cierta forma fue necesario, después de la Segunda Guerra Mundial. El fordismo no sólo implica una transformación dentro del patrón de acumulación, sino que revela una relación diferente entre el Estado y la sociedad; una sociedad dependiente y consumista. Hirsch dice: “El fordismo entonces, denota una secular oleada de acumulación capitalista expandida, por la cual la reproducción del trabajo se convierte en la esfera central de la valorización del capital [...] Políticamente, esto incluye la emergencia del reformismo social, el keynesianismo y el control en masa de las burocracias. El fordismo, por tanto, es más que una forma de producción y reproducción material (el taylorismo así lo han). Esta es una forma históricamente distinta de la formación social capitalista con sus propias características económicas, políticas y sociales”.

alienación subjetiva. En este sentido, la metropolización es resultado, en gran medida, del cambio de relación entre el Estado y la sociedad, ya que esta relación que representa la amplitud del Estado, se espacializa en la geografía de la Ciudad de México. En el periodo de 1930-1970, la Ciudad de México se construye en función de la ideología hegemónica del Estado nacional mexicano. Esto manifiesta que la posición política de los grupos obreros y populares dentro de la Ciudad de México ha estado sujeta a la iniciativa del Estado y su relación con el sector monopolístico desarrollista; lo que delinea las condiciones históricas y urbanas del proceso de subalternización de los grupos obreros y populares en la ciudad. Lucio Oliver dice:

La clase trabajadora moderna que se conformó en la industrialización fordista periférica, parcial y dependiente del desarrollismo mexicano y brasileño, fue puesta por el capital, subsumida por la dirección del proceso industrial por las clases empresariales y por el Estado capitalista, lo que la ubicó como una clase trabajadora capitalista puesta, conformada, determinada por el capital, lo cual generó la tendencia a que se asumiese como una clase trabajadora capitalista dispuesta y dedicada a la defensa de su salario y de sus condiciones y derechos para su reproducción ampliada como sector social independiente, lo que paradójicamente constituyó el fundamento de su subalternidad en las relaciones sociales del desarrollismo (Oliver; 2009:89).

No obstante, la subalternización de los grupos urbano-populares no se reduce a las condiciones laborales, económicas e infraestructurales de las que se ocupa la dinámica de producción y consumo del capital moderno en su face desarrollista mediante la protección, por parte del Estado paternalista, de una Industrialización nacional. El proceso de subalternización de los grupos sociales dentro de la Ciudad de México, es una dinámica en la que, además, está en riesgo la historia subjetiva de las sociedades, es decir, de una memoria que une e identifica, ligada o vinculada a un espacio en el que suceden las prácticas sociales e intersubjetivas. La subalternización, como fenómeno que se agudiza durante el proceso de metropolización; atiende, como se ha dicho, al proyecto político y económico de desarrollo nacional; y es generada gracias a la hegemonía ideológica que ejerce el Estado sobre las personas. Por este motivo es importante analizar la relación entre el Estado y la formación de las condiciones materiales y simbólicas de la vida cotidiana atravesadas por una serie de conjuntos Institucionales debidos al Estado; mismos que norman la producción y el consumo de la vida cotidiana.

La vida cotidiana

¿Cómo se relaciona el concepto de vida cotidiana con el proceso de desarrollo de la crisis de la Ciudad de México, a partir de la metropolización vista como el momento de agudización de la subalternización de los espacios y las personas?; y en esta lógica ¿qué papel juega el Estado entendido desde su relación ampliada con la sociedad? Para aclarar estas cuestiones, Henri Lefebvre (1968), de nueva cuenta, será nuestro apoyo teórico para el análisis crítico de la relación entre la configuración de la vida cotidiana y el Estado, cruzada por la concepción de la ideología en términos gramscianos, misma que da cuenta de un proceso de construcción, hegemónico, de dirección, de las formas de habitar la ciudad. Partimos de la idea de que en la formación del problema de la metropolización (1930-1970) se implementan ciertas medidas político-ideológicas que permitieron la subalternización de las personas. Sin embargo, no es suficiente llegar a tal aseveración sin argumentos; debemos entender los procesos de construcción material y simbólica de las formas de subalternización (de las personas y del espacio), es decir, la manera en que la iniciativa de los grupos dominantes fragua el proyecto político moderno de urbanización-industrialización dentro de la Ciudad de México; históricamente conveniente sólo para un sector privilegiado de la sociedad. En este sentido, entendemos que la urbanización moderna y su infraestructura (alumbrado, pavimentación, edificación, automóviles, cables, concreto, etcétera) conforman “lo material”, “lo palpable”, de la ciudad. En tal caso, la subalternización de los grupos sociales puede comenzar a partir de su devenir —condicionado, enjaulado, incrustado— dentro del armazón que significa la infraestructura urbana hegemónica, o sea, dentro de los *espacios de representación*. La carencia de servicios públicos: alumbrado, abastecimiento de agua, drenaje, pavimentación de las veredas, etcétera; la marginación espacial de las personas, es decir, su exclusión a la periferia (mismas personas que pretenden lo urbano, la ciudad); el distanciamiento comunicacional y tecnológico con respecto al centro de la ciudad; etc. Todos estos son elementos que propician la subalternización material de las personas gracias a la precarización de los espacios y la determinación histórico-política de las formas de habitar en dichos lugares, sobre dichas condiciones, en las que la escasez predomina el imaginario social.

La subalternización ideológica no debe ser entendida como la consecuencia que resulta de la precarización material, mecánicamente. Si bien la subalternización ideológica y la

subalternización de los espacios (gracias a la urbanización moderna), son dos procesos que se imbrican en ciertas situaciones; no son procesos intrínsecos uno del otro. Lo que quiero decir es que la subalternización, fundamentalmente, se desarrolla mediante procesos ideológicos que dirigen la subjetividad individual y colectiva de ciertos grupos de ciertos lugares. El proyecto ideológico y las formas simbólicas que conforman las *representaciones del espacio*, dan muestra de la espacialización de las relaciones de fuerza en función de la subalternización; lo que también es: la demostración del ejercicio hegemónico. Es por esta razón que recurrimos a la ayuda de Henri Lefebvre con el propósito de ligar el problema de la subalternización y la crisis de las formas de habitar en la Ciudad de México. Henri Lefebvre considera que existe un fenómeno histórico-social en el que podemos identificar las formas en las que se materializa la relación de fuerzas, y en donde se ve manifiesto la amplitud del Estado; gracias a la creación (posiblemente artística) de un escenario predilecto para la legitimación de la civilización de la urbanización moderna. Este escenario, este fenómeno, al que Henri Lefebvre se refiere es *lo cotidiano*. El diseño de las formas de habitar el espacio configurado como la Ciudad de México componen el problema de lo cotidiano visto desde un momento histórico en el que hemos decidido detenernos para desmenuzar la crisis civilizatoria desde la crítica, precisamente, de las formas de habitar en el marco de la metropolización. Lo cotidiano y la metropolización se conjugan en el espacio y el tiempo para dar como síntesis una situación sin precedente. La pertenencia a la ciudad, el control corporal, el ensueño de la modernidad, el desarrollo multidinámico de la humanidad, la seguridad laboral, el acceso al ocio, etc. Son exigencias o “deseos” que impulsan el éxodo hacia la Ciudad de México en la búsqueda de todo lo anterior; ya que esto y más conforman lo cotidiano dentro del espacio de la ciudad capital.

Entonces, ¿qué es lo cotidiano o a que apelamos cuando nos referimos a esto? Henri Lefebvre es muy contundente en el tratamiento, desde lo filosófico⁴⁹, de la crítica en torno a la vida cotidiana y su desarrollo histórico. La vida cotidiana refiere a las formas de producción del espacio directamente delineadas, en las que se manifiestan las prácticas influenciadas por la ideología

49 Henri Lefebvre dice: “El concepto de cotidianidad procede de la filosofía y no puede entenderse sin ella. Designa lo no-filosófico para y por la filosofía [...] El concepto de la cotidianidad no procede de lo cotidiano; no lo refleja: más bien expresaría su transformación contemplada como posible en nombre de la filosofía [...] En resumen, declaramos la vida cotidiana objeto de la filosofía, precisamente, en tanto que no filosofía. Decretamos incluso que, como tal, es el objeto filosófico. Al hacer esto separamos la filosofía de sus objetos tradicionales” (Lefebvre, 1968:23).

dominante, y las relaciones sociales (y con los objetos), que obedecen a una manera de consumir y concebir la vida, la ciudad, los cuerpos, las tecnologías, etc. La vida cotidiana se construye gracias a estas formas comunes e inmediatas en las que producimos el espacio, en otras palabras, a la manera en que las sociedades eligen para habitar y relacionarse entre sí, es decir, intersubjetivamente. Sin embargo, la vida cotidiana en la modernidad hegemónica presupone la universalización de solo una forma de habitar las ciudades; en tal caso, deviene en una situación que manifiesta una relación de dominio, la lucha de clases histórica, entre los grupos dominantes y dirigentes, y los grupos que son subalternizados. En este sentido, en la metropolización se contiene esta relación de fuerzas, hegemónica, y es canalizada hacia una crisis debido a la centralización y monopolización de la vida cotidiana. Aunque todavía no es justo tratar así la crisis del habitar en la Ciudad de México, sin antes desnudar lo cotidiano.

Henri Lefebvre:

Lo cotidiano, considerado como conjunto de actividades en apariencia modestas, como conjunto de productos y de obras muy diferentes de los seres vivos (plantas, animales que hacen de la fisis, en la naturaleza), no parece ser tan sólo lo que escapa a los mitos, los de la naturaleza, de lo divino y de lo humano [...] Lo cotidiano, en su trivialidad, se compone de repeticiones: gestos en el trabajo, fuera del trabajo movimientos mecánicos (los de las manos y los del cuerpo, y también los de las piezas o dispositivos, rotación o ida y vuelta), horas, días, semanas, meses, años; repeticiones lineales y repeticiones cíclicas, tiempo de la naturaleza y tiempo de la racionalidad” *ibid*:23,29).

La vida cotidiana se vuelve más compleja en el periodo señalado (1930-1970), ya que emergen y se popularizan, dentro del espacio citadino, amplias formas de configuración del sujeto: el automóvil, la televisión, el cine, los electrodomésticos, la urbanización moderna, arquitectura moderna, etc. En suma, conforman dispositivos por los cuales las personas que los consumen sienten pertenencia, identidad, cohesión, con respecto a la ciudad. No obstante, la vida cotidiana y lo que la conforma, determinan una manera de producción histórica que es propicia para la urbanización-industrialización impulsada por el Estado fordista mexicano en la Ciudad de México. Un único destinatario para el desarrollo de la vida cotidiana moderna en función de la urbanización-industrialización —como forma de producción del espacio—atiende al proyecto político-ideológico de nación; por lo tanto, tal centralización, provocó que la posibilidad de

consumir la vida cotidiana radicara casi exclusivamente en y para la Ciudad de México. Es por tal motivo, el de la centralización del consumo de la vida cotidiana en la Ciudad de México, que el desarrollo histórico de la metropolización pudo encaminarse congruentemente de acuerdo a las condiciones que la posibilitaron: un Estado ampliado, una ciudad con la capacidad histórica (como sujeto) de condensar el proyecto de nación y a la nación; una sociedad polarizada gracias al ejercicio hegemónico (civil e ideológico) que promueve la fragmentación (del espacio y de las personas) en tanto que subalterniza y; un patrón de acumulación capitalista que prioriza el aumento de la riqueza mediante la alienación y plustrabajo de los cuerpos de la clase obrera principalmente.

Por lo visto, estamos ante una situación compleja, en la que no podemos deslindar el papel del Estado mexicano, en función de la dirección y el diseño de la vida cotidiana. Sin embargo, lo realmente preocupante son las condiciones de consumo de la vida cotidiana en las cuales están inmersas las personas que habitan la Ciudad de México. De esto surge el problema que significa la metropolización en tanto que realidad ambivalente: necesaria y a la vez no. El momento histórico de la metropolización en la Ciudad de México no puede ser entendido y analizado sin concebir lo cotidiano y su producción inmersos en el fordismo y su ideología. La instalación de las personas en la periferia de la Ciudad de México (Iztapalapa, Gustavo A. Madero, Nezahualcoyotl, Ecatepec, Naucalpan, etc) que derivó en la explosión de la mancha urbana (fundamento de la metropolización), atiende en gran medida a la necesidad histórica de pertenecer a la Ciudad de México; no porque el ensueño moderno resultara tan magnífico; más bien, la centralización de la oferta laboral y el mito del desarrollo urbano dentro de la Ciudad de México ocasionó su desplazamiento — injusticia histórica — debido a la búsqueda de mejores condiciones, lo que se traduce en el consumo de la vida cotidiana.

Pero no todos pueden acceder al consumo de la vida cotidiana de la misma forma, en esto radica el objetivo del proyecto político-ideológico⁵⁰ de subalternización impulsado por el Estado mexicano; es decir, la organización y el diseño del espacio (la ciudad) a partir de la urbanización-industrialización moderna. En este sentido la dinámica de construcción de lo social a partir de los

50 Henri Lefebvre escribe: “El análisis crítico de lo cotidiano revelará unas ideologías, y el conocimiento de lo cotidiano incluirá una crítica ideológica y, por supuesto, una autocrítica perpetua” (ibid:40).

ritmos acelerados de producción dentro de lo urbano, van generando un panorama cada vez más complejo en el que la vida cotidiana es crucial. “Es la vida urbana la que aporta el sentido de la industrialización, que lo contiene como segundo aspecto del proceso” (ibid:64); y es que el éxito de la vida cotidiana radica en la capacidad de consumo de lo generado a partir de la industrialización y por la industrialización. La diferencia y distanciamiento que se generan gracias a las distintas maneras de consumir y construir lo cotidiano es un problema histórico y social; debido a la homogeneización y universalización de lo cotidiano, lo que es en otras palabras: la diversificación de las formas de habitar dentro de un espacio construido para la efectividad de la universalización de la modernidad capitalista. Pareciera que la ciudad era asequible para todos, en la medida en que se acercaban a ella geográficamente. Sin embargo, el sentimiento de pertenencia no sólo se debe o es provocado por la cercanía espacial; sino que es proporcional a la oferta de la abundancia de la ciudad (fundamento de la modernidad) que se traduce en términos ideológicos. Si bien, desde las representaciones, es decir, las ideologías, tomamos conciencia de nuestra posición dentro del sistema de producción social y de la vida — en este sentido de nuestra espacialidad—; de la misma forma, pero en sentido contrario, la ideología funciona como elemento de alienación, de falsa conciencia. Situación en la que convergen formas diversas de conformación del sujeto a partir de un plan que no le corresponde, sino que es creado por diseñadores del espacio que pertenecen o están vinculados con el Estado y su representación en el gobierno de la ciudad.

Henri Lefebvre escribe al respecto:

Esta coyuntura es precisamente en donde la ideología de la producción y el sentido de la actividad creadora se han transformado en ideología del consumo. Esta ideología ha desposeído a las clases obreras⁵¹ de sus ideas y “valores”, conservando la primacía de la burguesía, reservando la iniciativa para ella. Ha borrado la imagen del hombre activo, sustituyéndola por la imagen del consumidor como razón de felicidad, como racionalidad suprema, como identidad de lo real y de lo ideal (del “yo” o “sujeto” individual que vive y actúa como “objeto”). No es el consumidor, ni aun el objeto consumido, lo que importa en esta imaginaria; es la resinación del consumidor y del acto de consumir convertido en arte de consumir” (ibid:74).

51 Y también grupos subalternos

En la Ciudad de México han existido formas de materializar las ideologías hegemónicas del Estado nacional y a partir de las cuales se ha construido la sociedad y el espacio de la Ciudad históricamente. Podemos identificar los espacios en los que reside y se reproduce cada una de las ideologías inmersas en la configuración de la Ciudad, entendida en este caso como el recipiente que contiene cierta relación de fuerzas; de tal forma, concebimos y percibimos, por ejemplo, la burocracia, el ocio, el disciplinamiento corporal, la televisión, los señalamientos, el automóvil, las religiones, las escuelas, las cárceles, la Sociedad Civil, la traza urbana, la radio, los electrodomésticos, etc. En suma, objetos y prácticas que conforman la vida cotidiana en su totalidad atravesada por la participación paternalista del Estado, máximo regulador del consumo dirigido. Las formas de habitar la ciudad comenzaron a ser diversas y la metropolización es parte de la manifestación de las variadas formas de construir el espacio. Entre 1950 y 1980 la Ciudad de México aumenta su población radicalmente y de la misma forma aumentan las exigencias históricas de la sociedad urbanizada. El centro de la Ciudad de México es drásticamente diferente en comparación a su periferia; la imagen de la ciudad revela esta condición que poco a poco la fue caracterizando. Por eso la metropolización es el momento de la eclosión de la crisis de las formas de habitar la ciudad (que a la postre devino en una crisis orgánica en función de la espacialización del Estado nacional), ya que el sentido de pertenencia a la misma se convertía en la ideología motora de la población urbana. Este sentido de pertenencia, de identidad, se vuelve efectivo a través de ciertas prácticas y/o ciertos consumos que encontramos atractivos y necesarios (o se nos ha dicho o impuesto como necesarios). El problema radica cuando se vuelven evidentes las diferencias entre las distintas formas de habitar la Ciudad de México en pos de la producción privilegiada de ciertos espacios y la subalternización de otros; por lo que el consumo de la vida cotidiana no es homogénea debido a la incapacidad del proyecto de urbanización moderna y el falso momento histórico de abundancia.

El automóvil

Dentro de todo este dilema, podemos destacar la existencia de un dispositivo que ha dirigido las formas de habitar de las personas en la Ciudad de México, de forma extraordinariamente particular, de manera que generó sus espacios y los usos exclusivos de su consumo, así también, de la

producción de su contenido o de su forma. Destaco al automóvil como la tecnología predilecta para la efectividad de la legitimación de la vida cotidiana, además de ser un factor primordial en la construcción de la crisis de la Ciudad de México. En torno al automóvil se construye la Ciudad de México y esto se evidencia en el momento de la metropolización.

Pero, ¿cómo podemos vincular la prioridad que ha tenido el automóvil con respecto a la crisis de las formas de habitar en la Ciudad de México en cuanto que la producción del espacio de la ciudad gira en torno suyo? Para responder a esta cuestión, la ayuda teórica de André Gorz es útil ya que construye una crítica en torno al automóvil y la crisis de las ciudades modernas. Para el caso de la Ciudad de México, el momento de la metropolización es crucial, ya que durante el periodo de 1950-1980 (véase tabla 2) el aumento en el parque vehicular incrementa considerablemente.

Tabla 2. Habitantes por vehículo en el Distrito Federal

Año	Población en el Distrito Federal	Vehículos por motor	Habitantes por vehículo
1930	1,229,576	31,944	38.5
1940	1,757,000	43,174	40.7
1950	3,050,442	74,327	41.0
1960	4,870,875	248,040	19.6
1970	6,874,000	717,672	9.6
1980	8,831,079	1,869,808	4.7

(Elaborada por Enrique Cervantes S., extraída del artículo “El transporte en el Area Metropolitana de la Ciudad de México” en *Cuadernos de urbanismo. La ciudad de México*; número 2, 1991., p. 65)

Durante el periodo de 1950-1980 la Ciudad de México necesitó ampliar su capacidad de circulación y comunicación en respuesta a la congestión de autos que se fue haciendo un problema cada vez más complicado; por lo que fue necesaria la construcción del Circuito Interior⁵², el Viaducto y el anillo periférico. Proyectos que iniciaron pero que no han sido realmente concluidos⁵³ en la medida que obedecen a la dinámica inconclusa de construcción constante de la

52 Revisar el siguiente artículo del periódico *Excelsior*: “Circuito interior una arteria que cumple hoy 50 años”; Arturo Páramo. <http://www.excelsior.com.mx/node/742136#view-1>

53 Revisar el siguiente artículo del periódico *El Universal*: “Autos colapsan al DF”, Rafael Montes.

ciudad de acuerdo a los ritmos y formas de la modernidad. Estas construcciones viales demostraron el curso de la urbanización de la Ciudad de México: la urbanización moderna capitalista; que en pos de la transformación *ad hoc* al automóvil, construyó un panorama completamente desfavorecido en la medida que la traza urbana, las casas, las colonias, contemplarían el uso y la circulación del auto en el desarrollo histórico de su construcción social. Como vemos en la tabla 2, el número de automóviles por persona, a partir de la década de los años 50 comenzó a incrementar debido a la americanización de la vida cotidiana en la que el uso de *la machina* fue indispensable y primordial para la efectividad de la hegemonía ideológica a través del consumo dirigido. La capacidad de traslado de las personas fue cambiando al transcurrir el tiempo del popularización de uso del automóvil. La noción (ideológica) del uso del automóvil en nuestra construcción diaria, como sujetos ciudadanos, transformó nuestra relación con las distancias y los tiempos de traslado. Así como menciona André Gorz: “La persistencia de este mito se explica con facilidad: la generalización del automóvil individual ha excluido a los transportes colectivos, modificando el urbanismo y el hábitat; y transfiriendo al automóvil funciones que su propia difusión ha vuelto necesarias” (André Gorz, 2009)⁵⁴. El automóvil confirma el proceso de subalternización propio de la urbanización en la medida del poder de adquisición y consumo de los espacios y las clases sociales; además complejiza la relación entre subalternos y privilegiados, ya que el uso del automóvil no es universal ni mucho menos homogéneo: existen formas de traslado y velocidades de traslado, lo que se traduce en el uso de transporte público y el uso del automóvil privado.

<http://archivo.eluniversal.com.mx/ciudad/106549.html>
54 André Gorz, “La ideología social del automóvil”; publicado en *Letras libre. Los demasiados coches*. No. 99, Diciembre, 2009, España. <http://www.lettraslibres.com/mexico-espana/la-ideologia-social-del-automovil#.We4DB6SF16o.facebook>



(Imagen 2. Tráfico en el centro de la Ciudad de México 1950;

Tomada de la página de Facebook: Leer la ciudad)

André Gorz menciona:

El automovilismo de masa materializa un triunfo absoluto de la ideología burguesa al nivel de la práctica cotidiana: funda y sustenta, en cada quien, la creencia ilusoria de que cada individuo puede prevalecer y beneficiarse a expensas de todos los demás. El egoísmo agresivo y cruel del conductor que, a cada minuto, asesina simbólicamente a “los demás”, a quienes ya no percibe más que como estorbos materiales y obstáculos que se interponen a su propia velocidad, ese egoísmo agresivo y competitivo es el advenimiento, gracias al automóvil cotidiano, de una conducta universalmente burguesa (Adnré Gorz, 2009).

El automóvil fue posicionándose como la mercancía referente de la ciudad moderna, no sólo para el caso de la Ciudad de México; de forma tal que la vida cotidiana no pudo haberse constituido como la herramienta fundamental para la expansión de la ideología dominante como la expresión de la hegemonía del Estado benefactor, fordista. La ciudad por y para el automóvil: un cambio en la perspectiva de construcción de la ciudad que empeoraría las condiciones materiales, determinaría las relaciones sociales y con el espacio; por lo que en definitiva, podemos precisar que si bien el automóvil no es el causante fundamental de la crisis en la ciudad, sí podemos

argumentar que la instalación del consumo dirigido del automóvil vino a sumarse a la lista que conformaron, durante el periodo de la metropolización (1930-1970), un momento singular que devino en la crisis del habitar en la Ciudad de México.

Detenernos en el proceso de construcción de la metropolización de la Ciudad de México, momento que hemos identificado como fundamento de la crisis de la ciudad, ha sido necesario para este análisis, ya que los elementos que se ven imbricados en el marco de este proceso, se suman en el desarrollo de la subalternización en la Ciudad de México, tanto de los espacios, así como de la subjetividad colectiva vinculadas a estos espacios. Esto, no puede ser apartado del proyecto de urbanización-industrialización que caracterizó la dinámica de construcción del espacio de la ciudad capital (desde lo ideológico y lo político) y el patrón de acumulación impulsado por el Estado fordista mexicano. La metropolización debe ser entendida como una situación histórica, en el sentido gramsciano, en el que se presenta una determinada relación de fuerzas, y que el despliegue material de los intereses ideológicos constituye un ejercicio de dominación, de hegemonía. La metropolización en la Ciudad de México desnuda esta relación de fuerzas en el que el proceso de subalternización se espacializa (lo que evidencia la fragmentación histórica de la ciudad) en función de la centralización del proyecto ideológico de urbanización. En este sentido, la metropolización se ha construido de los elementos que he identificado como los centrales: el proyecto de urbanización-industrialización, el Estado ampliado, la vida cotidiana y el automóvil; como conductores hacia el desarrollo del proceso de subalternización intrínseco en el proyecto de nación mexicana espacializado en la Ciudad de México. Así, podemos decir que la crisis de las formas de habitar en la Ciudad de México, eclosiona justo en el tiempo que la metropolización se desarrolla como un problema realmente apremiante.

Condensación y administración de la crisis del habitar en la Ciudad de México

La crisis que se desarrolla en la Ciudad de México (década de los años setenta) es el resultado de una dinámica específica de acumulación de capital y de producción del espacio proyectada a nivel nacional. De tal forma que el espacio configurado como la Ciudad de México condensa una serie de etapas históricas que dan muestra de lo que Zavaleta definió como una sociedad abigarrada y que, en el momento de despliegue de la crisis y sus formas, revela esta situación. La crisis de la

Ciudad de México está directamente relacionada con la crisis del Estado fordista mexicano y del patrón de acumulación capitalista específico de la industrialización por sustitución de importaciones; además de estar conformada por una degradación ecológica extrema caracterizada principalmente por la escasez de agua, la contaminación y la tala de árboles, por mencionar algunos ejemplos. Para la década de 1970, la crisis desnuda los límites espaciales, económicos, administrativos, políticos, ecológicos e ideológicos del proyecto de nación moderna del Estado mexicano; en este sentido, la Ciudad de México es el espacio de conflicto, de manifestación y confrontación de y ante la crisis y sus formas de reconfiguración en función de lo que la produjo: la modernidad capitalista. El año de 1968 es crucial para la ruptura entre la sociedad civil y el Estado; así como para el desarrollo de la crisis orgánica⁵⁵ y civilizatoria. Es por este motivo, que la metropolización es el momento crucial en el que esta crisis toma forma y delinea el futuro de la Ciudad de México, ya que parte importante de la gestación de la crisis reside en el hecho de que a partir de la década de los años setenta, dicha crisis no será tratada de manera total; es decir, que desde esta década iniciará un proceso de reconfiguración del capital y su dinámica en el que la crisis exige la distinción, fragmentación de los espacios en función de su superación.

Es importante entender el tipo de crisis que se presentó en la década de los años setenta⁵⁶, una crisis que puso fin al modelo de acumulación y circulación del capital en torno a la producción fordista. Se trata de un momento que rebasa lo coyuntural en la medida que están imbricados diferentes ámbitos, diferentes fuerzas, mismas que operan en un plano nacional sujeto a las relaciones hegemónicas internacionales. Lo que supone una situación todavía más compleja, por lo que se ha decidido conjugar la crisis orgánica del Estado ampliado en convivencia con el desarrollo de la crisis civilizatoria que se desarrollada a nivel mundial. Para el caso de México (situación que debemos entenderla en relación a la región latinoamericana y la posición de

55 Lucio Oliver dice respecto a la relación subalterna entre Estado y Sociedad Civil: “[...] en tanto en México la mayoría de los sectores populares aceptaron la represión a los grupos minoritarios que enarbolaron la crítica al Estado, a la ideología del nacionalismo revolucionario y al nacionalismo desarrollista, lo que en 1968 hizo crisis en las clases medias urbanas que lograron desprenderse ideológicamente del nacionalismo desarrollista” (Oliver; 2009:83).

56 “A partir de 1971, la economía mexicana entró en una fase de crecimiento lento e inestable del producto interno, de intensas presiones inflacionarias, de agudización del desequilibrio del saldo con el exterior y de aumentos persistentes de los déficits fiscales. Estas tendencias hicieron eclosión a partir de 1975, provocando en 1976 una profunda crisis que se desplegó en una fuerte contracción productiva (que se extiende hasta 1977), en una inflación desbordada y en una feroz especulación que desembocó en la devaluación del peso y en el caos financiero de los últimos meses de ese año” (Ayala, et al., 1984:19). Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coord.), *México, hoy.*, 1984, Siglo XXI, Ciudad de México.

dependencia que caracteriza a la misma⁵⁷); el modelo del “desarrollo estabilizador” impulsado principalmente a finales de la década de los sesenta; fue insuficiente ante el incremento demográfico en el país y el desarrollo oligopólico en función de las demandas internacionales del capital monopólico y financiero⁵⁸. El incremento en la producción de bienes duraderos da muestra de una “relativa diversificación de la industria” que la caracterizó como una industria moderna. “Sin embargo se trata de una modernización y un crecimiento globales, que esconden profundas desigualdades sociales y regionales y se asientan en un esquema de desarrollo autolimitativo” (ibid:43). El tránsito a la crisis desplegada en la década de los setenta responde a las condiciones que se favorecieron durante el momento del “desarrollo estabilizador” en el que se desarrolló una sociedad urbana altamente demandante y consumista. De lo que entendemos la eficacia ideológica del consumo dirigido de la vida cotidiana a partir de una industria americanizada y la producción de bienes duraderos de consumo; lo que provocó la agudización de la subalternización de los espacios y los grupos sociales.

En suma, el desarrollo del capitalismo industrial en México, como sucede en términos generales en Brasil y Argentina, al darse en un contexto internacional dominado por el capital monopólico y en una época de camino tecnológico acelerado, dependió, del lado de la demanda, de la profundización de un tipo específico de mercado constituido en lo fundamental por las ganancias de los capitalistas, los ingresos de las capas privilegiadas y el gasto gubernamental (Ayala,1984:45).

La crisis de los años setenta da paso a un tipo de reconfiguración del Estado y de las relaciones económicas internacionales. Lucio Oliver considera que para este periodo la relación de Estado Unidos con América Latina cambia en comparación a la primera mitad del siglo XX, en la que detecta que, a partir de los años cincuenta, Estados Unidos⁵⁹ replantea su participación dominante

57 Patricia E. Olivera escribe: “Los acontecimientos mundiales que tuvieron repercusiones en América Latina en la aceleración del agotamiento de las políticas keynesianas fueron, entre otros, el alza de los precios del petróleo a partir de la guerra árabe-israelí de 1967 y su posterior recrudescimiento, la caída de la convertibilidad del oro anunciada por el presidente Richard Nixon en 1971, la desestabilización de la convertibilidad de las monedas - no obstante la creación del FMI en tal sentido- y su flotación frente al dólar” (Olivera; 2014:155

58 “La década de los años sesenta registra un crecimiento de la economía rápido y sostenido, una tasa de inflación notablemente baja y el mantenimiento de la estabilidad cambiaria [...] El florecimiento del capitalismo mexicano, reforzado por la política económica aplicada por el gobierno, reafirmó y consolidó el patrón de acumulación fundado en la producción de bienes de consumo durable y profundizó la dependencia externa” (Ayala, et al., 1984:41).

59 Lucio Oliver escribe al respecto: “Desde 1950, especialmente después de que termina su involucramiento con la

con la región latinoamericana impulsando la industria nacional (como en el caso de Brasil, Argentina y México) en función de la instalación ideológica de formas de consumo particulares que sustentaron la vida cotidiana y la urbanización. En la década de los setenta se detonará el entusiasmo del capital trasnacional norteamericano para instalarse en los países latinoamericanos. Lucio Oliver plantea una situación en la que la relación de fuerzas y la aplicación efectiva de la hegemonía económica se ve reflejada en la transformación de los Estados nacionales en Estados periféricos y dependientes, así como Estados burocráticos y autoritarios, que caracterizan la región latinoamericana. Es importante rescatar la siguiente cita, más allá de su amplitud, describe contundentemente el tipo de configuración de los Estados latinoamericanos en función de su relación hegemónica con Estados Unidos. Lucio Oliver dice:

Los Estados capitalistas de nacionalismo popular autoritario de los años treinta del siglo XX, se transformaron al final de la Segunda Guerra Mundial en Estados nacional desarrollistas orientados a la priorización de la acumulación interna de capital y pasaron a ser Estados capitalistas burocrático autoritarios, en un proceso largo que va desde 1955 a 1975. Posteriormente, de 1975 a 2000, Estados Unidos se involucra en diversas políticas programáticas de presión hegemónica sobre los países latinoamericanos: Santa Fe I, Santa Fe II y el Consenso de Washington, apoyados en las políticas financieras del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. Esta historia culmina con la instalación en América Latina, a finales del siglo XX, de un nuevo patrón neoexportador de especialización productiva y de creación de los Estados trasnacionalizados y neoliberales [...] (Oliver, 2009:106).

Neoliberalismo

El neoliberalismo es un momento clave en el desarrollo de la crisis del habitar en la Ciudad de México en la medida que responde a la crisis económica, estructural y política que se desarrolló

guerra de Corea, Estados Unidos rediseña su orientación estratégica mundial y proyecta su intervención hacia América Latina con una política de control político económico y de apoyo a la inversión de sus capitales, venta de maquinaria y de productos manufacturados intermedios de sus industrias, especialmente electrodomésticos y automóviles, apropiación de recursos naturales, lo cual modifica el proceso interno de acumulación de capital, obstaculiza el paso de la industrialización extensiva a la industrialización intensiva y presiona por una trasnacionalización progresiva de la acumulación y de la industrialización” (Oliver, 2009:106).

en la década de los años setenta. De tal forma, el neoliberalismo supone una superación a esta crisis; sin embargo, lo ha intentado gracias a la implementación de políticas públicas y financieras que reconfiguraron las relaciones de fuerzas, internacionales y nacionales, urbanas y campesinas; en aras de un nuevo patrón de acumulación que exigía nuevas condiciones políticas e ideológicas para su desarrollo. El neoliberalismo es el patrón de acumulación que ha sido reinante en las últimas tres décadas; y por el cual, la crisis de las formas de habitar la Ciudad de México ha tornado en una situación inverosímil al grado de considerar la misma en una crisis civilizatoria. Pero ¿qué significa la transición al neoliberalismo en función de la crisis en la Ciudad de México?

Debemos entender la transición al neoliberalismo como una situación en la que se presentaron cambios radicales en la relación entre el Estado, el mercado y la sociedad civil. Adiós al modelo de Estado benefactor y regulador de la economía; y con respecto al diseño — ideológico y tecnológico — de la vida cotidiana, y por ende de las relaciones sociales, el Estado perdió su hegemonía, pero no del todo. En este sentido, es importante hacer énfasis en el factor ideológico contenido dentro del neoliberalismo; ya que demuestra que el Estado todavía resiste en la efectividad de su “ampliación”, solo que mediante diferentes atribuciones o métodos⁶⁰. El neoliberalismo da cuenta de una crisis orgánica en la que el Estado ha perdido el ejercicio monopólico de la hegemonía, ya que la inercia privatizadora enmarca las acciones del gobierno y condena las aspiraciones populares de la sociedad urbana para habitar la Ciudad de México. El neoliberalismo continúa con la dinámica de actualizaciones constantes propia o característica de la modernidad capitalista en función de las crisis que esta misma dinámica ha provocado; promoviendo el desarrollo contundente de la cultura del olvido y del falso progreso. El tiempo del neoliberalismo no concibe el tiempo pasado, a menos que lo revalorice en conveniencia propia; de tal forma revela, a través de una nueva relación entre la dinámica mercantil y el Estado, sus verdaderas intenciones en cuanto al proyecto de urbanización y civilización. En la Ciudad de México es clara la transición hacia el neoliberalismo durante la década de los ochenta.

En el transcurso de esta década se agudiza el problema de la fragmentación del espacio, problema

60 Patricia E. Olivera escribe: “El retorno al liberalismo se acompañó de una intensa campaña ideológica para lograr la implantación de medidas sociales receptoras “anti crisis”, sostenidas por los principios de la propiedad privada, la libre empresa, el mercado como institución para la restauración del bienestar social e individual y la limitación de la intervención del estado” (Olivera; 2014:153).

que ya se venía desarrollando al calor de la metropolización; pero será en el neoliberalismo que la privatización del espacio se consolidará como el problema que desnuda la crisis civilizatoria en la ciudad, misma que se ha mantenido hasta nuestros días. Dentro de la misma lógica, el proyecto de subalternización toma, todavía, más cuerpo, en tanto que la fragmentación del espacio está sustentada, principalmente, por la privatización de los espacios públicos y la adecuación de la vida cotidiana a la actualización tecnológica que convive o está directamente vinculada con el capital financiero y monopólico. Al tiempo la Ciudad de México no para de sufrir transformaciones en función de su imagen y su trazado; los ejes viales⁶¹ dan la bienvenida a la década de los ochenta exhibiendo las nuevas formas de urbanización para la Ciudad de México. Una urbanización totalmente concentrada en la modificación del espacio por y para el automóvil. A consecuencia de esto la fragmentación del espacio se acentúa, ya que la circulación de automóviles privados, el transporte público y particular, así como las vías del metro (que se siguen construyendo); estarán concentradas en y para el centro de la Ciudad de México, haciendo que la comunicación con la periferia de la ciudad sea problemática y tardada. No obstante, la popularización de los autos es cada vez más elevada y la vida cotidiana no puede concebirse sin su presencia o su uso. El automóvil se convierte en la tecnología predilecta para la Ciudad de México ya que su popularización conlleva a la priorización de su circulación por las calles. La ciudad piensa en el automóvil como los “sujetos” que realmente deben habitarla. En esto radica lo fundamental de la crisis del habitar en la Ciudad de México, en la medida que la ciudad va adaptándose en función del número de vehículos que la circulan diario. El Estado mexicano de acuerdo a la políticas y recomendaciones internacionales que radican en la liberación de la economía, juega un rol más que decisivo, ya que da la posibilidad a la inversión privada (transnacional) de realizar todo tipo de construcciones urbanas que complejizan la fragmentación del espacio y, por supuesto, la segregación social.

61 Construidos en 1979 durante la regencia de Carlos Hank González y en la presidencia de José López Portillo, para contrarrestar el problema del aumento del parque vehicular y su “buena” circulación. El proyecto inició con la construcción de los 15 ejes viales, sin embargo, el verdadero objetivo era la construcción de 32. <http://www.movimet.com/2011/06/mexico-df-autos-colapsan-trafico-y-movilidad/>

Tabla 3. Automóviles registrados en circulación en la ZMCM

	1980	1990	2000	2010	2014
ZMCM	2,091,30	2,616,645	3,381,382	6,606,690	8,894,628

(Datos encontrados en Emilio Pradilla Cobos, “Zona Metropolitana del Valle de México: neoliberalismo y contradicciones urbanas” publicado en *Sociología*, Porto Alegre, año 18, mai/ago 2016:75)

La fragmentación del espacio no sólo corresponde a la popularización del automóvil que condena las formas de habitar. La fragmentación del espacio es un problema característico en el neoliberalismo, gracias al patrón de acumulación que se instala en la Ciudad de México. Fabián González Luna escribe contundentemente: “Lo anterior se expresa en una combinación de unos cuantos espacios bien dotados de infraestructura y servicios básicos y de lujo, que les permiten estar “conectados” a las redes y flujos de producción — global —, frente a una gran mayoría de espacios desarticulados, sin infraestructura ni servicios básicos o con fuertes procesos de hiperdegradación social y económico” (González Luna; 2012:348).

Debemos señalar que la fragmentación del espacio también se produce y se mantiene gracias a la tendencia neoliberal de la liberación de los usos de suelo en favor de su comercio y su alienación⁶². En las últimas tres décadas, el capital inmobiliario ha surgido como una gran fuerza económica que acapara los espacios y a partir de su dinámica la urbanización se construye jerárquicamente. En complicidad con el gobierno mexicano, el capital inmobiliario ha transformado radicalmente la Ciudad de México; juntos han incentivado el problema de la vivienda en la Ciudad de México incrementando los costos de la renta y de la vida⁶³. La Reforma urbana de 1992 dio pie a que la consolidación del capital inmobiliario se diera de manera acelerada, ya que el Estado impulsó la inversión privada para ofrecer suelo urbano para viviendas a la población de escasos recursos entre otros objetivos que evidentemente han quedado desplazados, como el hecho de garantizar la conservación de áreas naturales, mantener equilibrio ecológico, rescatar la imagen urbana y

62 “[...] la cuestión del suelo es en buena medida sinónimo de la cuestión urbana en general, en la medida que a través de los procesos de uso, apropiación y producción de suelo se gestan los procesos de urbanización” (Alfonso Iracheta; 1988: p.51). En *Grandes Problemas de la Ciudad de México*, Raúl Benitez Zenteno y José Benigno Morelos (compiladores), México D.F., 1988, Plaza y Valdés.

63 “La asociación del poder político y económico fue fundamental para el avance del neoliberalismo en la ciudad de México, el poder político consolidó su poder en el ámbito urbano a partir del control de la propiedad del suelo, el impulso a las inversiones inmobiliarias y la intervención directa en las negociaciones de la política pública, las instancias públicas y privadas crearon alianzas formales e informales” (Olivera; 2014:161).

fortalecer los lazos y las connivencias de los ciudadanos (Olivera; 2014). La oportunidad brindada al sector privado provocó los cambios en la imagen de la Ciudad de México, ya que se construyeron demasiadas oficinas, plazas comerciales, hoteles, bancos, etc. Lo que definió a la Ciudad de México como un centro financiero por excelencia; de tal forma vemos la construcción de Santa Fe y cierta parte de Polanco como lugares prototipo para la reproducción y sustento de la inversión inmobiliaria financiera privada⁶⁴. Emilio Pradilla Cobos (2016) proporciona cifras que dicen que entre los años de 1990 a 2012 se construyeron 215 centros y plazas comerciales que abarcaron un total de 5, 350, 115 m² del territorio de la ZMCM; claramente observamos cómo es que la Ciudad de México, su administración y/o gobierno, prioriza el capital inmobiliario sobre las necesidades históricas de las clases obreras y los grupos subalternos, que poco a poco van siendo desplazados de la ciudad a partir de fenómenos urbanos como la gentrificación. Esta segregación social alimenta la crisis de las formas de habitar en la Ciudad de México, formando un panorama complejo en tanto que se estructura y/o naturaliza la fragmentación del espacio de acuerdo con el diseño de urbanización neoliberal.

Otro aspecto que verifica la fragmentación del espacio y la segregación social provocada por el neoliberalismo es el aumento en la cantidad de personas desempleadas en la Ciudad de México. Lo que da cuenta de una dinámica de desindustrialización de la ciudad (y el país) impulsada por los gobiernos neoliberales que abrieron paso a la inversión privada y transnacional para que ellos fueran los responsables de la industrialización. Aunado a esto, el TLCAN facilitó la entrada al país y a la Ciudad de México de productos manufacturados importados que se posicionaron rápidamente en el mercado y en las mentes de las personas en función de la construcción alienante del consumo dirigido de la vida cotidiana. Durante el periodo de 1980 -2010 han sucedido cíclicas crisis del capital financiero, ha habido una constante desaparición de medianas y pequeñas empresas industriales, al tiempo que la reubicación de grandes industrias — sobre todo la industria ensambladora automotriz— en la zona centro-norte del país ha sido una alternativa en función de

64 “Entre 1989 y 1993 se edificaron 8.4 millones de m² de oficinas, comercios, hoteles y otros servicios y entre 1993 a 1996, durante la crisis financiera numerosas empresas corporativas financieras e inmobiliarias, mexicanas y extranjeras, adquirieron inmuebles a muy bajo precio en la ciudad de México en corredores y zonas de renta capitalizada y potencial muy alta [...] Esta actividad inmobiliaria con la implementación de las reformas neoliberales expresó el interés de fijar capital en el sector inmobiliario en distritos configurados para la atracción de empresas de servicios productivos, entre ellos, profesionales y financieros con la elevación de intensidad y creación de nuevas áreas corporativas en esas nuevas centralidades de la ciudad de México” (ibid.:162-163).

la cercanía con Estados Unidos (Pradilla Cobos, 2016).

Emilio Pradilla Cobos escribe:

El resultado estructural más importante ha sido que la economía de la ZMVM ha perdido paulatinamente a su sector industrial, el más dinámico en términos de encadenamientos productivos y efectos multiplicadores internos y sobre el sector terciario, así como para la generación de empleo estable, adecuadamente remunerado y con acceso a la seguridad social. Esta es una de las razones de que la metrópoli haya tenido a lo largo del período, tasas de crecimiento anual promedio del PIB menores y tasas de desempleo abierto mayores que la media nacional. Aunque estas tendencias parezcan positivas para lograr menores desequilibrios regionales, profundizan los problemas sociales de los habitantes de la ZMVM (Pradilla Cobos; 2016:66).

Un problema lleva a otro y esta es la dinámica del neoliberalismo y de la crisis en la Ciudad de México, ya que, ante el incremento histórico del desempleo, la situación se traduce en la terciarización del espacio y el aumento de la informalidad laboral (un mal necesario que sería la alternativa social ante el problema del desempleo). Durante el periodo antes señalado, el incremento de los establecimientos formales e informales fue evidente, así como la acentuación de la fragmentación del espacio y la segregación social. De tal forma se nos impone cierta concepción de la Ciudad de México a partir de sus divisiones espaciales, que responden a la exigencia de la sociedad consumista y a los diseños (privados) urbanos en disputa: existen lugares para el ocio, lugares para la diversión, espacios para hacer deporte, para comer, para la política, la educación, para el automóvil, etc. En el neoliberalismo, la Ciudad de México ha demarcado de manera ideológica los límites y/o fronteras entre la diversidad de espacios contenidos en su territorio; lo que se traduce en lucha de clases, violencia estructural, discriminación y una suerte de hegemonía ideológica fragmentada en términos de la disputa por las *representaciones espaciales*. Es importante analizar el tipo de producción del espacio que se desarrolla en el marco de la ciudad neoliberal, es decir, debemos observar dentro de las formas de habitar la Ciudad de México el tipo de relación que existe entre los grupos sociales y el espacio urbano; ya que desde *los espacios de representación* es donde se reproduce y se alimenta la crisis urbana, es decir, la crisis de la modernidad; y se acentúa la subalternización de las masas. Las diversas formas de

habitar en la Ciudad de México son la muestra de la correlación material u objetiva de las ideologías en disputa por el espacio, así como de la relación de dominación entre ellas. En el neoliberalismo impera la competencia de las *representaciones espaciales* inmersas o coludidas con el capital financiero; el capital inmobiliario monopoliza la construcción masiva de viviendas de acuerdo a diseños austeros, promocionando ciertas prácticas y formas de consumo influenciadas por una cultura transnacionalizada *ad hoc* a la modernidad neoliberal⁶⁵. Por esta razón es importante ponderar la disputa por el suelo urbano, ya que es el suelo y el lucro en torno a él, lo que dirige la urbanización en la Ciudad de México. Consecuentemente, las formas de habitar la ciudad se ven determinadas por la disputa incongruente y violenta entre la Sociedad Civil y el Estado.

Reflexiones finales en torno a la subalternización y la crisis desplegada

Para este capítulo fue necesario hacer una pausa analítica en torno al momento que he considerado como el fundamental para la construcción de la crisis de las formas del habitar en la Ciudad de México: la metropolización. Encuentro este momento crucial ya que gracias a la metropolización la Ciudad de México se conformó de espacios diversos, lo que produjo una dinámica forzada de encuentro y confrontación social en función de un espacio común. La metropolización puede ser el momento en el que la Ciudad de México alcanzó la comunicación con otras formas de producir la vida, otras formas de entenderla; por lo que el espacio construido socialmente hacía alusión a otro tipo de prácticas en estos espacios. Sin embargo, gracias a que la ciudad alcanza estas realidades, la aprisiona y las envuelve en su dinámica de producción sujeto a un patrón de acumulación histórico. La centralización de la modernidad, de la urbanización-industrialización, pretende la atracción de la fuerza de trabajo y la transformación del paisaje urbano. El encuentro desfavorecido y dominante entre lo urbano y lo rural, se presenta como una situación “inevitable”;

65 Patricia Olivera escribe: “A la “emergencia de mercados globales de productos de consumo estandarizados a escala de inimaginable magnitud” se le llamó globalización. Entre los setentas y los noventas, el neoliberalismo promovido por el FMI, BM y OMC se fue articulando con los gobiernos locales generando nuevas formas de hacer política de mercado. Esto tuvo profundas repercusiones, por una parte propicio el distanciamiento de la producción industrial y la actividad financiera a través de la innovación de instrumentos financieros presentes en todos los procesos productivos de la vida cotidiana, tales como créditos, seguros, futuros, pagos electrónicos, banca, lo que en conjunto han llevado a la financiarización de la economía mundial, iniciándose el período de intensa interconexión de capitales no solo vía inversión externa directo (IED), por la nueva organización productiva de las empresas transnacionales; sino de cartera, comercio internacional de insumos, bienes y servicios entre lugares distantes, principalmente las ciudades” (Olivera; 2014:155).

la industria pretende dominar lo natural, sin embargo termina por destruirlo; las sociedades se urbanizan, se subalternizan en función de la sociedad del consumo dirigido. La diversidad es la reina de la ciudad. En este sentido, la metropolización es el proceso en el que se construyen las bases para la crisis de las formas de habitar en la Ciudad de México, imbricada en una situación compleja, una crisis civilizatoria a nivel mundial, producto del declive de las sociedades industrializadas.

La metropolización implica el proceso de transformación de las *representaciones espaciales y espacios de la representación* en función de la fragmentación de la Ciudad de México. Por este motivo resulta importante el análisis ocupando el concepto de “formación social abigarrada⁶⁶”, ya que la situación de crisis en la Ciudad de México, desarrollada a partir de la metropolización, conlleva a la imbricación de diferentes realidades en función de un patrón de acumulación capitalista correspondiente a la etapa de 1930-1970. Esto caracteriza a la metropolización como un “momento constitutivo” de la crisis en la Ciudad de México; además de contener dentro de su proceso la construcción subjetiva y material de la subalternización. Cabe mencionar, que la subalternización es el concepto y la realidad que ha servido para entrelazar los “momentos constitutivos” que hemos identificado en el capítulo anterior, ya que ha sido un proyecto en constante construcción paralelo al tiempo del desarrollo de la modernidad en América Latina. Es así, que hemos identificado que, en el momento de la metropolización, el proyecto de subalternización de las masas y los espacios, llega a hacerse más complejo y notorio en tanto que las zonas periféricas se vuelven lugares en dónde se disuelve la modernidad, la moral y lo normativo. La tecnología de la época fue indispensable para el éxito de la ideología consumista, por lo que la vida cotidiana fue diseñada a partir de la promoción selectiva de formas de consumo, mercancías para el consumo y los espacios de consumo. El papel del Estado fue primordial para esta tarea, materializando la “amplitud” de sus capacidades políticas, económicas e ideológicas. En el neoliberalismo esto no se detuvo muy a pesar de la crisis que le hace sombra. En el

66 Luis Antezana escribe en relación a la formación social abigarrada: “A primera vista, “formación y sociedad abigarrada(s)” serían sinónimos. Pero creo que hay suficiente material y argumentos para sostener que “formación abigarrada” es un concepto analítico mientras que “sociedad abigarrada” es, más bien uno descriptivo; o dicho en *otras palabras*, “formación “ es el concepto y “sociedad” su referencia [...] “Formación abigarrada” es una transformación de los conceptos de “modo de producción”, “formación social” y, aún, del de “bloque histórico” (Antezana, 2009:131). Título del texto: “Dos conceptos en la obra de René Zavaleta Mercado: Formación abigarrada y democracia como autodeterminación” <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/coedicion/olive/07antezana.pdf>

neoliberalismo el proyecto de subalternización subjetiva y espacial se agudiza por lo que la fragmentación del espacio es lo que define al nuevo patrón de acumulación. La crisis desarrollada por el neoliberalismo ha construido una situación aún más difícil en cuanto a su superación, ya que esta nueva faceta de producción y valorización de la vida conlleva a un análisis más detenido y a acciones más contundentes. Este es el motivo por el que fue necesario un detenimiento en torno al proceso de construcción de la metropolización, para desnudar los procesos y los elementos inmersos en la crisis actual.

Última parte. Conclusiones a partir de un contexto neoliberal

El sistema neoliberal que nos rige en nuestros días, en nuestro espacio, es un modelo económico de acumulación dentro del desarrollo capitalista que ha tratado de superar la crisis que le dio origen, es decir, la crisis del Estado fordista, sin embargo, esto no ha sucedido. En este sentido, esta crisis que se nos impone como una adversidad sin remedio alguno aparente, debe ser entendida como un reto, como una posibilidad de emerger a partir de algo más, algo diferente. El neoliberalismo y su ideología suponen una dirección que sólo conduce a la destrucción generalizada, tanto de los cuerpos, así como del espacio mismo; para el beneficio de la acumulación capitalista deshumanizada. Vencer esta condición y superar las estructuras generadas a partir de “la manutención de la crisis”, es una tarea titánica y aparentemente imposible de realizar. Sobre esta cuestión descansa esta última parte de mi trabajo, por lo que las conclusiones han tenido que ser traducidas a una serie de propuestas teóricas que permitan el alumbramiento de otra realidad, otro tipo de modernidad, incluso.

Una mirada distinta puede ser la clave, el inicio hacia la construcción de la utopía. Por este motivo fue necesaria la mirada hacia las formas históricas bajo las cuales habitamos la Ciudad de México. Continuando con un análisis de la situación actual, en donde las formas de habitar están inmersas en un contexto sin precedente alguno, un contexto en el que la crisis se adueña de todo, de las mentes, de los cuerpos, de los espacios y los sueños. Una crisis que está constituida por diferentes momentos. Esta es la época que nos tocó vivir, una época en donde el neoliberalismo suprime las posibilidades de acción y pensamiento colectivas, en tanto que diseña de manera amplia y contundente las formas bajo las cuales es posible la reproducción de su estructura. Habitamos la ciudad, el espacio, desde lo que fue diseñado para nosotros — nosotros los grupos subalternos, los cuerpos desprotegidos, desposeídos y desterrados — a partir de herramientas y tecnologías que confirman el éxito de la ideología consumista e individualista. Todo esto en el marco de una crisis civilizatoria que complica aún más el panorama hacia la transformación.

Armando Bartra escribe:

Lo grave de esto, que sabemos que sucede y que sucede periódicamente, es que durante estas crisis recurrentes el capital destruye masivamente su capacidad productiva. Tanto en forma de medios de producción, como empleo ya no le deja utilidades, como de fuerza de trabajo dizque redundante. Así, un sistema patentemente incapaz de de satisfacer las necesidades básicas de la mayoría de la población. Se deshace periódicamente de su propia capacidad productiva (Armando Bartra; 2013).

La crisis financiera y alimentaria suscitada en 2008 es una muestra de los límites naturales del planeta, ya que las formas de superación de esta crisis han incursionado en medidas extremadamente destructivas. Las ciudades continuaron siendo los espacios de concentración y centralización de la modernidad; y por los cuales el neoliberalismo se ha mantenido durante el siglo XXI. Sin embargo, las crisis son cada vez más recurrentes y tienden a evidenciar aspectos pasados, viejos, pero que han continuado y se han agudizado al tiempo que no se halla una posible solución. En este caso, la crisis que se vive en la Ciudad de México desnuda el tipo histórico de relaciones de fuerza (incluyendo a la naturaleza como una) en donde vemos desplegadas las tácticas y proyectos de los grupos dominantes, el Estado, el mercado y la Sociedad Civil. La Ciudad de México se convierte así en espacio de disputa ideológica, política y económica; lugar diverso y fragmentado en respuesta a la correlación de fuerzas y la materialización de sus representaciones. Por lo que, identificamos, que esta lucha intensa provoca el quiebre de las formas de habitar en la ciudad desde la libertad, la comunidad y la organización. Así, entendemos que se conforman los espacios subalternos y los grupos subalternos, a partir de un proyecto político e ideológico que ha posibilitado el estancamiento histórico de los sujetos, de las sociedades en tanto que suprime la libre acción, el libre pensamiento, lo organización entre comunes y entre distantes, etc. La subalternidad y su espacialidad se convierten en elementos cruciales para entender la manutención de la crisis; ya que, desde lugares desprovistos, paupérrimos, es en donde la moral, lo jurídico y lo hegemónico adquieren formas confusas y violentas de ejecución y cohesión social.

La subalternidad no es una condición en la que se elige estar, pero sí es una condición que se elige mantener, en esto radica la contradicción y la confrontación. La superación de la subalternidad en contra de la manutención hegemónica de la misma. Esta es la situación política a la que nos

enfrentamos en el marco de la crisis y el neoliberalismo. Una crisis que, siguiendo este rumbo, debemos entenderla a partir de la relación entre el Estado y la sociedad urbana; entre el Estado y los grupos subalternos. Porque la ciudad, al ser un terreno de disputa, debe ser el motivo por el cual se pueda superar la subalternidad, tanto material como subjetiva, que se ha construido por y para el proyecto político económico e ideológico hegemónico que ha significado la urbanización-industrialización. De lo anterior resalta la posibilidad de la construcción de la utopía que es la superación de la subalternidad a través de la organización social. Vuelve a ser necesaria la ayuda de Gramsci para entender el momento de la superación del aletargamiento político y revolucionario en el que están encarcelados los grupos subalternos; me refiero al momento catártico, el paso de lo egoísta/pasional al paso a lo ético/político⁶⁷. Momento en el que es posible plantearse proyectos que buscan la transformación de las condiciones actuales en aras hacia una conversión en una sociedad autónoma, auto-regulada que luche por la hegemonía de las representaciones espaciales. Por esta razón, Gramsci vuelva a estar presente, en tanto que la hegemonía se vuelve un elemento clave para el análisis de la crisis actual, en el neoliberalismo; una crisis que también se traduce en una crisis de hegemonía del Estado y la sociedad política. Gramsci dice al respecto de la crisis hegemónica:

En cada país el proceso es distinto, si bien con un contenido similar. El contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeños burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de crisis de autoridad y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto (Gramsci, Cuaderno 13:52).

Gramsci también advierte acerca de la capacidad de acción y de organización ante el momento de

67 "Se puede emplear el término de "catarsis" para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo "objetivo a lo subjetivo" y de la "necesidad a la libertad". La estructura, de fuerza exterior que aplasta al hombre, lo asimila así, lo hace pasivo, se transforma en medio de libertad, en instrumento para crear una nueva forma ético-política, en origen de nuevas iniciativas" (Gramsci, Cuaderno 10, 1986:142).

crisis, que distingue a las clases dirigentes y dominantes, en comparación de la capacidad de reacción y de organización de las clases subalternas. A pesar de esta gran diferencia en el que los grupos subalternos se ven en desventaja, no es una sentencia al exterminio de cualquier iniciativa que pueda brotar a partir del momento catártico, todo lo contrario, Gramsci expone un panorama, como obstáculo, el cual debe ser superado también. En esta lógica, la superación de la subalternidad radica en una tarea extensa y dura, pero nunca insuperable e imposible.

La respuesta, sugiero, está en la noción del “derecho a la ciudad”⁶⁸; lugar desde el cual podemos partir para proyectar una situación radicalmente distinta. La Ciudad de México es contenedora de experiencias políticas, movimientos sociales, que han levantado la mano en diferentes momentos para hacer efectiva la disputa por el espacio. El Movimiento Urbano Popular que se dio en la década de los años setenta del siglo pasado, es el ejemplo más conmemorativo en la búsqueda de experiencias que iniciaron un proceso político-social para la generación de otras condiciones urbanas (pero no es el único ejemplo). El “derecho a la ciudad” también responde a una fractura existente y producto de la crisis hegemónica, entre los grupos gobernantes y la sociedad civil. En el caso de la Ciudad de México esta fractura se expresó de manera tajante durante la tragedia ocurrida en septiembre de 1985. A partir de esta fecha la sociedad civil resurge. Pero gracias al desarrollo hegemónico de las políticas neoliberales es cuando nos percatamos que la Sociedad Civil comienza a desintegrarse, dejando atrás el momento de lucidez y organización espontánea del terremoto del 85. En la ciudad de México, la Sociedad Civil, empezó a ver limitada cada vez más los espacios públicos de representación al calor de las privatizaciones. La crisis de los años setenta del siglo XX nunca encontró una solución a partir de las políticas neoliberales, sin embargo, tampoco pareciera que la crisis quisiera ser resuelta. Al contrario, la crisis generaba un ambiente de incertidumbre propicio para la especulación del capital financiero con respecto a la latente amenaza de - cada vez más cercana una tras otra - la próxima crisis. Ciclo característico del capitalismo. En este sentido, la crisis funcionaba como pretexto para los gobiernos siguientes

68 Marysol Rojas Pabón escribe: “Vemos el derecho a la ciudad, entendido como concepto teórico, así como en su narrativa social, como la cristalización de un análisis crítico que pone en cuestión el funcionamiento social y económico de las ciudades, en el marco de las ciudades neoliberales, donde el espacio urbano, como espacio capitalista del mundo contemporáneo. Construido en esta fase por la fuerza del mercado bajo la especulación y la concentración de recursos urbanos caracterizados por la profundización de la segregación y la fragmentación social” (Marysol Rojas; 2013:4-5). Texto: Marysol Rojas Pabón, *La construcción del derecho a la ciudad. El aporte de las organizaciones sociales en Bogotá y Sao Paulo*. Tesis Doctoral. UNAM, 2013

en tanto que permitía la legitimación de la focalización de las políticas públicas y los programas gubernamentales. Así como también, un proyecto urbano desarticulador y fragmentador de la ciudad con consecuencias amplias. En el neoliberalismo, no encontramos un proyecto integrador ni articulador de la sociedad en conjunto que habita la ciudad de México. Los proyectos aislados dentro de la etapa neoliberal corresponden a la ideología plasmada que constituye el individualismo generalizado. Se genera entonces una distinción discriminatoria por la desigualdad de condiciones de los espacios debido a la segregación urbana y a la jerarquización espacial en función de la renta. En 1997 la ciudad encuentra un momento de triunfo aparente, pues se ha logrado elegir a un gobernante de manera democrática. Producto del incesante camino que la Sociedad Civil impulsó y desarrolló. Producto, también, de la necesidad de democracia en un espacio tan importante en la configuración del Estado nacional mexicano. El triunfo del PRD, con el Lic. Cuahutemoc Cárdenas como Gobernador de la Ciudad, sería el punto de partida hacia la democracia como triunfo legítimo de la Sociedad Civil. Sin embargo, la historia ha dicho que no ha sido así. No ha sido así, incluso no lo fue cuando Andrés Manuel López Obrador gobernó. Mucho menos con un gobernador como Marcelo Ebrard que vendió gran parte de reservas naturales en función de megaproyectos encabezados por empresas extranjeras a las que se les había otorgado no sólo las concesiones, sino los créditos para la construcción de grandes proyectos urbanos, como ejemplo, el proyecto de las Supervías que adornaron la imagen urbana, sobre todo al sur de la ciudad. Con el gobierno de Miguel Ángel Mancera, la situación no se separa de los gobiernos anteriores, de hecho, muchos problemas se han añadido a una amplia lista de contradicciones. El aparente triunfo democrático se ha convertido en una repetición del proyecto del PRI en la presidencia, mismo que duró más de 70 años. El PRD lleva gobernando la ciudad desde 1997, Cárdenas, Robles, Obrador, Ebrard y Mancera. En este tiempo, hemos visto cómo se ha transformado el proyecto urbano modernizador con tintes populistas, a un proyecto meramente neoliberal, en donde la privatización es el problema principal, dentro de varios, al que se enfrenta una incipiente Sociedad Civil. Los megaproyectos impulsados desde Obrador, continuados por Ebrard no solucionan la crisis urbana-ideológica; de hecho, la hacen más compleja. Existe una gran desconfianza en las instancias gubernamentales debido a la corrupción desplegada en todos los niveles. Ya no hablar de la gran tasa de desempleo que genera lumpenidad en los sectores más desprovistos y marginados, me refiero a los espacios subalternizados. Ante esta crisis en la Ciudad de México, también le corresponde a la Sociedad Civil, plantearse proyectos ulteriores. La

Sociedad Civil está enfrascada y debe salir a través de la organización, a través de la acción conjunta que posibilitan la superación de la subalternidad. Como dice Gramsci, se trata de encontrar el momento de la Sociedad auto-regulada, en donde esté elevada la concepción de la política a los niveles supestructurales propios de la cultura, la ideología y lo jurídico. En donde, la lucha por la hegemonía no sea tarea secundaria sino todo lo contrario. Justamente para la transformación del Estado integral y sus políticas modernizadoras especializadas en la ciudad. Por esta razón, es importante pensar en términos del “derecho a la ciudad”; como una construcción que apela a la disputa y a otro tipo de ejecución política a través de la relación mediadora entre la sociedad civil y el Estado⁶⁹.

La Ciudad de México, necesita de un proyecto que abarque no sólo lo ideológico-político, sino también las cuestiones ecológicas. El avance de la ciudad, como fenómeno, hacia el sur — principalmente — así como el crecimiento de la mancha urbana hacia el norte y el poniente han manifestado las pretensiones de comunicación con otras ciudades por medio de carreteras modernas o supervías, en donde el flujo de mercancías (autos, productos, personas) es lo primordial, por encima de los espacios verdes y la posibilidad de habitar la ciudad. Este tipo de tareas se debe plantear la Sociedad Civil, como movimiento y como concepción de la vida, debe generar un proyecto totalizador dentro de la Ciudad de México. Y se debe hacer porque como dijo Gramsci: *“todo incumplimiento del deber histórico aumenta el desorden existente y prepara catástrofes más graves”* (Gramsci; 1977:411).

Dentro del proyecto de transformación total urbana es necesario concebir las condiciones en las cuales habitamos la ciudad y el simple hecho de poder habitarla. La Ciudad de México se ha convertido en un escenario en el que se está privilegiando la construcción generalizada de centros comerciales, plazas, estacionamientos, vías rápidas, segundos pisos. En suma, obras que dan muestra de muchas situaciones, sin embargo, la más preocupante es que la construcción de la Ciudad de México se está especializando en función de la selectividad y la discriminación social. La vida en la ciudad se vuelve cada vez más cara, al tiempo en el que se nos imponen formas alienantes de consumir la vida cotidiana todavía más deshumanizadas. Una vida cotidiana

69 “Vemos con la construcción del derecho a la ciudad como la interacción entre Sociedad Civil y Estado ha propiciado la construcción de una forma de ejercer la política, alternativa, donde el ejercicio de la participación y la ciudadanía resultan el eje de articulación” (Marysol Rojas; 2013:20).

construida a partir de la revolución informática y tecnológica, a partir de la conexión al internet y a otras partes del mundo por medio de dispositivos que poco a poco los vamos haciendo parte de nuestro cuerpo. Lo que ha beneficiado la globalización de una cultura mundial engendrada por y para la tecnología, las redes sociales y el consumo online. Las formas de habitar la ciudad deben estar, de nueva cuenta, vinculadas al espacio en concreto y no tanto al espacio virtual; otro gran problema que se suma a la lista. En el tipo de neoliberalismo que reproducimos en la actualidad, las nuevas generaciones están cada vez más automatizadas en función de la adaptación tecnológica personalizada. La vida urbana se reduce a la pérdida de los cuerpos gracias a la extracción de la imaginación, de la creatividad, producida a través de los dispositivos. Recuperar nuestros cuerpos también es una tarea indispensable dentro de la agenda del derecho a la ciudad; con el objetivo de resignificarnos como comunidad, como espacio y como individuos. Voltar hacia nosotros mismos en tanto que cuerpos, potenciales, vulnerables, sensibles, y ante todo, capaces de transformar, de organizar y construir. Esto es un objetivo primordial de índole político e ideológico, ya que repercute en la manera que producimos el espacio, es decir, en la manera de habitarlo.

David Harvey escribe:

Encontramos aquí un peculiar rompecabezas. Por una parte, volver al cuerpo humano como fuente de toda experiencia (incluida la del espacio y el tiempo) se considera en la actualidad un medio (ahora cada vez más privilegiado) de enfrentarse a la entera red de abstracciones (científicas, sociales, políticas y económicas) a través de las que se definen, representan y regulan las relaciones sociales, las relaciones de poder y las prácticas materiales. Pero, por otra parte, ningún cuerpo humano está fuera de los procesos sociales de determinación. Volver a esto es, por lo tanto, ejemplificar los procesos sociales contra los que supuestamente nos estamos rebelando (Harvey; 2007:123).

Volver al cuerpo significa, además, identificar ante qué procesos ideológicos nos enfrentamos y la forma en que estos se materializan para que se logre la pasividad, la individualidad y la “anomia” en las masas. El consumo visual de lo que incluso no se puede consumir es una contradicción tan grande que parece inverosímil su contundencia. La *vida del aparador* y su consumo demuestran esta gran problemática inmersa en la definición de los cuerpos, los grupos y los espacios. El consumo visual de las mercancías que no se pueden adquirir han fomentado el éxito del mito de la pertenencia a la ciudad: la ideología de la ciudad neoliberal. Ciertas formas,

burguesas, pretensiosas y excluyentes, de habitar la ciudad, son promocionadas como lo óptimo y lo deseado por la ideología neoliberal; aparecen y son desarrolladas dentro de espacios privilegiados y privados (algunos se reservan el derecho de admisión) pero que se muestran a la vista de todos. Gimnasios, restaurantes, tiendas departamentales, oficinas, consultorios, etc., forman parte de la *vida del aparador* que ha posibilitado el consumo de la vista de lo no consumible por otros sentidos del cuerpo. De manera que, la satisfacción no es igual para unos que para los otros; lo que hace más compleja la concepción de la fragmentación del espacio. Los sueños de unos son los caprichos de otros. Por otro lado, lo que sucede en los espacios subalternizados expone una realidad totalmente alejada y distinta a la que se presenta en los espacios privilegiados de la modernidad. Los espacios subalternizados contienen formas de habitar que son, principalmente, resultado de la sobrevivencia condicionada, espontánea y paupérrima que ha ocasionado la necesidad involuntaria de la ciudad como identidad. Una necesidad que es resultado, a su vez, de la pretensión de concentración monopólica del desarrollo humano, pretexto por el cual los espacios tienden a urbanizarse de forma acelerada, alimentando el ciclo competitivo de las ciudades centrales, de los Estados nacionales y transnacionales.

En este sentido, las formas en las que habitamos la ciudad están en crisis, gracias a la fragmentación espacial que se materializa en función del proyecto urbano hegemónico privatizador, clasista, neoliberal, sexista, etc., que fomenta una distancia ideológica y tecnológica entre los espacios centrales y los espacios subalternizados. Decimos que están en crisis, ya que se ha fracturado la capacidad política e ideológica de producir el espacio de manera libre, conjunta, comunitaria por parte de la sociedad y se le ha otorgado la iniciativa de producción de la ciudad al sector privado coludida con los grupos gobernantes. Lo que bien podría entenderse como la pérdida de la catarsis, momento fundamental en la producción del espacio, de las formas de habitarlo, que sugiere un momento de libertad humana necesaria para la construcción paralela de la sujetividad, de la historia. Desde el plano político e ideológico vinculamos la superación de la subalternidad mediante la organización común, como lo he señalado algunos párrafos atrás, a través de la sociedad auto-regulada que es la superación de la Sociedad Civil tradicional y/o conservadora que está al servicio de los grupos dominantes.

BIBLIOGRAFIA

- Antezana, Luis H. "La crisis como método en René Zavaleta Mercado"., en *Ecuador Debate*. Quito-Ecuador, Agosto del 2009. pp.107-124
- Antezana, Luis H. "Dos conceptos en la obra de René Zavaleta Mercado: Formación abigarrada y democracia como autodeterminación". 2009 <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/coedicion/olive/07antezana.pdf>
- Álvarez Enríque, Lucía. *Distrito Federal: sociedad, economía, política y cultura*. México. UNAM-CIICH. 2005
- Ávila, Alfredo. "La revolución liberal y los procesos electorales" en *Las elecciones en la Ciudad de México, 1376-2005*. Coordinado por Gustavo Ernesto Emmerich. UAM. 2005, México. pp. 125-126
- Bartra, Armando, "Crisis Civilizatoria". En *Crisis civilizatoria y superación del capitalismo*. Raúl Ornelas (coordinador). México. Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM. 2013
- Bataillon, Claude y Rivière, Hélène D'Arc. *La ciudad de México*. Ciudad de México. SEP-DIANA. 1979. pp.18-19
- Benitez Senteno, Raúl y Benigno Morelos, José. Coompiladores. *Grandes problemas de la Ciudad de México*. México. PyV. 1988
- Camacho Morín, Thelma. "La historieta, mirilla de la vida cotidiana en la Ciudad de México (1904-1940)". Publicado en *Historia de la Vida Cotidiana en México. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida? Tomo V. Vol. 2*. Coordinado por Aurelio de los Reyes. México. FCE, CM. 2006
- Ceceña, José Luis. *El capitalismo monopolista, los supergrupos y la economía mexicana*. Ciudad de México, Siglo XXI: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM: Facultad de Economía, UNAM: El Colegio de Sinaloa, 2013.
- Cervantes Sánchez, Enrique. *Desarrollo de la Ciudad de México*. OMNIA. Revista de la Coordinación de Estudios de Posgrado. La Ciudad de México. UNAM. Año 4. No. 11., Junio 1988
- Cervantes Sánchez, Enrique. "El transporte en el Area Metropolitana de la Ciudad de México" en *Cuadernos de urbanismo. La ciudad de México*; número 2, 1991
- Cope, R. Douglas. "Los Ámbitos laborales Urbanos." en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo II*. Dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru. FCE y CM. 2014. México. p.426
- Córdova, Arnaldo. *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*. México. Era. 2003
- Duhau, Emilio y Giglia, Angela. *Las Reglas del Desorden: habitar la metrópoli*. Ciudad de México, Siglo XXI-UAMAzcapotzalco, 2008.
- Echeverría, Bolívar. *Definición de la Cultura*. México. FCE-Itaca. 2010
- Echeverría, Bolívar. "Un concepto de modernidad" en *Antología: Crítica de la modernidad capitalista*. La Paz. Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.. 2011
- Echeverría, Bolívar. *Modelos elementales de la oposición campo-ciudad. Anotaciones a*

- partir de una lectura de Braudel y Marx.* Ciudad de México, Itaca, 2013.
- Echeverría, Bolívar. *Modernidad de lo barroco.*, México. Era. 2011
 - Fernández, Martha. “De puertas adentro: la casa habitación” en *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo II. La ciudad barroca.* Coordinado por Antonio Rubial García. Ciudad de México. FCE y CM. 2012
 - Garza, Gustavo. *La urbanización en México en el siglo XX.* Ciudad de México. Colegio de México, Centro de Estudio Demográficos y de Desarrollo Urbano. 2005
 - Garza, Gustavo y Schteingart, Martha. “Ciudad de México: Dinámica industrial y estructuración del espacio en una metrópoli semiperiférica”., publicado en *Demografía y Economía* XVIII:4, 1984.
 - Giglia, Angela. *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación.* Barcelona/Ciudad de México, Antrophos-UAMIZtapalapa, 2012.
 - González Casanova, Pablo y Florescano, Enrique (coord.). *México, hoy.*, Ciudad de México. Siglo XXI. 1984.
 - González Luna, Fabián. “Fragmentación espacial, violencia y discurso: trazos conceptuales para abordar el espacio público” en Gerorgina Calderon y Boris Berenzon (coords). *Los elementos del tiempo y el espacio* (México: FFyL-CONACyT, 2012)
 - González Cruz Manjarrez, Maricela. “Momentos y modelos en la vida diaria. El fotoperiodismo en algunas fotografías de la Ciudad de México, 1940-1960”. Publicado en *Historia de la Vida Cotidiana en México. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida? Tomo V. Vol. 2.* Coordinado por Aurelio de los Reyes. México. FCE, CM. 2006. p. 297
 - Gorz, André. “La ideología social del automóvil”; publicado en *Letras libre. Los demasiados coches.* No. 99, Diciembre, 2009, España. <http://www.letraslibres.com/mexico-espana/la-ideologia-social-del-automovil#.We4DB6SF16o.facebook>
 - Gramsci, Antonio. “Cuaderno 10” en *Cuadernos de la Cárcel Tomo IV.* México. Era. 1986.
 - Gramsci, Antonio. “Cuaderno 13” en *Cuadernos de la Cárcel Tomo V.* México. Era. 1999.
 - Gramsci, Antonio. “Cuaderno 25” en *Cuadernos de la Cárcel Tomo VI.* México. Era. 2000
 - Gramsci, Antonio. *Antología.* México. Siglo XXI. 1977
 - Hall, Edward T., *La dimensión Oculta.* Ciudad de México, Siglo XXI, 2013.
 - Hall, Peter. *Las ciudades del mañana,* Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996
 - Harvey, David. *Urbanismo y desigualdad.* España. Siglo XXI. 1977
 - Harvey, David. *Espacios de esperanza.* Madrid. Akal. 2007
 - Harvey, David. *Guía del Capital de Marx.* Madrid. Akal. 2014
 - Hirsch, Joachim. “El Estado fordista de seguridad y los nuevos movimientos sociales” (<https://es.scribd.com/doc/220491143/Hirsch-Joachim-Globalizacion-Capital-y-Estado#>)
 - Icazuriaga Montes, Carmen. *La metropolización de la ciudad de México a través de la instalación industrial.* México. Ediciones de la Casa Chata. CIESAS. 1992
 - Inclán, Daniel. *El problema del sujeto de la historia. Los discursos críticos latinoamericanos a finales del siglo XX.* México. UNAM. 2015
 - Jacobs, Jane. *Muerte y vida de las grandes ciudades.* Madrid. Capital Swing. 2011
 - Larraín, Jorge. *¿América Latina moderna? Globalización e Identidad.* Santiago. LOM. 2011.
 - Lefebvre, Henri, *La producción del espacio.* Madrid. Capital Swing. 2013 .
 - Lefebvre, Henri. *El Derecho a la Ciudad,* Barcelona, Península, 1978
 - Lefebvre, Henri. *Espacio y política. El derecho a la ciudad, II.* Barcelona. Península. 1976

- Lefebvre, Henri. *La vida cotidiana en el mundo de lo moderno*. Barcelona, 1968
- Lezama, José Luis. *Teoría social. Espacio y ciudad*. Ciudad de México, Colegio de México, 2014.
- Marx, Karl., en *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. México. Siglo XXI. 1989.
- Marx, Karl. *El Capital. Tomo 1/Vol. 1.*, México. Siglo XXI. 2008
- Matute Aguirre, Álvaro. “De la tecnología al orden doméstico en el México de la Posguerra”. Publicado en *Historia de la Vida Cotidiana en México. Siglo XX. La imagen, ¿espejo de la vida? Tomo V. Vol. 2*. Coordinado por Aurelio de los Reyes. México. FCE, CM. 2006.
- Mumford, Lewis. *Técnica y Civilización*. España. Alianza. 1992
- Mumford, Lewis. *La ciudad en la historia. Sus orígenes transformaciones y orígenes*. 1961 Versión online. <http://ebiblioteca.org/?/ver/90631>
- Musset, Allain. *Ciudades Nómadas en el mundo hispanoamericano*. FCE. 2011
- Navarro, Bernardo y Moctezuma, Pedro. *La urbanización popular en la ciudad de México*. Instituto de Investigaciones Económicas- UNAM. 1989
- Oehmichen, Cristina. “Espacio urbano y segregación étnica en la ciudad de México”, publicado en *Papeles de población.*, vol. 7., núm.28, abril-julio 2001.
- Oliver, Lucio et. al., *Gramsci: la otra política. Descifrando y debatiendo los cuadernos de la cárcel*. La Paz, Bolivia. Autodeterminación. 2012
- Oliver, Lucio. *El Estado ampliado en Brasil y México. Radiografía del poder, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales*. México. UNAM. 2009}
- Oliver, Lucio (coordinador). *Transformaciones recientes del Estado integral en América Latina. Críticas y aproximaciones desde la sociología política de Antonio Gramsci*. México. UNAM. 2016
- Olivera, Patricia. “Neoliberalismo en la Ciudad de México: polarización y gentrificación”. En Rodrigo Hidalgo y Michael Janoschka (editores), *La Ciudad Neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid.*, Instituto de Geografía. Pontificia Universidad Católica de Chile., Santiago de Chile. 2014
- Ornelas, Delgado Jaime. “La ciudad bajo el neoliberalismo”, publicado en *Papeles de población.*, vol. 6., núm. 23, enero-marzo 2000.
- Ornelas, Marco. “Sociología de la Religión de Niklas Luhmann”. Publicado en: *Sociología de la religión*. Niklas Luhmann. Ciudad de México. Herder. 2010. p. 18
- Ornelas Herrera, Roberto. “Radio y cotidianidad en México (1900-1930)”. Publicado en: *Historia de la vida cotidiana en México. Siglo XX. Campo y Ciudad. Vol 1. Tomo V*. Coordinado por Aurelio de los Reyes. México. FCE y CM. 2014.
- Peñalva, Susana. “Crisis urbana, Estado y gobiernos locales en América Latina: nuevos núcleos de desarrollo y gestión de la crisis”. En *Grandes metrópolis de América Latina*. Marina Heck (coord.), Sao Paulo, MEMORIAL-FCE, 1993.
- Pradilla Cobos, Emilio. “Zona Metropolitana del Valle de México: neoliberalismo y contradicciones urbanas” publicado en *Sociología*, Porto Alegre, año 18, mai/ago 2016
- Quijano, Aníbal. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en *Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, CLACSO, 2000.
- Rajchenberg, Enrique/ Héau-Lambert, Catherine. “Tiempo, calendarios y relojes”. Publicado en: *Estudios Sociológicos*. Vol. XX, núm. 59, mayo-agosto, 2002. <http://estudiossociologicos.colmex.mx/index.php/es/article/view/511/511>

- Rajchenberg, Enrique. “¿Milpas o chimeneas? La polémica en torno a la industrialización a mediados de siglo”. 2000
- Rojas Pabón, Marysol. “La construcción del derecho a la ciudad. El aporte de las organizaciones sociales en Bogotá y Sao Paulo”. Tesis Doctoral. UNAM, 2013
- Rubenstein, Anne. “La Guerra contra “las pelonas”. Publicado en: *Genero, poder y política en el México posrevolucionario*. Gabriela Cano, Mary Kay Vaughan y Jocelyn Olcott (compiladoras). México. FCE , UAM Iztapalapa. 2009
- Rubial, García Antonio. “Presentación” de *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo II. La ciudad barroca*. Coordinado por Antonio Rubial García. Ciudad de México. FCE y CM. 2012
- Ruiz Chiapetto, Crescencio. “El desarrollo del México urbano: cambio de protagonista”, en *Revista Comercio Exterior*. Vol. 43., No. 8, Agosto, 1993.
- Ruiz Encina, Carlos. *Conflicto social en el “neoliberalismo avanzado”. Análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*. Buenos Aires, CLACSO, 2013.
- Santos, Milton. *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona. Ariel, 2000, p. 27

- Sánchez Rueda, Guillermo. “Origen y Desarrollo de la Supermanzana y del Multifamiliar en La Ciudad De México” Publicado en *Ciudades*. Revista del Instituto Universitario de Urbanística de la Universidad de Valladolid. No. 12 Año. 2009. Dedicado a: La Naturaleza en la ciudad: lugares y procesos.
- Speckman Guerra, Elisa. “De barrios y arrabales: entorno, cultura material y quehacer cotidiano (Ciudad de México 1890-1910) . Publicado en: *Historia de la vida cotidiana en México. Tomo V. Siglo XX: Campo y ciudad. Vol 1*. Coordinado por Aurelio de los Reyes. 2014. Ciudad de México. FCE y CM. p. 17
- Thompson, Edward P. “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial”. En *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona. Crítica. 1984
- Unikel Spector, Luis. “La dinámica del crecimiento de la ciudad de México”. 1971
- Wacquant, Loic. *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires, Siglo XXI. 2007
- Weber, Max. *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva. Tomo I*. Ciudad de México. FCE. 1974.
- Zambrano, Fabio. “La Ciudad en la Historia”. Publicado en: *La Ciudad: hábitad de diversidad y complejidad*. Carlos Laberto Torres Tover et al. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. 1999
- Zavaleta, René. *La autodeterminación de las masas. Antología*. México. Siglo XXI. 2015